# El Corazón del Vizconde



Miranda Lake

# El Corazón del Vizconde

Miranda Lake

Copyright © 2026 Miranda Lake

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia y no es una intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de cualquier otro tipo, sin la autorización expresa por escrito del editor.

# Capítulo 1

La lluvia caía en cortinas espesas sobre el paisaje de Yorkshire cuando el carruaje de Isabela Montfort atravesó las rejas de hierro de la propiedad Ravenswood. A través de la ventana empañada, observaba los árboles antiguos que flanqueaban el camino de piedras, sus ramas retorcidas extendiéndose como dedos negros contra el cielo gris de octubre. Con cada sacudida del camino irregular, su corazón se oprimía un poco más, no de miedo exactamente, sino de aquella sensación peculiar de estar cruzando un umbral del cual tal vez no hubiera retorno.

Sus tías habían insistido en que aquella temporada en el campo haría bien a su salud delicada, pero Isabela sospechaba que las verdaderas razones tenían más que ver con su rechazo obstinado a aceptar la propuesta del Conde de Hartwick, un hombre veinte años mayor que olía a tabaco rancio y ambición desmedida.

La mansión surgió repentinamente en la curva final, e Isabela contuvo el aliento. Ravenswood Hall se erguía imponente y melancólica, una construcción de piedra gris, con torres que perforaban las nubes bajas como lanzas desafiando los cielos. Ventanas altas y angostas salpicaban la fachada, la mayoría con las cortinas cerradas, dándole a la propiedad un aire de luto perpetuo que hizo que un escalofrío recorriera la columna de Isabela.

La hiedra trepadora cubría las paredes orientales, sus hojas ya teñidas de rojo sangre por el otoño, y los rosales del jardín frontal habían crecido salvajes, espinas entrelazándose en patrones caóticos que parecían propositalmente dejados sin cuidado. Era diferente de todo lo que ella había imaginado durante las tres semanas de preparativos en Londres, cuando sus tías pintaban la propiedad como un refugio bucólico de tranquilidad campestre.

El carruaje se detuvo con una última sacudida, y el cochero bajó para abrir la puerta, su expresión cuidadosamente neutra mientras ofrecía la mano enguantada para auxiliarla. Isabela aceptó la ayuda y pisó el pasto mojado, sus botas de viaje hundiéndose levemente en la superficie empapada. La lluvia había disminuido a una llovizna persistente que mojaba su capucha de terciopelo verde oscuro, y ella alzó los ojos para examinar la fachada principal de la mansión.

Fue entonces que lo vio, apenas por un instante, una silueta masculina parada frente a una de las ventanas del segundo piso. Alto e inmóvil como una estatua, la figura observaba su llegada con una intensidad que ella podía sentir incluso a la distancia. Cabellos oscuros caían sobre su frente, y aun sin distinguir sus facciones con claridad, Isabela percibió algo en la postura de aquel hombre que transmitía una soledad tan profunda como el propio océano.

Antes de que pudiera procesar la imagen completamente, la puerta principal se abrió con un crujido dramático, y una mujer de mediana edad vestida de negro severo emergió, sosteniendo una vela aunque era media tarde. "Señorita Montfort, presumo", dijo la mujer, su voz tan fría como el viento de otoño que silbaba por las esquinas de la mansión. "Soy la Señora Pembrook, gobernanta de esta propiedad desde hace más de veinte años. El Vizconde fue informado de su llegada, pero en este momento se encuentra indispuesto y solicita que la señorita se acomode en sus aposentos."

Hizo una pausa deliberada, sus ojos examinando a Isabela con atención que parecía catalogar cada detalle. "Fui designada por su familia como su chaperona durante su estadía en Ravenswood Hall. Su tía, Lady Agatha Montfort, confía en mí completamente para velar por su reputación y bienestar mientras esté bajo este techo. Dejo claro que mi presencia garantiza toda propiedad necesaria a esta situación, conforme fue acordado entre las familias Montfort y Ravenswood".

Isabela enderezó los hombros y forzó una sonrisa educada, sintiéndose simultáneamente aliviada por tener chaperona respetable e intimidada por la severidad de la mujer. "Es un placer conocerla, Señora Pembrook. Agradezco que me reciba en circunstancias tan abruptas, y agradezco especialmente por aceptar servir como mi chaperona. Sé que mi tía confía inmensamente en su discreción y carácter". Siguió a la gobernanta hacia el interior de la mansión, y lo que vio la dejó momentáneamente sin palabras.

El vestíbulo de entrada era grandioso y opresivo al mismo tiempo, con un techo abovedado que se perdía en las sombras arriba, sostenido por columnas de mármol que parecían antiguas como el propio tiempo. Un candil de cristal pendía del centro, pero solo la mitad de sus velas estaba encendida, lanzando sombras danzantes que hacían que los retratos ancestrales en las paredes parecieran observarla con ojos vivos y acusatorios. La escalinata principal se dividía en dos en el rellano superior, las balaustradas de madera oscura pulidas hasta brillar como obsidiana, e Isabela no pudo evitar imaginar cuántas generaciones de Ravenswood habían subido y bajado aquellos escalones, cargando sus secretos y tragedias como mantos invisibles sobre los hombros.

"Sus pertenencias serán llevadas a sus aposentos", continuó la Señora Pembrook, comenzando a subir la escalinata con pasos medidos que resonaban en el silencio pesado de la mansión. "Mis propios aposentos se localizan adyacentes a los suyos, garantizando supervisión adecuada conforme exige la propiedad. La cena será servida a las ocho en punto en el comedor menor, donde estaré presente como es mi deber. El Vizconde espera puntualidad por encima de todo".

Isabela la siguió en silencio, sus ojos recorriendo los detalles de la decoración mientras subían: armaduras medievales posicionadas en nichos en las paredes, tapices flamencos desteñidos retratando escenas de caza y batalla, y en cada rellano, jarrones de porcelana china que probablemente valían más que toda la herencia de su

familia. Pero lo que más la impresionaba era el silencio absoluto, quebrado solamente por sus pasos y por el susurro distante del viento a través de las rendijas de las ventanas antiguas. Era como si la propia mansión estuviera conteniendo el aliento, aguardando algo inevitable y terrible que flotaba en el aire como una promesa incumplida.

Cuando finalmente llegaron a los aposentos designados para ella en el ala este, Isabela sintió una mezcla de alivio y aprensión. La habitación era espaciosa y ricamente decorada, con papel tapiz en tonos de azul celeste y dorado, una cama con dosel de terciopelo azul marino, y una chimenea donde el fuego ya crepitaba alegremente, lanzando una luz dorada que alejaba un poco de la melancolía que permeaba el resto de la casa. Ventanas altas ofrecían vista a los jardines traseros, donde Isabela podía distinguir un laberinto de setos y lo que parecía ser una fuente en el centro, sus aguas oscuras reflejando el cielo tempestuoso.

"Si necesita algo, jale la cuerda junto a la chimenea", instruyó la Señora Pembrook, gesticulando vagamente en dirección de un cordón de seda roja que pendía al lado de la chimenea. "Una criada vendrá a auxiliarla a vestirse para la cena. En cuanto a mí, estaré en mis aposentos al lado, separados apenas por esta puerta de conexión". Señaló una puerta discreta en la pared lateral. "Mantendré esta puerta sin llave, conforme acuerdo con su tía, para garantizar que cualquier necesidad sea prontamente atendida. Su reputación está bajo mi protección, Señorita Montfort, y tomo esa responsabilidad con extrema seriedad".

Isabela permaneció parada en el centro de la habitación por un largo momento después de la partida de la gobernanta, procesando todo lo que había sucedido. La presencia de la Señora Pembrook como chaperona oficial era reconfortante en cierto sentido, garantía de que su estadía aquí no causaría escándalo social, pero también añadía una capa de supervisión que hacía todo más formal y menos espontáneo de lo que ella había imaginado.

Entonces, lentamente, caminó hasta la ventana y presionó la palma de la mano contra el vidrio frío, observando el paisaje sombrío allá afuera. ¿Qué exactamente había sucedido en aquella casa para dejarla tan cargada de tristeza? Pensó en el hombre en la ventana, en la forma como había permanecido inmóvil como un centinela solitario, y algo en su pecho se oprimió con una emoción que no lograba nombrar.

Isabela Montfort vino a Ravenswood Hall buscando refugio de la presión sofocante de la sociedad londinense, pero ahora, mientras la lluvia volvía a tamborilear contra los cristales, se preguntaba si no había simplemente cambiado una prisión por otra, hecha no de expectativas sociales, sino de secretos susurrados y fantasmas que se rehusaban a descansar en paz.

# Capítulo 2

El día siguiente amaneció sorprendentemente despejado, como si la tormenta de la noche anterior hubiera lavado el cielo hasta dejarlo de un azul cristalino que hacía arder los ojos de tan brillante. Isabela había dormido poco, perturbada por sueños confusos en los cuales pasillos interminables se extendían ante ella y voces susurraban nombres que no lograba comprender. La cena de la noche anterior había sido un asunto tenso y silencioso, con solo ella, la Señora Pembrook, y ocasionalmente criados silenciosos sirviendo en una mesa que fácilmente acomodaría veinte personas. El Vizconde envió sus disculpas a través de un criado de expresión solemne que murmuró algo sobre asuntos urgentes en su despacho.

La Señora Pembrook había mantenido conversación mínima pero educada, más observando a Isabela que interactuando, y la joven había comprendido que estaba siendo evaluada, medida contra algún estándar invisible de comportamiento apropiado. Isabela comió poco del asado de cordero y de las papas horneadas, su apetito suprimido por la atmósfera opresiva y por los ojos de los retratos ancestrales que parecían juzgarla desde sus marcos dorados.

Decidida a no pasar otro día confinada entre aquellas paredes sofocantes, Isabela vistió su vestido de paseo más sencillo, un modelo de muselina color lavanda con bordados discretos en el escote, y amarró una cinta de satín en los cabellos castaños que dejó sueltos en rizos naturales sobre los hombros. Al salir de sus aposentos, casi chocó con la Señora Pembrook que claramente estaba posicionada en el pasillo. "Buenos días, Señorita Montfort", dijo la gobernanta con tono que no admitía cuestionamiento. "Presumo que desea explorar los jardines en esta mañana agradable. La acompañaré, naturalmente, conforme es mi deber como su chaperona".

Isabela sintió un destello de irritación ante la supervisión constante, pero se obligó a sonreír educadamente. "En realidad, Señora Pembrook, planeaba solamente caminar por los jardines brevemente. Ciertamente no necesita molestarse". La gobernanta arqueó una ceja. "No es molestia, sino obligación. Sin embargo, puedo observar desde una distancia discreta, permitiendo que aprecie el paisaje con cierta privacidad, siempre y cuando permanezca a la vista".

Isabela percibió que no había espacio para discusión y simplemente asintió, comenzando a bajar las escaleras principales con la Señora Pembrook siguiendo algunos pasos atrás. El arreglo era menos sofocante de lo que Isabela temía, la gobernanta manteniendo distancia respetuosa mientras ella exploraba, pero la presencia constante era recordatorio tangible de que cada movimiento era observado y juzgado. El vestíbulo de entrada estaba vacío y silencioso, la luz del sol atravesando las ventanas altas y creando patrones geométricos en el piso de mármol que ella siguió como un camino secreto hasta una puerta lateral que descubrió daba a los jardines traseros. El aire fresco de la mañana la golpeó como un bálsamo, cargando el perfume de tierra mojada y hojas en descomposición que era infinitamente preferible al olor de cera de vela y moho que permeaba la mansión.

Los jardines de Ravenswood eran un estudio en contraste entre la gloria del pasado y la negligencia del presente. Arriates que claramente alguna vez habían sido meticulosamente cuidados ahora exhibían flores crecidas de forma salvaje, rosas entrelazadas con malezas, y lo que debería ser un camino ordenado de grava estaba parcialmente cubierto por musgo y hojas caídas. Isabela caminó lentamente, consciente de la Señora Pembrook posicionada estratégicamente cerca de la puerta de la mansión desde donde podía observar sin interferir, sus dedos rozando los pétalos húmedos de las últimas rosas de otoño, sintiendo una tristeza inexplicable al presenciar tanta belleza abandonada.

Fue cuando rodeó un seto alto de tejos que ella vio a un joven sentado en un banco de piedra frente a un caballete, tan concentrado en su pintura que no notó su acercamiento. Él era guapo de una forma suave y poética, con cabellos rubios rizados que brillaban dorados bajo la luz del sol, rasgos delicados que parecían esculpidos por un artista gentil, y una expresión de pura absorción mientras sus dedos manchados de pintura movían el pincel en gestos rápidos y seguros.

Isabela se detuvo a unos metros de distancia, no queriendo interrumpir, pero el joven debió haber sentido su presencia porque alzó los ojos súbitamente, y por un momento ambos simplemente se miraron en sorpresa mutua. Entonces, una sonrisa lenta y cálida iluminó el rostro de él, transformando completamente sus facciones y revelando hoyuelos en ambas mejillas que le daban un aire de eterna juventud.

"¡Oh, cielos! Usted debe ser la Señorita Montfort", exclamó, levantándose de un salto y casi derribando el caballete en su prisa, limpiando las manos en un trapo manchado de colores antes de extenderla en saludo. "Pido disculpas por no haberla recibido adecuadamente ayer. Estaba... bueno, estaba aquí, de hecho, intentando capturar la luz del atardecer entre las nubes de tormenta. Soy Thomas Ravenswood, el hermano menor y considerablemente menos importante del Vizconde". Había un toque de autodepreciación en sus palabras, pero pronunciadas con tal ligereza que sonaba más como broma interna que resentimiento genuino. Él miró más allá de Isabela y saludó educadamente en dirección de la Señora Pembrook. "¡Buenos días, Señora Pembrook! Veo que está velando por nuestra invitada con su eficiencia habitual".

"Señor Ravenswood", saludó Isabela, aceptando su mano y sorprendiéndose con el apretón cálido y sincero, tan diferente de la frialdad que había encontrado desde su llegada. "Por favor, no se disculpe. Estaba justamente explorando estos jardines magníficos. Son verdaderamente deslumbrantes, incluso en su estado... actual".

Eligió las palabras con cuidado, no queriendo ofender, pero Thomas simplemente rió, un sonido alegre y despreocupado que parecía totalmente fuera de lugar en la atmósfera sombría de Ravenswood.

"Estado de abandono melancólico es la expresión que está evitando, creo yo", dijo con una sonrisa traviesa. "Y tiene usted toda la razón. Desde que nuestra jardinera en jefe se jubiló hace dos años, nadie más se ha preocupado lo suficiente para mantener las cosas en orden. Adrian ciertamente no se preocupa por las flores". La forma en que pronunció el nombre del hermano cargaba capas de significado que Isabela aún no podía descifrar, una mezcla de afecto, preocupación y algo que sonaba peligrosamente cercano a la tristeza.

Thomas gesticuló hacia el caballete con un ademán entusiasta. "¿Aprecia usted el arte, Señorita Montfort? Estoy intentando capturar la esencia de este lugar antes de que el invierno llegue y transforme todo en tonos de gris y blanco". Isabela se acercó al caballete, consciente de que la Señora Pembrook se había movido algunos pasos más cerca para mantener supervisión adecuada aun permitiendo la conversación. Lo que vio la dejó sin palabras por un momento. La pintura era extraordinaria, no por la técnica perfecta que se esperaría de un artista entrenado, sino por la emoción pura que desbordaba de cada pincelada.

Thomas había pintado los jardines en tonos vibrantes de dorado, rojo y naranja, los colores del otoño tan intensos que parecían pulsar con vida propia, pero en el centro de la composición, casi escondida entre los follajes, estaba la silueta de una figura solitaria, borrosa e indistinta, como un fantasma observando desde lejos. "Es bellísima", dijo Isabela sinceramente, y vio el rostro de Thomas iluminarse con placer genuino. "Y melancólica", agregó suavemente, su mirada fija en aquella figura solitaria que parecía cargar el peso del mundo en los hombros invisibles.

"Usted ve más que la mayoría", observó Thomas, su voz volviéndose más seria, los ojos azules estudiando el rostro de ella con una intensidad súbita que la hizo sonrojarse levemente. "La mayoría de las personas miran mis pinturas y ven solo colores bonitos, pero usted... usted ve la historia que estoy intentando contar". Vaciló por un momento, como debatiéndose internamente sobre cuánto revelar, luego continuó en un tono más bajo, casi confidencial. "Ravenswood no fue siempre así, sabe. Hubo un tiempo, no hace mucho, cuando estos jardines florecían y la mansión estaba llena de risas y música. Mi cuñada, Celeste, era apasionada de la jardinería. Pasaba horas aquí, ensuciando sus manos delicadas de tierra, plantando bulbos y podando rosales. Entonces ella murió, y fue como si todo el corazón de esta propiedad muriera con ella". El dolor en su voz era palpable, pero había algo más, una capa subyacente de confusión o tal vez sospecha que hizo que Isabela prestara atención extra a lo que no estaba siendo dicho.

Isabela sintió un nudo formarse en su garganta. "Lamento mucho su pérdida", dijo suavemente, sin saber qué más decir ante un duelo tan palpable.

Thomas asintió con la cabeza, limpiando distraídamente una mancha de pintura azul en su mejilla y solo consiguiendo esparcirla más. "Fue hace tres años, pero para Adrian... bueno, para él, fue ayer. Se encerró completamente, rehusándose a salir de los despachos o de la biblioteca, recibiendo apenas a los administradores de la propiedad y, aun así, muy raramente. Temo", hizo una pausa, mirando directamente a los ojos de Isabela con una expresión que mezclaba esperanza y desesperación, "que mi hermano se haya enterrado vivo junto con su esposa, y no sé cómo traerlo de vuelta al mundo de los vivos".

Las palabras flotaron entre ellos como una confesión, e Isabela percibió que Thomas estaba compartiendo no solo información, sino una petición silenciosa de ayuda, aunque ella no pudiera imaginar

qué podría hacer una extraña como ella para aliviar un dolor tan profundo.

La Señora Pembrook, que había permanecido silenciosa pero vigilante a una distancia respetuosa, finalmente intervino con un carraspeo discreto. "Señorita Montfort, creo que sería apropiado regresar a la mansión para el desayuno. El aire matutino, aunque refrescante, puede volverse perjudicial si la señorita permanece mucho tiempo sin abrigo adecuado". Era claramente una excusa diplomática para interrumpir una conversación que se estaba volviendo tal vez demasiado íntima para un primer encuentro no supervisado de cerca.

Thomas, percibiendo el código social, inmediatamente retrocedió con sonrisa comprensiva. "Claro, claro. Perdóneme por monopolizar su tiempo, Señorita Montfort. Tal vez podamos continuar nuestra conversación en otra ocasión, bajo circunstancias más apropiadas. La Señora Pembrook tiene toda la razón en velar por su bienestar". Hizo una reverencia educada, e Isabela correspondió con leve inclinación de cabeza antes de permitir que la gobernanta la guiara de vuelta a la mansión, sintiéndose simultáneamente protegida y frustrada por la supervisión constante que definiría su estadía en Ravenswood Hall.

# Capítulo 3

La Señora Pembrook sugirió firmemente que después de la caminata matutina sería prudente descansar y familiarizarse con su nueva residencia temporal a través de lectura tranquila. La gobernanta había traído personalmente una selección de libros de la biblioteca, volúmenes cuidadosamente elegidos que eran apropiados para una joven dama, y había permanecido en los aposentos adyacentes con la puerta de conexión entreabierta, su movimiento ocasional recordándole a Isabela que la privacidad era un lujo relativo bajo la supervisión de una chaperona dedicada. Pasó el resto del día en sus aposentos.

La criada que vino a auxiliarla a prepararse para la cena era una joven silenciosa de ojos grandes llamada Meg, que ayudó a Isabela a vestir un vestido de seda azul oscuro con bordados plateados en el corpiño, amarró sus cabellos en un arreglo elaborado con algunos rizos sueltos enmarcando su rostro, y murmuró un tímido "Está hermosa, señorita" antes de desaparecer como una sombra. La Señora Pembrook apareció momentos después, inspeccionando críticamente la apariencia de Isabela antes de asentir con aprobación. "Muy apropiado. El Vizconde aprecia el decoro y la modestia. Bajaremos juntas". Era una declaración, no una sugerencia, e Isabela comprendió que cada comida, cada interacción con los hermanos Ravenswood, sería conducida bajo la mirada vigilante de su chaperona. Una parte de ella resentía la falta de libertad, pero otra parte reconocía que la presencia de la Señora Pembrook era exactamente lo que hacía su estadía aquí socialmente aceptable.

El reloj en la torre principal de la mansión daba las ocho cuando Isabela bajó a cenar aquella noche, cada campanada reverberando por los pasillos silenciosos como una campana fúnebre marcando el transcurrir inexorable del tiempo. El comedor formal de Ravenswood

Hall era un espacio intimidante, con un techo pintado retratando escenas mitológicas de dioses y héroes en batallas épicas, una mesa de caoba pulida que se extendía por al menos quince metros, y candelabros de plata maciza espaciados en intervalos regulares, sus velas lanzando sombras danzantes en los tapices que cubrían las paredes. Cuando Isabela entró, su corazón saltó al percibir que esta vez no cenaría sola, o mejor dicho, apenas con la presencia vigilante de la Señora Pembrook.

Dos figuras masculinas ya estaban de pie cerca de la chimenea donde el fuego crepitaba alegremente, y reconoció a Thomas inmediatamente, vestido con traje formal de cena que lo hacía parecer más viejo y más serio de lo que había parecido por la mañana con sus ropas manchadas de pintura. Pero fue el otro hombre quien capturó completamente su atención, robándole el aire de los pulmones y haciendo que su corazón se disparara de una forma que jamás había experimentado.

Adrian Ravenswood, Vizconde de Thornbury, era la personificación de la melancolía aristocrática personificada. Alto, fácilmente superando el metro ochenta, poseía hombros anchos que llenaban perfectamente su saco de cena negro de corte impecable, pero era su rostro lo que atrapaba la mirada de Isabela y se rehusaba a soltarla. Rasgos angulosos y aristocráticos, con una mandíbula fuerte que parecía tallada en granito, pómulos altos y prominentes, y ojos azules tan intensos que Isabela sintió que él podía ver directamente a través de su alma hasta los secretos que guardaba en su corazón. Cabellos negros caían en ondas levemente desordenadas sobre su frente, como si hubiera pasado los dedos por ellos repetidamente en un gesto de frustración o preocupación, y había una tensión en su postura, una rigidez en los hombros que sugería a un hombre constantemente en guardia, esperando el próximo golpe que el destino cruel decidiría asestar.

"Señorita Montfort", su voz era profunda y levemente ronca, como terciopelo pasado sobre piedras ásperas, y envió un escalofrío

involuntario por la columna de Isabela. "Pido disculpas por mi ausencia ayer. Asuntos de la propiedad demandaron mi atención inmediata". No había calidez en sus palabras, solo cortesía fría y distante, la misma que se ofrecería a un invitado indeseado pero inevitable. Inclinó la cabeza en un saludo formal, pero no se acercó para besar su mano como la etiqueta dictaría, manteniendo una distancia física que parecía propositalmente calculada.

Isabela sintió una punzada de algo que podría ser decepción o tal vez solo confusión, y se obligó a sonreír educadamente mientras devolvía el saludo. "Vizconde Ravenswood, el placer es mío. Agradezco inmensamente que me reciba en su casa, sé que mi presencia fue arreglada con cierta urgencia por nuestros parientes distantes". Mantuvo su voz firme y serena, rehusándose a demostrar intimidación ante aquella fachada gélida.

Thomas intervino rápidamente, la tensión palpable en el aire claramente incómoda para él. "Adrian, Isabela pasó algunos momentos conmigo en los jardines. Tiene una mirada verdaderamente apreciativa para la belleza natural y el arte. Creo que tendrán mucho en común, considerando su extensa biblioteca".

Hubo un destello de algo en los ojos de Adrian, tan rápido que Isabela casi pensó haberlo imaginado, tal vez irritación, o tal vez algo más cercano al dolor, pero desapareció tan rápidamente como apareció, reemplazado por la máscara impenetrable de indiferencia cortés. "¿De verdad? ¿La señorita aprecia la literatura? Siéntase libre de usar la biblioteca como desee. Raramente la utilizo en estos días". La forma en que dijo las últimas palabras cargaba un peso de significado que hizo que Thomas frunciera ligeramente las cejas e Isabela se preguntara qué exactamente significaba que el Vizconde no usaba más su propia biblioteca.

La cena fue servida con eficiencia silenciosa por criados de expresiones neutras que parecían haber sido entrenados en el arte de volverse invisibles, e Isabela se encontró sentada a la derecha de

Adrian en la cabecera de la enorme mesa, con Thomas a su derecha, creando un pequeño triángulo de conversación en un extremo mientras el resto de la mesa permanecía vacía y acusatoria. La comida consistía en sopa de hongos silvestres seguida de faisán asado con papas gratinadas y vegetales de la estación, todo preparado con habilidad, pero servido con una formalidad que succionaba cualquier placer potencial de la experiencia.

Adrian comía mecánicamente, respondiendo a los intentos de conversación de Thomas con monosílabos educados, sus ojos raramente alzándose del plato, excepto para lanzar miradas rápidas e indescifrables en dirección de Isabela cuando pensaba que ella no estaba observando. Pero ella siempre estaba observando, fascinada contra su voluntad por aquel hombre que parecía cargar el peso de mil tragedias en los hombros.

Fue Thomas quien, tal vez imprudentemente, decidió romper el hielo forzando un tópico más sustancial de conversación. "Isabela me estaba contando más temprano sobre su pasión por Shakespeare. Tiene una teoría fascinante sobre Hamlet que desafía la interpretación tradicional".

Adrian alzó los ojos lentamente, y por primera vez desde que entraron al comedor, miró directamente a Isabela, realmente la vio, y ella sintió aquella mirada hasta la médula de sus huesos, intensa y penetrante como si estuviera evaluando no solo sus palabras sino su propia esencia. "¿Es verdad? ¿Y cuál sería esa teoría no convencional, Señorita Montfort?" Había un desafío sutil en su voz, tal vez probando si ella realmente poseía sustancia intelectual o si Thomas simplemente estaba siendo gentil.

Isabela enderezó los hombros y encontró aquellos ojos sin vacilar, rehusándose a ser intimidada por un hombre que claramente usaba su frialdad como escudo contra el mundo. "Creo que Hamlet no estaba verdaderamente loco, ni siquiera fingiendo locura como estrategia", dijo Isabela calmadamente, manteniendo el contacto

visual. "Creo que estaba paralizado por una consciencia demasiado aguda de todas las perspectivas posibles, viendo simultáneamente todos los ángulos de cada decisión hasta que la propia capacidad de actuar se volviera imposible. No era indecisión, era clarividencia convertida en maldición".

El silencio que siguió fue pesado y cargado, e Isabela vio algo cambiar imperceptiblemente en el rostro de Adrian, una fisura minúscula en la máscara de indiferencia, un vislumbre de reconocimiento doloroso, como si ella hubiera accidentalmente tocado algo profundamente personal. "Una interpretación interesante", dijo finalmente, su voz más baja, casi ronca. "Y perturbadoramente perspicaz". Entonces, abruptamente, empujó su silla hacia atrás y se levantó, ignorando el hecho de que la comida aún no había terminado. "Si me dan permiso, tengo documentos que requieren mi atención. Buenas noches".

Y sin esperar respuesta, dejó la sala con pasos largos y controlados, dejando atrás un silencio incómodo y la sensación de que Isabela había inadvertidamente cruzado alguna línea invisible cuyas consecuencias aún no podía comprender.

# Capítulo 4

Los días en Ravenswood Hall comenzaron a establecer un ritmo peculiar para Isabela, una rutina hecha de partes iguales de soledad y descubrimiento. Sus mañanas eran pasadas con Thomas, ya sea en los jardines cuando el clima lo permitía, o en el invernadero abandonado que habían comenzado a restaurar juntos, limpiando vidrios empolvados y replantando semillas encontradas en galpones olvidados. Thomas era una compañía agradable y ligera, siempre listo con una historia divertida o una observación ingeniosa que hacía reír a Isabela de una forma que no recordaba haber reído en meses, tal vez años.

Él hablaba sobre sus planes de viajar a Italia para estudiar con los maestros renacentistas, sobre su pasión por capturar la luz en diferentes horas del día, y ocasionalmente, cuando el silencio se extendía cómodo entre ellos, sobre la hermana perdida que había amado estos mismos jardines con devoción casi religiosa.

Las tardes, sin embargo, Isabela las pasaba sola, explorando los rincones olvidados de la vasta mansión con la curiosidad de una arqueóloga descubriendo ruinas antiguas. La biblioteca se convirtió en su santuario favorito, un espacio majestuoso de dos pisos con estantes de roble tallado que subían hasta el techo abovedado, repletas de volúmenes en cuero sobre filosofía, poesía, historia y ciencias naturales. Había una escalera rodante de latón que deslizaba suavemente a lo largo de las paredes, permitiendo acceso a los volúmenes más altos, e Isabela pasaba horas perdida entre los pasillos angostos formados por las estanterías, sacando libros aleatoriamente y descubriendo anotaciones en los márgenes hechas por generaciones de Ravenswood, pensamientos y comentarios que ofrecían ventanas a mentes hacía mucho silenciadas por la muerte.

Pero era en las noches cuando la verdadera extrañeza de Ravenswood se revelaba, cuando los pasillos se oscurecían y las sombras se alargaban, e Isabela comenzaba a escuchar cosas que no lograba explicar racionalmente. Susurros. Siempre susurros. Voces demasiado bajas para comprender las palabras pero lo suficientemente altas para saber que existían, flotando a través de las paredes como fantasmas inquietos incapaces de encontrar descanso.

Al principio, Isabela atribuyó los sonidos a los criados realizando sus tareas nocturnas, pero a medida que las noches pasaban y prestaba más atención, percibió patrones perturbadores. Las voces parecían venir siempre del pasillo que llevaba al ala oeste, la sección de la mansión que la Señora Pembrook había indicado estar cerrada por renovaciones, aunque Isabela nunca hubiera visto obreros o escuchado los sonidos de construcción durante el día.

Una noche, incapaz de resistir la curiosidad, siguió los susurros hasta una puerta doble de roble al final del pasillo prohibido, presionando el oído contra la madera fría y escuchando lo que parecía ser una discusión ahogada, dos voces femeninas, una más vieja y autoritaria, otra más joven y suplicante, pero las palabras permanecían frustrantemente indistintas.

Fue en la mañana siguiente, durante el desayuno servido en el pequeño salón soleado que daba a los jardines frontales, que Isabela decidió sondear delicadamente por información. Solo ella y Thomas estaban presentes. "Thomas", comenzó Isabela casualmente mientras untaba mermelada de fresa en su tostada, "¿quién más reside en Ravenswood además de ustedes dos y el equipo de criados?"

Thomas alzó los ojos de su periódico, una publicación de Londres con dos semanas de retraso, y frunció ligeramente las cejas como si la pregunta fuera extraña. "Nadie más. ¿Por qué pregunta?" Isabela vaciló, no queriendo parecer fantasiosa o, peor, loca, pero su

necesidad de comprender superó la vergüenza. "He escuchado voces por la noche, viniendo del ala oeste. Pensé que tal vez había parientes o invitados de los cuales no estaba al tanto". La expresión en el rostro de Thomas cambió sutilmente, volviéndose más cerrada y cautelosa de una forma que nunca había visto en él.

"El ala oeste", dijo Thomas lentamente, eligiendo sus palabras con cuidado visible, "eran los aposentos particulares de Celeste. Después de su muerte, Adrian mandó cerrarlos. Nada fue tocado desde entonces, está todo exactamente como ella lo dejó aquella noche". Hubo un peso en sus palabras, una solemnidad que hizo que Isabela se arrepintiera momentáneamente de haber preguntado, pero ahora que el tópico había sido levantado, no lograba dejarlo caer completamente.

"¿Aquella noche?" repitió ella suavemente.

Thomas suspiró profundamente, doblando el periódico y dejándolo a un lado con movimientos deliberados que parecían posponer lo inevitable. "La noche en que murió. Celeste cayó de las escaleras principales, fracturándose el cuello. Fue instantáneo, o así nos dijeron. Nadie la vio caer, pero su cuerpo fue encontrado al pie de las escaleras a la mañana siguiente". Su voz se volvió casi inaudible en las últimas palabras, e Isabela vio sus manos temblar levemente antes de que cerrara los puños sobre la mesa.

El horror de la imagen mental golpeó a Isabela con fuerza física, y tuvo que reprimir un estremecimiento. "¿Fue un accidente?" Las palabras salieron antes de que pudiera censurarlas, e inmediatamente se arrepintió al ver el rostro de Thomas palidecer visiblemente.

"Oficialmente, sí. El médico declaró accidente. Pero..." hizo una pausa, mirando alrededor como asegurándose de que estuvieran verdaderamente solos antes de continuar en un susurro urgente. "Había rumores, Isabela. La gente hablaba. Celeste estaba infeliz en

los meses antes de su muerte, todos lo sabían. Había discusiones frecuentes entre ella y Adrian, puertas cerrándose de golpe, voces elevadas en medio de la noche. Y en la noche en que murió, Adrian estaba ebrio en la biblioteca. Él no recuerda nada, o eso dice".

La implicación no dicha flotó entre ellos como una acusación terrible, e Isabela sintió su estómago revolverse con náusea. "¿Estás sugiriendo que Adrian... que él la lastimó?" Apenas logró formar las palabras, su mente rehusándose a aceptar que el hombre melancólico y distante que había conocido pudiera ser capaz de tal violencia.

Thomas sacudió la cabeza vigorosamente, pero había incertidumbre en sus ojos. "¡No! O sea, yo no creo... Adrian adoraba a Celeste, verdaderamente la adoraba. Pero también era posesivo, y ella... ella hablaba sobre dejarlo, sobre volver con su familia en Francia. Hubo una escena terrible dos días antes de su muerte, escuché parte de ella. Adrian suplicaba que se quedara, diciendo que haría cualquier cosa, cambiaría cualquier cosa, y Celeste gritaba que era demasiado tarde, que él había destruido cualquier amor que ella hubiera sentido".

El dolor en el rostro de Thomas era genuino y profundo, e Isabela percibió que aquellos recuerdos lo atormentaban tanto como atormentaban a Adrian, tal vez de formas diferentes pero igualmente devastadoras. "Después de la muerte de ella, Adrian cambió completamente. La culpa lo consumió, aunque nada pudiera probarse. Se alejó de la sociedad, se rehusó a dejar la propiedad, se dedicó obsesivamente a administrar cada detalle de Ravenswood como si el trabajo incesante pudiera expiar pecados que tal vez ni siquiera haya cometido".

Isabela absorbió estas revelaciones en silencio, su mente procesando las implicaciones mientras observaba por la ventana los jardines donde había pasado momentos tan agradables. Todo

parecía diferente ahora, teñido de sombras y preguntas sin responder.

Más tarde aquel día, cuando Thomas salió hacia la villa a buscar suministros de pintura, Isabela se encontró caminando por los pasillos de Ravenswood con nueva percepción, viendo la mansión no más como simplemente melancólica sino como embrujada, no por fantasmas en el sentido sobrenatural, sino por los fantasmas muy reales de decisiones tomadas y palabras que nunca podrían ser retiradas.

Fue así, andando distraída y absorta en pensamientos, que se encontró frente a la galería de retratos en el segundo piso, una serie de pinturas al óleo de ancestros Ravenswood que se remontaban a siglos, ojos severos juzgando visitantes desde sus marcos dorados elaboradamente tallados.

Al final de la galería, en un nicho especial iluminado por una ventana alta, estaba un retrato que la hizo detenerse abruptamente, su corazón disparándose incómodamente en su pecho. La mujer en la pintura era extraordinariamente bella, con cabellos castaños arreglados en rizos elaborados adornados con perlas, ojos verdes que parecían mirar directamente a través del alma de quien los contemplaba, y un vestido de seda verde esmeralda que realzaba su piel cremosa y hombros delicados.

Pero lo que atrapó el aliento de Isabela en la garganta no fue la belleza de la mujer, sino el parecido perturbador con su propio reflejo. Los mismos ojos levemente almendrados, la misma forma de rostro en forma de corazón, hasta el pequeño hoyuelo en el mentón que Isabela siempre había considerado una peculiaridad suya era replicado con perfección aterradora. Una placa de latón en la parte inferior del marco identificaba a la mujer simplemente como "Celeste, Vizcondesa de Thornbury, 1818".

Isabela no supo cuánto tiempo se quedó parada ahí, hipnotizada por la imagen, pero fue arrancada de su trance por la voz profunda y ronca de Adrian resonando por el pasillo silencioso. "Perturbador, ¿no? El parecido". Se giró rápidamente y lo encontró parado a pocos metros de distancia, apoyado casualmente contra una columna de mármol pero con nada de casual en la intensidad de su mirada fija en ella. Usaba ropas informales de trabajo, chaleco y camisa con las mangas enrolladas hasta los codos revelando antebrazos musculosos, cabellos despeinados como si hubiera pasado los dedos por ellos repetidamente, y había una tensión en su mandíbula que sugería emociones mal controladas hirviendo justo debajo de la superficie.

"No fue coincidencia tu venida aquí", continuó, su voz cargada de algo que Isabela no lograba identificar, tal vez rabia, o tal vez acusación. "Nuestros parientes vieron tu retrato durante una visita a Londres. Pensaron... bueno, sea cual sea el diabólico propósito que imaginaron, resultó en esto".

La implicación de las palabras la golpeó como una bofetada, e Isabela sintió un rubor de rabia y humillación subir por su cuello. "¿Está sugiriendo que fui enviada aquí como algún tipo de sustituta? ¿Un reemplazo para su esposa fallecida?" Su voz salió más alta de lo que pretendía, resonando por los pasillos vacíos, pero no le importó, la indignación superando cualquier preocupación por el decoro.

Adrian se impulsó de la columna y dio dos pasos hacia ella, cerrando la distancia entre ellos hasta que Isabela pudo ver las minúsculas líneas alrededor de sus ojos, marcas de dolor y noches sin dormir, y sentir el calor emanando de su cuerpo. "No estoy sugiriendo nada", dijo, su voz baja pero intensa como brasas ardiendo. "Estoy afirmando un hecho. Pero déjeme ser absolutamente claro, Señorita Montfort. Mi esposa está muerta, y ningún parecido físico, por más desconcertante que sea, podría jamás sustituirla. Mi corazón murió con ella, y lo que sobró es apenas un órgano bombeando sangre, nada más".

Las palabras eran brutales en su honestidad, y deberían haber herido, pero en cambio, Isabela vio más allá de ellas hacia el dolor desgarrador que las motivaba, y su corazón se oprimió con una compasión inesperada por aquel hombre roto parado frente a ella.

"Lamento su pérdida, Vizconde", dijo Isabela suavemente, toda rabia drenándose de ella y siendo reemplazada por una tristeza profunda por todos los involucrados en aquella tragedia. "Y lamento que haya sido puesto en esta posición incómoda por parientes bien intencionados pero terriblemente equivocados. Si mi presencia causa dolor, puedo arreglar mi regreso a Londres inmediatamente".

Ella realmente lo pretendía, ya planeando mentalmente las cartas que necesitaría escribir, pero vio algo cambiar en el rostro de Adrian, la máscara de indiferencia agrietándose lo suficiente para revelar... ¿confusión? ¿Arrepentimiento? "No", dijo abruptamente, luego pareció sorprendido por sus propias palabras. "No debe partir por mi causa. Thomas se ha encariñado con usted, y yo... aprecio que no trate esta casa como una tumba, como tantos otros hacen. Quédese, si lo desea. Solo... comprenda que no puedo ser lo que sea que nuestros parientes esperaban que fuera".

Y con eso, se alejó, dejando a Isabela sola con el retrato de Celeste y mil preguntas que no sabía si algún día tendría el coraje o la oportunidad de hacer.

# Capítulo 5

Tres semanas habían pasado desde la conversación perturbadora en la galería de retratos, e Isabela había caído en una rutina extraña pero no totalmente desagradable en Ravenswood Hall. Thomas se había convertido en un amigo querido, su presencia constante un contrapunto luminoso a la melancolía pervasiva de la mansión, y juntos habían conseguido traer nueva vida a una pequeña sección de los jardines, plantando bulbos de tulipanes y narcisos que florecerían en la primavera como promesas de renovación.

Adrian, por otro lado, permanecía una figura distante y enigmática, apareciendo apenas en las cenas formales donde mantenía conversación educada pero fría, sus ojos raramente posándose en Isabela por más de momentos fugaces, pero cuando lo hacían, ella sentía la intensidad de aquella mirada hasta la médula de sus huesos, como si él estuviera constantemente evaluando algo que ella no lograba comprender.

Pero aquella noche específica de noviembre, una tormenta descendió sobre Yorkshire con furia primordial, vientos aullando alrededor de las torres de Ravenswood como almas atormentadas buscando refugio, lluvia azotando las ventanas con fuerza suficiente para hacer que los vidrios antiguos temblaran en sus marcos de plomo, y rayos rasgando el cielo oscuro en venas blancas cegadoras seguidos inmediatamente por el estruendo ensordecedor de truenos que parecían sacudir los propios cimientos de la mansión.

Isabela estaba acostada en su cama, incapaz de dormir, observando los patrones de luz y sombra que los relámpagos creaban en el techo abovedado de su habitación, cuando escuchó, o pensó haber escuchado a través del ruido de la tormenta, el sonido distinto de música. Piano, específicamente, una melodía melancólica y compleja

que flotaba por los pasillos como un llamado, jalándola de la cama antes incluso de que su mente consciente decidiera atender.

Envolviendo su bata de seda sobre el camisón, Isabela encendió una vela y salió al pasillo oscuro, siguiendo la música que crecía más alta a medida que se acercaba, guiando sus pasos descalzos sobre el piso de piedra fría hasta la biblioteca en el primer piso. La puerta estaba entreabierta, y a través de la abertura ella podía ver el brillo dorado de un fuego crepitando en la chimenea y, sorprendentemente, la figura de Adrian sentado al piano de cola posicionado cerca de las ventanas altas, sus dedos moviéndose sobre las teclas con habilidad y emoción que quitaban el aliento.

Tocaba Beethoven. Isabela reconoció una de las sonatas más sombrías y técnicamente desafiantes, cada nota cargada de dolor y anhelo que parecía arrancar algo profundo de su alma y lanzarlo desnudo al aire tempestuoso. Debería haberse retirado, respetado su privacidad claramente buscada en las horas silenciosas de la madrugada, pero sus pies no obedecieron a la razón, llevándola a través de la puerta hasta que estuvo parada a solo unos metros de distancia, hipnotizada por la visión de aquel hombre normalmente tan controlado perdido completamente en la música.

Adrian debió haber sentido su presencia porque sus manos vacilaron, una nota discordante rompiendo la melodía, y alzó los ojos abruptamente, los ojos encontrando los de ella a través de la luz temblorosa de las velas y del fuego. Por un largo momento ambos simplemente se miraron, e Isabela vio algo en el rostro de él que nunca había visto antes, una vulnerabilidad cruda y desprotegida, como si la música hubiera disuelto todas las defensas cuidadosamente construidas y revelado al hombre verdadero por debajo.

"Pido disculpas", murmuró ella, rompiendo el silencio cargado. "Escuché la música y... no pude resistir".

Adrian cerró la tapa del piano lentamente, un gesto que parecía cargar una finalidad palpable, y se levantó, moviéndose cerca de la chimenea donde sirvió dos copas de coñac de una botella de cristal antes de ofrecerle una a ella sin preguntar si lo deseaba. "No puedo dormir durante las tormentas", dijo finalmente, su voz ronca y cansada. "Me recuerdan aquella noche. La noche en que Celeste murió. Había una tormenta exactamente así, cielos rasgándose como si los propios dioses estuvieran furiosos".

Isabela aceptó la copa y tomó un pequeño sorbo, el líquido ámbar quemando su camino bajando por su garganta y esparciendo calor por su pecho. Debería irse, era impropio estar sola con él, vestida apenas con bata y camisón, pero algo en la forma como estaba parado ahí, los hombros curvados bajo un peso invisible, la mantuvo enraizada en el lugar.

"Te culpas a ti mismo", no fue una pregunta, sino una afirmación, y vio sus dedos apretar la copa con fuerza suficiente para que los nudillos se pusieran blancos.

"Sí, me culpo", admitió, la palabra saliendo como una confesión arrancada bajo tortura. "Fallé con ella de todas las formas en que un marido puede fallarle a una esposa. Era joven cuando nos casamos, arrogante, demasiado absorto en mis propias ambiciones y responsabilidades para percibir que ella se estaba ahogando en soledad aquí. Suplicaba que volviéramos a Londres, para participar de la temporada social, para tener compañía además de mí y Thomas, pero me rehusé, diciendo que Ravenswood me necesitaba, que mi lugar era aquí administrando las propiedades de la familia. En verdad, era un cobarde, con miedo de la sociedad y sus expectativas sofocantes, prefiriendo enterrarme en el campo donde podía controlar todo".

Las palabras se derramaban de él ahora como si una represa hubiera sido rota, tres años de silencio y culpa finalmente encontrando voz

en la oscuridad iluminada apenas por fuego y velas, presenciada solo por una mujer que era casi una extraña.

"En los últimos meses antes de su muerte, Celeste cambió. Se volvió distante, desaparecía por horas sin explicación. Yo sospechaba... bueno, digamos apenas que sospechaba que su corazón había encontrado consuelo en otro lugar. La confronté en la noche de su muerte, la acusé de infidelidad sin pruebas, movido por celos irracionales y el miedo de perderla. Ella negó, pero no le creí. Bebí demasiado aquella noche, más de lo que debía, intentando ahogar el dolor y la rabia, y cuando desperté a la mañana siguiente con un dolor de cabeza lacerante, fue para descubrir que estaba muerta". Su voz se quebró en las últimas palabras, e Isabela vio lágrimas brillar en sus ojos antes de que girara el rostro, avergonzado por la demostración de emoción.

Sin pensar, sin considerar las consecuencias, Isabela cerró la distancia entre ellos y gentilmente tocó su brazo, sintiendo los músculos tensos bajo la tela fina de su camisa de dormir. "Ella cayó, fue un accidente terrible, pero un accidente. Cargar con esa culpa no traerá a Celeste de vuelta ni cambiará lo que sucedió".

Adrian miró la mano de ella sobre su brazo, luego lentamente alzó sus ojos para encontrar los de ella, y la intensidad en aquella mirada la golpeó como una ola, robándole el aliento y haciendo que su corazón se disparara. "¿Cómo puedes ser tan parecida a ella físicamente pero tan completamente diferente en esencia?" murmuró, casi para sí mismo, levantando una mano vacilante como si fuera a tocar su rostro antes de dejarla caer, luchando visiblemente contra el impulso. "Celeste era fuego y pasión, ardiendo intensamente pero consumiendo todo alrededor. Tú eres... agua profunda, calma en la superficie pero con corrientes ocultas que un hombre podría pasar la vida explorando y nunca alcanzar el fondo".

La metáfora era tan inesperadamente poética viniendo de aquel hombre que se presentaba como emocionalmente muerto que

Isabela se quedó sin palabras, consciente apenas de la cercanía de él, del calor emanando de su cuerpo, del perfume de sándalo y algo indefiniblemente masculino que la envolvía. El momento se estiró, cargado de posibilidades y tensión no dicha, rayos iluminando la biblioteca en flashes estroboscópicos que hacían que el tiempo pareciera detenerse y avanzar en saltos desconcertantes.

Isabela sabía que debería retroceder, poner distancia apropiada entre ellos, pero su cuerpo no obedecía, magnéticamente jalado en su dirección como si hilos invisibles los conectaran. Fue Adrian quien finalmente rompió el hechizo, dando dos pasos atrás y pasando una mano por los cabellos en un gesto de frustración visible. "Debería volver a sus aposentos, Señorita Montfort. Esta situación es... inapropiada". La formalidad había regresado a su voz, la vulnerabilidad siendo escondida nuevamente detrás de paredes cuidadosamente reconstruidas, pero Isabela había visto lo que estaba detrás de aquellas paredes ahora, y no podría olvidarlo.

Ella asintió con la cabeza, colocando su copa de coñac aún medio llena sobre la mesa lateral antes de caminar en dirección a la puerta, cada paso pareciendo requerir un esfuerzo monumental. Cuando alcanzó el umbral, algo la hizo detenerse y mirar atrás una última vez. Adrian estaba parado donde ella lo había dejado, mirando fijamente el fuego, su perfil destacado contra las llamas como una escultura de mármol representando la tristeza personificada. "Vizconde", dijo suavemente, y lo vio girar ligeramente la cabeza en su dirección. "La soledad reconoce la soledad. Sea cual sea el peso que carga, no necesita cargarlo completamente solo. A veces, compartir la carga con otra persona puede hacerla soportable".

Ella no esperó respuesta, deslizándose fuera de la biblioteca y de vuelta a los pasillos oscuros, su corazón latiendo tan fuerte que parecía ahogar hasta el sonido de la tormenta furiosa allá afuera.

Aquella noche, Isabela permaneció despierta hasta el amanecer, no por los truenos y relámpagos, sino porque cada vez que cerraba los

ojos, veía aquellos ojos mirándola con una mezcla de dolor, deseo y algo peligrosamente cercano a la esperanza, y supo con certeza absoluta que su vida había cambiado irreversiblemente en aquellas horas silenciosas.

# Capítulo 6

La invitación llegó en una mañana clara de diciembre, entregada por un mensajero vestido con la librea azul y dorada de la familia Westbrook, una de las más prominentes de la región. Lady Cordelia Westbrook, leyó Isabela en la caligrafía elaborada y floreada, tenía el honor de invitar a la Señorita Isabela Montfort y a los caballeros Ravenswood a un baile de bienvenida en su honor, a realizarse en Westbrook Manor el sábado siguiente.

Thomas recibió la noticia con entusiasmo genuino, ya planeando en voz alta qué saco usaría y si debería intentar nuevamente el paso de baile que venía practicando secretamente en el salón de música. Adrian, por otro lado, examinó la invitación con expresión sombría y claramente consideró rehusarse, pero una mirada significativa de Thomas seguida por un suspiro de resignación indicó que finalmente accedería a comparecer, probablemente más por deber social que por cualquier deseo real.

Los días hasta el baile pasaron en un frenesí de preparativos. Isabela había traído apenas algunos vestidos de Londres, ninguno adecuado para un evento social de tal magnitud, así que la Señora Pembrook, demostrando una faceta sorprendentemente menos severa de su personalidad, ofreció acceso al guardarropa de Celeste. "Tenía un gusto impecable para la moda", dijo la gobernanta con una nota de melancolía genuina en su voz habitualmente fría. "Sería una lástima dejar todos esos vestidos hermosos pudriéndose en las sombras cuando podrían servir a alguien nuevamente". Isabela vaciló, incómoda con la idea de usar las ropas de la difunta Vizcondesa, pero la practicidad venció la aprensión, y se encontró en el ala oeste por primera vez, los aposentos de Celeste revelándose sorprendentemente intactos y preservados como un santuario.

La habitación estaba decorada en tonos de verde esmeralda y oro, con una cama con dosel elaboradamente tallada que parecía haber salido de un cuento de hadas francés, tocador de jacarandá cubierto de frascos de perfume y cajitas de joyas, y un guardarropa enorme que ocupaba una pared entera. La Señora Pembrook abrió las puertas con una llave de hierro que cargaba en una cadena alrededor de la cintura, revelando hileras y más hileras de vestidos de seda, satín y terciopelo en todos los colores imaginables.

Isabela pasó los dedos por las telas lujosas, maravillada con la calidad y el diseño, claramente obras de modistas parisinas de primera línea. "Lady Celeste recibía cajas de París tres veces al año", explicó Pembrook, una nota de desaprobación en su voz que sugería que consideraba tal extravagancia ligeramente escandalosa. "El Vizconde nunca le negaba nada a ella, no importaba el costo. La amaba profundamente, sabe, independientemente de lo que digan los chismosos de la villa".

Isabela eligió finalmente un vestido de satín color champagne con sobretúnica de tul bordado con minúsculas flores en hilo de plata, el escote modestamente bajo pero elegante, la cintura marcada por una faja de seda plateada, y la falda amplia hecha de capas de tela que susurraban al moverse como murmullos de secretos. Sorprendentemente, el vestido le quedaba perfecto, confirmando lo que Isabela ya sospechaba sobre el parecido físico entre ella y Celeste extendiéndose hasta sus medidas corporales.

Cuando se miró en el espejo de cuerpo entero en la noche del baile, cabellos arreglados en rizos elaborados adornados con un peine de perlas que también había pertenecido a Celeste, tuvo un momento de desconexión perturbadora, casi pudiendo imaginar que era la propia Vizcondesa fallecida mirando de vuelta a través del vidrio, y tuvo que parpadear varias veces para disipar la ilusión inquietante.

El viaje hasta Westbrook Manor tomó cuarenta minutos por el camino iluminado por la luna, el carruaje balanceándose suavemente

mientras atravesaban el paisaje cubierto por una fina capa de nieve recién caída que hacía que todo brillara plateado bajo la luz de las estrellas. Isabela estaba sentada frente a frente con Thomas y Adrian, y podía sentir la mirada del Vizconde sobre ella intermitentemente durante todo el trayecto, aunque no dijera nada más allá de comentarios mínimos sobre el clima y la ruta.

Thomas, inconsciente o tal vez diplomáticamente ignorando la tensión palpable, parloteaba alegremente sobre las familias que estarían presentes y los chismes más recientes de la sociedad local, pero Isabela absorbía poco de sus palabras. Estaba demasiado consciente del hombre sentado al lado de él, la luz de la linterna del carruaje lanzando sombras dramáticas en sus facciones ya angulosas y haciendo que sus ojos brillaran como plata líquida.

Aunque menor que Ravenswood, Westbrook Manor se reveló una propiedad imponente, construida en estilo georgiano con columnas blancas y simetría perfecta, todas las ventanas brillando con luz dorada y el sonido de música de orquesta flotando por la noche fría. Carruajes se alineaban en el camino circular de entrada. Damas en vestidos de seda y caballeros en trajes de gala formales conversaban animadamente mientras subían los escalones anchos hasta la entrada principal donde Lady Cordelia Westbrook recibía a sus invitados personalmente.

Isabela la vio de reojo antes de bajar del carruaje, una mujer impresionantemente bella, de tal vez veintiocho años, cabellos rubios arreglados en estilo griego elaborado, vestido de terciopelo rojo sangre que abrazaba cada curva de su cuerpo voluptuoso, y un collar de rubíes alrededor del cuello blanco que probablemente valía más que la propiedad entera de Isabela. Pero fue la expresión en su rostro cuando sus ojos se posaron en el carruaje de los Ravenswood lo que hizo que Isabela vacilara, algo calculado y ligeramente predatorio que desapareció rápidamente, reemplazado por una sonrisa perfectamente educada y acogedora. Desapareció tan rápidamente que casi pensó haberlo imaginado.

"¡Vizconde Ravenswood! ¡Señor Thomas! Qué placer tenerlos con nosotros esta noche", saludó Cordelia con una reverencia graciosa que exhibía generosamente su escote, sus ojos azules posándose en Adrian con una intensidad que hizo que Isabela se sintiera súbitamente como una intrusa en una escena privada. "Ha pasado mucho tiempo desde que honró nuestro humilde hogar con su presencia". Había una intimidad en la forma como pronunció las palabras, una familiaridad que sugería historia compartida, e Isabela vio a Adrian inclinar la cabeza cortésmente pero sin calor real. "Lady Westbrook, agradecemos su hospitalidad".

Entonces Cordelia volcó su atención a Isabela, y aquellos ojos azules la recorrieron de arriba abajo en una evaluación tan completa y descarada que Isabela tuvo que reprimir el impulso de cruzar los brazos defensivamente sobre el pecho. "Y esta debe ser la Señorita Montfort. Qué vestido encantador. Las piezas parisinas son tan reconocibles por la calidad superior del trabajo manual, ¿no cree?" Hubo algo en el tono, una nota subrepticia que sugirió que Cordelia sabía exactamente de quién había sido originalmente el vestido, y estaba haciendo un comentario codificado que solo los Ravenswood podrían comprender completamente.

El salón de baile estaba decorado con gusto impecable, guirnaldas de pino fresco entrelazadas con cintas rojas adornando las paredes, candil de cristal reflejando la luz de cientos de velas, y una orquesta de doce músicos posicionada en un estrado elevado tocando un vals vienés animado mientras parejas giraban por el piso pulido de parquet. Isabela fue inmediatamente presentada a docenas de personas cuyos nombres y títulos se mezclaron en una confusión indistinta, todos aparentemente fascinados por ella de una forma que la dejaba incómoda, miradas curiosas recorriendo de su rostro a sus acompañantes Ravenswood con interés especulativo mal disimulado.

Fue Thomas quien finalmente la rescató de la multitud sofocante de introducciones, ofreciendo su brazo con una sonrisa cálida. "¿Me

concedería el honor de este baile, Isabela?" Ella aceptó con alivio, permitiendo que la guiara al centro del salón donde ya se formaba un nuevo conjunto para una contradanza.

Bailar con Thomas era fácil y agradable, era un compañero habilidoso que anticipaba sus movimientos y la guiaba suavemente a través de los pasos complejos, y mientras giraban y se movían en sincronía con la música, Isabela se encontró genuinamente sonriendo por primera vez desde que habían llegado. "¿Te estás divirtiendo?" preguntó Thomas, sus ojos azules brillando con placer al verla relajada.

"Mucho más ahora", admitió ella. "Aunque debo confesar que Lady Westbrook es un poco intimidante".

Algo pasó por el rostro de Thomas, una sombra fugaz que podría haber sido preocupación o tal vez advertencia. "Cordelia puede ser... intensa. Ella y Celeste eran amigas cuando jóvenes, pero tuvieron un desacuerdo serio años atrás. Después de la muerte de Celeste, Cordelia intentó... bueno, dejó claro que estaría dispuesta a consolar a Adrian en su duelo, si comprendes mi insinuación". Isabela comprendió perfectamente, y la pieza del rompecabezas se encajó, explicando la hostilidad subyacente que había sentido durante la presentación.

Cuando el baile terminó, Thomas la escoltó hacia los refrescos, pero antes de que pudieran alcanzar la mesa elaboradamente arreglada con copas de champagne y bandejas de delicias, una voz profunda y familiar interrumpió su camino. "Señorita Montfort, ¿me concedería el próximo baile?" Adrian estaba parado frente a ellos, una mano extendida formalmente, expresión inescrutable, pero había algo en sus ojos que hacía que el corazón de Isabela se disparara incómodamente.

Thomas miró entre ellos con una expresión peculiar que Isabela no logró descifrar completamente antes de que diera un paso atrás con

una reverencia educada. "Por supuesto, hermano. Cuida bien de ella". Y entonces Isabela encontró su mano colocada en la de Adrian, y fue guiada de vuelta al piso de baile mientras la orquesta iniciaba un vals lento y romántico que parecía haber sido elegido por alguien cruel específicamente para torturar sus nervios ya fragilizados.

Bailar con Adrian era una experiencia completamente diferente de bailar con Thomas. Donde Thomas era ligero y juguetón, Adrian era intenso y posesivo, su mano en su cintura firme y cálida a través de las capas de tela, sus movimientos precisos y controlados como todo en él, pero con una gracia natural que sugería que este era un hombre cómodo en su cuerpo a pesar de todo el malestar emocional. Bailaron en silencio por varios minutos, conscientes de las miradas curiosas que los seguían alrededor del salón, de las cabezas inclinándose en cuchicheo especulativo, pero Isabela no lograba importarle nada de eso, demasiado absorta en la sensación de estar tan cerca de él, sintiendo el calor de su cuerpo, el olor de sándalo y algo limpio y masculino que hacía que su cabeza girara más que cualquier champagne podría.

"Estás hermosa esta noche", dijo Adrian súbitamente, su voz baja y ronca, dirigida solo a ella. "Peligrosamente hermosa". Isabela alzó los ojos para encontrar los de él, y lo que vio en aquella mirada hizo que el aire dejara sus pulmones en un suspiro súbito, deseo crudo y desprotegido mezclado con algo que parecía peligrosamente cercano al miedo.

Antes de que ella pudiera formular una respuesta, la música terminó, y los bailarines comenzaron a dejar el piso para el intervalo, pero Adrian no soltó su mano inmediatamente, sus dedos apretando los de ella por un momento prolongado que pareció estirarse en eternidad. Fue solo cuando alguien carraspeó alto y deliberadamente detrás de ellos que finalmente la soltó y se alejó, e Isabela se giró para encontrar a Lady Cordelia parada ahí con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos azul hielo.

"Vizconde, espero no estar interrumpiendo. Me gustaría presentarlo al Conde de Blackstone que llegó recientemente de Londres y está ansioso por discutir inversiones en ferrocarriles". Adrian se inclinó cortésmente hacia Isabela. "Si me da permiso, Señorita Montfort". Y entonces estaba siendo guiado lejos de ella por Cordelia, cuya mano posesiva en su brazo y la mirada triunfante lanzada sobre el hombro en dirección de Isabela dejaban perfectamente claro que ella consideraba a Adrian territorio suyo, e Isabela era una intrusa en un juego cuyas reglas ni siquiera sabía que estaba jugando.

El resto de la noche pasó en un borrón de más bailes, más presentaciones, más conversaciones educadas pero vacías con extraños que claramente la veían como una curiosidad fascinante debido a su parecido con la difunta Vizcondesa, un tópico que nadie mencionaba abiertamente, pero que parecía flotar en cada mirada prolongada, cada pausa significativa. Thomas permaneció cerca, atento y cálido, solicitando sus manos para dos bailes más y trayéndole limonada helada cuando ella confesó tener calor por la multitud sofocante.

Pero sus ojos continuaban buscando a Adrian a través del salón, encontrándolo siempre rodeado de personas, principalmente por Cordelia que parecía haber asumido el papel de anfitriona personal de él, manteniéndolo en constante demanda y efectivamente impidiendo cualquier oportunidad de que interactuara nuevamente con Isabela. Fue solo cuando estaban finalmente dejando la propiedad a las dos de la mañana, la mayoría de los invitados ya habiendo partido, que el momento final y perturbador del baile ocurrió, un incidente que Isabela repasaría en su mente repetidamente en los días siguientes, buscando significados ocultos en cada palabra y mirada.

Lady Cordelia insistió en acompañarlos personalmente hasta su carruaje, aparentemente la perfecta anfitriona solícita preocupada por el confort de sus invitados. "Fue maravilloso finalmente conocerla, Señorita Montfort", dijo, su voz dulce como miel pero con

un toque subyacente de algo venenoso. "Espero que esté disfrutando su estadía en Ravenswood Hall. Es una propiedad tan... histórica. Tantos recuerdos impregnados en cada piedra".

Entonces se giró hacia Adrian, y su expresión cambió sutilmente, volviéndose más suave, casi íntima. "Adrian, sabes que siempre puedes contar conmigo si necesitas... cualquier cosa. Después de todo, los viejos amigos deben cuidarse unos a otros, especialmente después de tragedias compartidas". La forma en que enfatizó la palabra "tragedias" hizo que algo se oprimiera incómodamente en el estómago de Isabela, una sensación instintiva de advertencia que no podía explicar racionalmente pero que resonaba en sus huesos como presagio de tormentas venideras.

Adrian apenas asintió rígidamente, claramente ansioso por partir, y momentos después estaban finalmente en el carruaje, las ruedas girando sobre la grava en dirección a la oscuridad segura de la noche, dejando atrás la luz y la música y aquella mujer de vestido rojo sangre. Su sonrisa helada sería la última imagen en la mente de Isabela antes de que finalmente cayera en un sueño inquieto, horas después.

# Capítulo 7

Los días siguientes al baile trajeron cambios sutiles pero perceptibles en la dinámica de Ravenswood Hall. Thomas se volvió aún más atento, su presencia constante casi protectora, siempre surgiendo con una taza de té cuando Isabela estaba leyendo en la biblioteca, o sugiriendo caminatas por los jardines incluso cuando el frío de diciembre mordía a través de los mantos más pesados. Había algo en sus ojos azules cuando la miraba que Isabela finalmente logró nombrar, un brillo de adoración que la dejaba simultáneamente conmovida e incómoda.

Aunque consideraba a Thomas un amigo querido, sus propios pensamientos tercamente retornaban siempre al hermano mayor, al hombre sombrío que había bailado con ella por apenas un vals, pero que había marcado su alma con aquel toque como hierro al rojo vivo. Adrian, por su parte, parecía haberse retraído aún más dentro de sí mismo después del baile, apareciendo raramente incluso en las cenas, enviando disculpas a través de criados y permaneciendo encerrado en su despacho por horas que se extendían hasta la madrugada.

Fue en una tarde particularmente fría, cuando la nieve caía en copos gruesos y pesados que cubrían Ravenswood en un manto de blanco silencioso, que Isabela hizo el descubrimiento que cambiaría todo. Estaba explorando una sección menos usada de la mansión, atraída por la curiosidad sobre un pasillo que parecía llevar a habitaciones de huéspedes hacía mucho cerradas, cuando tropezó, literalmente, con una tabla suelta del piso de madera.

Arrodillándose para examinarla más de cerca, Isabela percibió que la tabla no estaba meramente suelta sino que parecía haber sido deliberadamente aflojada, creando un pequeño escondite debajo. Su corazón aceleró con la emoción prohibida de descubrir secretos

mientras sus dedos se deslizaban hacia el espacio oscuro y se cerraban alrededor de un objeto encuadernado en cuero suave. Un diario, se dio cuenta al jalarlo hacia la luz gris filtrada a través de las ventanas empolvadas, las páginas amarillentas por el tiempo pero la caligrafía aún perfectamente legible, cada letra formada con la perfección cuidadosa de quien fue educada en las mejores escuelas francesas.

"Celeste Beaumont Ravenswood" estaba escrito en la hoja de presentación en tinta azul descolorida, e Isabela sabía que debería cerrarlo inmediatamente, devolverlo a su escondite y olvidar que había encontrado los pensamientos privados de una mujer muerta. Pero sus manos se rehusaban a obedecer a la razón, abriendo el diario en una página aleatoria y comenzando a leer casi contra su voluntad consciente.

La escritura era de mayo de 1820, apenas seis meses antes de la muerte de Celeste, y las palabras saltaron de la página con una urgencia palpable incluso a través de los años que las separaban. "No puedo continuar así. El peso de este secreto me está destruyendo de dentro hacia afuera, y cada día que pasa se vuelve más difícil mirar a los ojos a Adrian sabiendo lo que sé. Él me ama, eso no puedo negarlo, pero su amor es posesivo y sofocante, una jaula dorada que se vuelve más pequeña cada día hasta que apenas puedo respirar. Cordelia vino hoy nuevamente, sus advertencias volviéndose más insistentes. Dice que debo contar la verdad antes de que sea demasiado tarde, pero ¿cómo puedo? La revelación destruiría no solo mi matrimonio, sino toda la familia Ravenswood".

Isabela leyó el pasaje tres veces, su cerebro procesando las implicaciones mientras un frío que no tenía nada que ver con la temperatura de la habitación se instalaba en sus huesos. ¿Qué secreto estaba guardando Celeste? ¿Y por qué Cordelia, que se presentaba como rival de Celeste, estaría aconsejándola a revelar algo que claramente sería destructivo? Con manos levemente temblorosas, Isabela continuó hojeando el diario, saltando entre

entradas y montando un retrato cada vez más perturbador del matrimonio entre Celeste y Adrian.

Las primeras páginas, fechadas en 1817 justo después del matrimonio, estaban llenas de optimismo romántico y declaraciones de amor apasionado. "Adrian es todo lo que soñé en un marido, atento e inteligente, con profundidad emocional que raramente se encuentra en hombres de su posición. Ravenswood Hall será nuestro paraíso, lejos de las presiones sofocantes de la sociedad londinense".

Pero a medida que los meses se transformaban en años, el tono cambiaba dramáticamente, optimismo dando lugar a la frustración, después a la tristeza, y finalmente a algo que parecía peligrosamente cercano a la desesperación.

"Junio de 1820. Me está sofocando con su necesidad constante de saber dónde estoy, con quién hablo, qué pienso a cada momento. No puedo ni caminar por los jardines sin sentir sus ojos observándome desde las ventanas del despacho. Lo confronté hoy sobre su posesividad, y respondió con tal furia que por primera vez sentí miedo genuino. No miedo de violencia física, Adrian jamás me lastimaría de esa forma, pero miedo de su intensidad emocional que a veces parece al borde de volverse algo peligroso y descontrolado".

Isabela cerró el diario por un momento, sintiéndose como intrusa en una intimidad que no le pertenecía, pero la necesidad de comprender era más fuerte que el malestar. Lo abrió nuevamente, buscando las últimas páginas escritas, las semanas finales de la vida de Celeste, y lo que encontró hizo que su estómago se revolviera en náusea creciente. "Octubre de 1820. Ya no tengo opción. Debo partir antes de que la verdad salga a la luz de forma aún más destructiva. Thomas aceptó ayudarme, dulce Thomas que siempre me trató como la hermana que nunca tuvo. Cordelia organizó todo, un carruaje me esperará en el camino después de medianoche mañana. Dejaré una carta para Adrian explicando todo, será cruel pero

necesario. Que Dios me perdone por lo que estoy a punto de hacerle a esta familia".

El diario terminaba ahí, la última frase interrumpida como una promesa nunca cumplida. Isabela permaneció sentada en el piso frío de la habitación abandonada por un largo tiempo, procesando lo que había leído mientras la nieve continuaba cayendo silenciosamente afuera. Celeste estaba planeando dejar a Adrian. Tenía un secreto que consideraba lo suficientemente destructivo para terminar el matrimonio. Thomas la estaba ayudando a huir. Y Cordelia, sorprendentemente, estaba facilitando la fuga. Nada de esto tenía sentido completo, las piezas del rompecabezas rehusándose a encajar en una imagen coherente, pero una cosa era dolorosamente clara: la muerte de Celeste en la noche anterior a su fuga planeada no podía ser coincidencia. Isabela sabía que debería llevar el diario a Adrian inmediatamente, revelar lo que había descubierto, pero algo la hacía vacilar.

Escondió el diario en las profundidades de su propio guardarropa, enterrado bajo capas de ropa, y bajó para encontrar a Thomas que había prometido llevarla a ver el lago congelado en los límites de la propiedad. La esperaba en el vestíbulo de entrada, vistiendo un saco pesado de viaje y sosteniendo el manto de ella, su rostro iluminándose con aquella sonrisa cálida que solía hacer que su corazón se calentara pero que ahora, con el conocimiento del diario pesando en su mente, parecía cargado de significados ocultos. ¿Thomas había ayudado a Celeste a planear su fuga? ¿Qué exactamente sabía sobre los últimos días de su cuñada?

"¿Estás bien?" preguntó Thomas mientras la ayudaba con el manto, sus manos demorándose tal vez un momento más de lo necesario en sus hombros. "Te ves pálida". Isabela forzó una sonrisa tranquilizadora. "Solo un poco de dolor de cabeza. El aire fresco ciertamente ayudará". Salieron juntos hacia el paisaje transformado por la nieve, e Isabela no lograba dejar de ver todo con nuevos ojos,

cada rincón de Ravenswood ahora cargado con posibilidades siniestras y preguntas sin respuesta.

La caminata hasta el lago tomó veinte minutos a través de senderos cubiertos de nieve que Thomas navegaba con facilidad familiar, apuntando ocasionalmente a árboles específicos o formaciones de piedras y compartiendo recuerdos de infancia de aventuras con Adrian antes de que responsabilidades y tragedias transformaran a su hermano en el hombre sombrío que ahora conocían.

El lago, cuando finalmente llegaron, era una visión de belleza etérea, su superficie congelada lisa como vidrio bajo la nieve fina, rodeado por árboles cuyos ramos desnudos se extendían como encajes negros contra el cielo gris. Thomas la guió cuidadosamente hasta la orilla, sus dedos entrelazados con los de ella a través de los guantes de lana, y por un largo momento simplemente permanecieron ahí en silencio compartido, observando el paisaje congelado.

Fue Thomas quien finalmente rompió el silencio, su voz cargando un peso de emoción que hizo que Isabela se girara para mirarlo con atención total. "Isabela, hay algo que necesito decirte, algo que he guardado por semanas pero ya no puedo mantener en silencio".

Isabela sintió su estómago oprimirse con anticipación aprensiva, parte de ella sabiendo exactamente lo que estaba por venir pero esperando desesperadamente estar equivocada. Thomas se giró para encararla completamente, ambas manos ahora sosteniendo las de ella, ojos azules intensos y vulnerables de una forma que nunca había visto. "Me enamoré de ti. Completamente, irrevocablemente, de una forma que nunca pensé que fuera posible. Desde el primer momento en que te vi en los jardines, algo en mi alma reconoció algo en la tuya, y cada día desde entonces solo ha profundizado ese sentimiento hasta que ahora consume cada pensamiento, cada respiración".

Las palabras se derramaban de él en un torrente apasionado, e Isabela podía ver la sinceridad absoluta en cada línea de su rostro, la vulnerabilidad de un hombre exponiendo su corazón completamente sin defensas. "Sé que es rápido, tal vez imprudente, pero la vida me ha enseñado que el tiempo es demasiado precioso e incierto para desperdiciarlo con vacilación. Cásate conmigo, Isabela. Déjame pasar el resto de mi vida haciéndote feliz, mostrándote todos los rincones del mundo, llenando tus días de belleza y risas".

El momento se estiró dolorosamente mientras Isabela buscaba palabras que pudieran expresar sus sentimientos sin destrozar completamente el corazón de aquel hombre gentil y maravilloso que no merecía nada más que honestidad. "Thomas", comenzó suavemente, apretando sus manos en gesto de afecto genuino. "Te has convertido en uno de los amigos más queridos que he tenido. Tu gentileza, tu luz, tu capacidad de encontrar belleza incluso en medio de la tristeza ha sido un regalo que valoro más de lo que puedo expresar. Pero..." vio la esperanza en sus ojos comenzar a vacilar, reemplazada por comprensión dolorosa incluso antes de que terminara, "mi corazón no está libre. Fue capturado por otro hombre, contra toda lógica y razón, y aunque deseara poder controlar hacia dónde fluye mi afecto, descubrí que el corazón tiene voluntad propia que desafía comandos". No necesitó decir el nombre, Thomas leyó la verdad en sus ojos y en su expresión, y ella vio el momento exacto en que comprendió, el dolor cruzando su rostro como nube sobre el sol.

"Adrian", dijo Thomas, no una pregunta sino una constatación llena de complejidad de emociones, tristeza, resignación, y tal vez hasta un toque de inevitabilidad, como si parte de él siempre supiera que sería así. "Amas a mi hermano". Isabela no confiaba en que su voz no se quebrara, así que apenas asintió con la cabeza, lágrimas picando sus ojos por el dolor que estaba causando a este hombre bueno.

Thomas soltó sus manos gentilmente y dio un paso atrás, pasando una mano por el cabello en gesto que hacía eco de su hermano de forma tan intensa que hizo que el corazón de Isabela se oprimiera. "Él no lo sabe, ¿verdad? Adrian está tan enterrado en su culpa y su duelo que no logra ver lo que está frente a él. Y aunque lo viera, no sé si permitiría que entraras. Mi hermano se condenó a una existencia estéril, y temo que ni siquiera tú, con toda tu luz y coraje, puedas alcanzarlo a través de las paredes que construyó". Había tanto dolor como advertencia en sus palabras, e Isabela no podía estar en desacuerdo con ninguna de ellas, pues ella misma se había preguntado las mismas cosas innumerables veces durante las noches de insomnio.

Volvieron a la mansión en silencio pesado pero no incómodo, una comprensión mutua establecida entre ellos que trascendía el rechazo romántico y tocaba algo más profundo, una amistad que sobreviviría a esta prueba porque estaba construida sobre bases genuinas.

Cuando estaban en el vestíbulo de entrada, sacudiéndose la nieve de las botas, Adrian estaba bajando las escaleras principales, claramente en camino a su despacho con una pila de documentos bajo el brazo. Se detuvo abruptamente al verlos, sus ojos recorriendo de Thomas a Isabela y de vuelta, y algo en su expresión cambió, se endureció de una forma que hizo que Isabela pensara en hielo agrietándose sobre aguas profundas. "¿Disfrutando el clima invernal?" preguntó Adrian, su voz cortés pero helada. "Espero que haya sido... vigorizante". Había algo bajo las palabras, una corriente de emoción que Isabela no lograba identificar completamente pero que hacía que su corazón se acelerara incómodamente.

Antes de que cualquiera pudiera responder, Adrian continuó bajando las escaleras, pero al pasar junto a Isabela, se detuvo tan brevemente que ella casi pensó haberlo imaginado, su voz demasiado baja para que Thomas la escuchara cayendo en su oído como un secreto compartido. "Ten cuidado con tu corazón, Señorita Montfort. Esta casa devora esperanza y escupe cenizas". Y entonces

estaba moviéndose nuevamente, desapareciendo por el pasillo en dirección a su despacho, dejando atrás apenas el perfume de sándalo y el eco de palabras que sonaban tanto como advertencia como confesión velada.

Isabela permaneció parada, su corazón latiendo tan fuerte que estaba segura de que Thomas podía escucharlo, y cuando finalmente subió a sus aposentos una hora después, fue para encontrar su habitación revuelta, cajones abiertos, ropa esparcida por el piso, y el diario de Celeste, que había tan cuidadosamente escondido, desaparecido sin dejar rastro. Alguien sabía que lo había encontrado, y lo había recuperado antes de que pudiera desentrañar completamente sus secretos, y mientras Isabela miraba alrededor del caos de su habitación violada, una única certeza se cristalizó en su mente: se había convertido en una amenaza para alguien, y el juego que ni siquiera sabía que estaba jugando acababa de volverse peligrosamente real.

# Capítulo 8

Tres días pasaron desde la desaparición del diario, tres días durante los cuales Isabela se movió por la mansión con nueva consciencia agudizada, analizando cada mirada, cada palabra, cada silencio buscando pistas sobre quién había invadido su habitación y por qué. La Señora Pembrook negó cualquier conocimiento cuando fue cuestionada, su expresión severa no revelando nada más allá de desaprobación por el hecho de que Isabela hubiera sido lo suficientemente descuidada para dejar sus pertenencias en desorden.

Thomas estaba visiblemente incómodo desde el rechazo a su propuesta, manteniendo distancia educada pero dolorosa que hacía que Isabela sintiera la pérdida de su amistad fácil como un duelo físico. Y Adrian permanecía como un fantasma, apareciendo apenas ocasionalmente en los pasillos, como sombra fugaz antes de desaparecer nuevamente en sus dominios aislados, evitando incluso las cenas formales con excusas cada vez más frágiles.

Fue el destino, o tal vez simplemente el clima impredecible de Yorkshire, que forzó la confrontación que todos habían estado evitando.

Isabela había decidido visitar la casa de verano en los límites de los jardines formales, una estructura encantadora de vidrio y hierro forjado que Thomas había mencionado una vez albergaba la colección de orquídeas raras de Celeste. La mañana comenzó clara y fría, pero a medida que caminaba por los senderos cubiertos de nieve, nubes oscuras comenzaron a acumularse con velocidad alarmante, y lo que comenzó como copos de nieve esporádicos rápidamente se transformó en una nevada completa, viento aullando y nieve cayendo tan densamente que Isabela apenas lograba ver cinco metros frente a ella. Corrió los últimos metros hasta la casa de

verano y empujó la puerta, entrando al espacio acristalado con un suspiro de alivio, sacudiéndose la nieve del manto y del cabello mientras sus ojos se ajustaban a la luz difusa filtrada a través de los vidrios cubiertos de hielo.

No estaba sola. Adrian estaba parado en el centro de la casa de verano, rodeado por mesones de madera que aún sostenían macetas de orquídeas hacía mucho muertas, sus esqueletos marrones y quebradizos testigos silenciosos de negligencia y olvido. Sostenía algo en sus manos, y cuando se giró al escucharla entrar, Isabela vio con un apretón de reconocimiento y aprensión que era el diario de Celeste, las páginas abiertas en la página que estaba leyendo cuando la tormenta los aisló juntos en aquel espacio pequeño e íntimo.

Por un largo momento ninguno habló, el silencio pesado cargado con todas las palabras no dichas que se habían acumulado entre ellos en las últimas semanas, y entonces Adrian cerró el diario lentamente, sus ojos encontrando los de ella con una intensidad que robó el aire de sus pulmones. "¿Fuiste tú quien lo encontró?" No era realmente una pregunta, más una confirmación de algo que ya sabía, e Isabela sintió que no tenía sentido negar.

"Sí", dijo simplemente, enderezando los hombros y enfrentando su mirada sin vacilar. "Lo encontré escondido bajo las tablas del piso en una de las habitaciones de huéspedes cerradas. Sé que no debí haberlo leído, que eran pensamientos privados que no me concernían, pero una vez que comencé no pude parar. Celeste estaba planeando dejarlo, Vizconde. En la noche en que murió, debería haber estado huyendo". Observó su rostro atentamente, buscando señales de sorpresa, rabia, cualquier emoción, pero Adrian permaneció perfectamente inmóvil, solo una tensión casi imperceptible en su mandíbula revelando que sus palabras habían dado en el blanco.

"Lo sé", dijo finalmente, su voz ronca y cansada. "Siempre lo supe, o al menos sospeché. Encontré la carta que dejó, la explicación que mencionó en el diario. Estaba escondida en su escritorio, nunca enviada o tal vez planeada para ser dejada para que yo la encontrara después de su partida. Iba a Francia, a volver con su familia, y planeaba solicitar la anulación del matrimonio alegando coerción".

La confesión cayó entre ellos como piedra en agua quieta, las implicaciones esparciéndose en ondas concéntricas. Isabela dio un paso más cerca, la temperatura en la casa de verano cayendo rápidamente a medida que la tormenta se intensificaba afuera pero ella apenas notaba el frío, demasiado enfocada en el hombre frente a ella y en el dolor crudo que finalmente estaba permitiendo que viera. "¿Por qué quería partir? El diario mencionaba un secreto, algo destructivo que estaba guardando. ¿Sabes qué era?"

Adrian rió, un sonido áspero y sin humor que hizo que Isabela se estremeciera. "Oh, sé exactamente qué era, Señorita Montfort. El secreto que mi adorada esposa cargaba, el secreto tan terrible que prefirió morir a revelarlo, era simplemente esto: nunca me amó. Nuestro matrimonio fue arreglado por las familias, una unión de fortunas y nombres, y Celeste aceptó porque no tenía opción. Pero su corazón siempre perteneció a otro, un amor de infancia que sus padres prohibieron, porque no tenía título ni fortuna adecuados. Vivió conmigo por tres años, compartió mi cama, sonrió en mi rostro, y todo ese tiempo amaba a otro hombre".

El dolor en su voz era tan palpable que Isabela sintió lágrimas picar sus propios ojos, su mano extendiéndose instintivamente para tocar su brazo en gesto de consuelo, pero Adrian se alejó como si su toque quemara. "No", dijo bruscamente. "No me ofrezcas tu compasión. No la merezco. Porque la verdad, la terrible verdad con la que he vivido desde aquella noche, es que cuando Celeste me confrontó y me dijo todo, cuando finalmente admitió que planeaba dejarme y volver con su amante, yo... yo me sentí feliz".

Su voz se quebró en la última palabra, e Isabela vio una lágrima solitaria trazar su camino por su rostro antes de que la limpiara furiosamente. "Por un momento terrible y egoísta, sentí alivio porque finalmente estaría libre de un matrimonio que se había vuelto una tortura para ambos. Y entonces ella cayó, o saltó, o fue empujada, nunca sabré con certeza porque estaba demasiado ebrio para recordar claramente la secuencia de eventos. Pero mi último sentimiento hacia mi esposa antes de su muerte fue felicidad por su partida, y ¿cómo puedo vivir con eso?"

La confesión resonó por la casa de verano, el sonido de la tormenta afuera un contrapunto dramático para el torbellino emocional que sucedía adentro. Isabela sabía que estaba presenciando algo que Adrian nunca había compartido con otra alma viva, los secretos más oscuros de su corazón expuestos crudos y sangrando ante ella. Sin pensar en las consecuencias o en la propiedad, cerró la distancia entre ellos y lo abrazó, sus brazos envolviendo su cintura rígida, su rostro presionado contra su pecho donde podía escuchar el latido acelerado de su corazón.

Por un momento él permaneció perfectamente inmóvil, cada músculo tenso como cuerda de violín estirada hasta el punto de ruptura, y entonces algo en él cedió, sus brazos cerrándose alrededor de ella con fuerza casi desesperada, su rostro enterrado en su cabello mientras sus hombros temblaban con sollozos silenciosos que había guardado por tres años de duelo solitario.

Permanecieron así por largo tiempo, abrazados en el centro de aquella casa de vidrio rodeada por la tormenta, y gradualmente Isabela sintió la tensión siendo reemplazada por un agotamiento profundo pero también, tal vez, por algo parecido a la paz. Cuando Adrian finalmente se alejó, sus ojos estaban rojos pero más claros de lo que ella jamás los había visto, como si liberar aquel secreto hubiera también liberado parte del peso aplastante que cargaba. "Debes despreciarme", dijo bajito, pero Isabela sacudió la cabeza con vehemencia.

"No te desprecio. Veo a un hombre que se castigó por sentimientos humanos normales, que se condenó por no ser santo, sino simplemente humano. Celeste tomó sus decisiones, correctas o incorrectas, y lo que le sucedió no fue tu culpa. La culpa pertenece solo a quien la empujó, si de hecho alguien lo hizo, y hasta que descubras esa verdad, te estás torturando con fantasmas de posibilidades". Adrian la miró con expresión que mezclaba sorpresa, gratitud y algo más profundo, más peligroso, algo que hizo que el corazón de Isabela se disparara y su respiración se atrapara en la garganta.

"¿Cómo puedes mirarme con esos ojos", murmuró, levantando una mano para trazar gentilmente el contorno de su rostro, sus dedos dejando rastros de fuego por donde tocaban, "como si yo valiera algo más allá de la condenación? ¿Cómo puedes ver a través de todas las capas de oscuridad hacia algo que ni siquiera sé si aún existe dentro de mí?"

Isabela cubrió su mano con la de ella, presionándola contra su rostro. "Porque yo también conozco la oscuridad. Pasé mi vida entera siendo juzgada por expectativas que nunca podría cumplir, moldeada en formas que nunca encajaban, sofocándome bajo el peso de deberes que mi alma rechazaba. Vine a Ravenswood buscando refugio, pero encontré algo mucho más valioso, encontré a alguien que comprende que a veces sobrevivir requiere que nos aislemos, y que el aislamiento no es debilidad sino autopreservación hasta que estemos lo suficientemente fuertes para enfrentar el mundo nuevamente".

Las palabras flotaron entre ellos, cargadas de significado que trascendía su conexión individual para tocar algo universal sobre la soledad y la desesperada necesidad humana de ser verdaderamente visto y aun así aceptado.

Adrian cerró los ojos por un largo momento, y cuando los abrió nuevamente, Isabela vio una decisión siendo tomada, una línea

siendo cruzada de la cual no habría retorno. "Isabela", su nombre en sus labios era una caricia, la primera vez que la llamaba por su nombre sin el título formal, y la intimidad de eso envió escalofríos por su columna, "no debería hacer esto. Mereces a alguien entero, no los fragmentos rotos que quedaron de mí. Mereces a Thomas con su luz y optimismo, o a cualquiera de las docenas de caballeros que ciertamente te cortejaron en Londres. Pero descubrí que incluso mis fragmentos rotos son lo suficientemente egoístas para quererte, para ansiarte de una forma que pensé había muerto con Celeste, si es que alguna vez existió verdaderamente con ella".

Su mano se deslizó de su rostro hacia su nuca, dedos entrelazándose en su cabello, e Isabela apenas lograba respirar, cada terminación nerviosa en su cuerpo consciente de su cercanía, del calor emanando de él, de la intensidad en sus ojos que la fijaban como si ella fuera la única cosa real en un mundo de sombras.

"Entonces no me dejes", susurró ella, sus propias manos subiendo para enmarcar su rostro, pulgar trazando la línea de su mandíbula. "Sé egoísta. Toma lo que quieres. Porque yo quiero ser elegida, deseada, no a pesar de mis defectos sino también por causa de ellos. Somos ambos almas fracturadas, Adrian, pero tal vez nuestras grietas se alineen perfectamente lo suficiente para crear algo completo entre los dos". Y entonces no había más espacio para palabras, porque Adrian estaba inclinando su cabeza, hasta que sus labios encontraron los de ella en un beso que comenzó casi tímido, como si temiera que ella pudiera desaparecer como humo si presionaba demasiado fuerte.

Pero cuando Isabela respondió, sus propios labios moviéndose contra los de él con urgencia que combinaba necesidad y ternura, algo en él se despedazó completamente, y el beso se profundizó, volviéndose más exigente, más desesperado, tres años de emociones reprimidas y soledad sofocante derramándose en aquel único punto de contacto donde dos almas fracturadas finalmente encontraban refugio una en la otra.

Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento, rostros sonrojados, ojos brillando con algo que no era solo deseo sino algo más profundo y más aterrador en su intensidad. Adrian presionó su frente contra la de ella, sus brazos aún envueltos firmemente alrededor de su cintura como si temiera que ella pudiera huir si la soltaba. "La tormenta no pasará por horas", dijo, su voz ronca y cargada de promesa. "Estamos atrapados aquí, juntos, y no puedo prometer que seré un caballero si te quedas".

Isabela rió suavemente, el sonido cargando alegría genuina por primera vez en semanas. "Entonces es una suerte que no esté buscando a un caballero, sino a un hombre, con todas las imperfecciones y pasiones que eso implica". Y cuando se besaron nuevamente, el mundo afuera desapareció completamente, la tormenta volviéndose apenas banda sonora distante para el momento en que dos corazones guardados comenzaron lenta, dolorosa, milagrosamente a abrirse y confiar nuevamente en la posibilidad de que el amor no necesitaba destruir, sino que podría, tal vez, sanar.

# Capítulo 9

Las dos semanas siguientes a la tarde en la casa de verano trajeron una transformación a Ravenswood Hall tan dramática que hasta los criados más discretos comentaban en susurros admirados en los pasillos de servicio. Adrian emergió de su aislamiento autoimpuesto como mariposa de capullo oscuro, no completamente transformado pero visiblemente más ligero, el peso aplastante en sus hombros reducido si no eliminado, y por primera vez en tres años, risas genuinas resonaban por los salones de la mansión.

Él e Isabela se volvieron inseparables de forma que era simultáneamente chocante por la velocidad y perfectamente natural por la facilidad, cenas formales transformándose en conversaciones animadas que se extendían por horas, mañanas pasadas en la biblioteca debatiendo filosofía y literatura, tardes cabalgando por los campos nevados de Yorkshire con mejillas sonrojadas de frío y corazones calentados por algo precioso y nuevo y aterrador en su intensidad.

Thomas observaba el desarrollo del romance entre su hermano y la mujer que él mismo amaba con una mezcla compleja de emociones que ocultaba con admirable dignidad. Había dolor, ciertamente, la punzada aguda de amor no correspondido que probablemente llevaría tiempo para sanar completamente, pero había también algo más. Era una alegría genuina por ver a Adrian finalmente permitir que la luz entrara nuevamente en su vida, y tal vez, enterrado más profundamente, un alivio por no tener que cargar el peso de salvar a su hermano solo.

Comenzó a hacer planes concretos para su viaje a Italia, correspondiéndose con maestros en Florencia y Roma. Aunque su presencia en Ravenswood se volvía gradualmente más espaciada a medida que preparaba su partida, cuando estaba presente mantenía

su ligereza característica. Hacía bromas autodespreciativas sobre ser el hermano menos atractivo y claramente menos afortunado en asuntos del corazón que hacían hasta a Isabela reír incluso sintiendo una punzada de culpa por su rechazo.

Pero no todo era armonía renovada en Ravenswood Hall. Había una tensión subyacente que Isabela no lograba definir completamente, una sensación de que estaban viviendo en una burbuja frágil que podría estallar en cualquier momento con consecuencias impredecibles. Los criados, particularmente la Señora Pembrook, trataban la relación en desarrollo entre ella y Adrian con una cautela que bordeaba la aprensión, e Isabela ocasionalmente capturaba miradas intercambiadas entre los empleados más antiguos que parecían cargar advertencias silenciosas.

Pero, fue la llegada de una carta sellada con cera roja marcada con el escudo Westbrook que finalmente trajo las nubes de tormenta que habían estado acumulándose en el horizonte directamente sobre sus cabezas. La carta estaba dirigida a Adrian, e Isabela estaba presente en la biblioteca cuando la abrió, observando su rostro pasar de curiosidad a confusión y finalmente a una rabia fría y controlada que hizo que sus ojos se endurecieran como piedra.

"¿Qué es?" preguntó Isabela, levantándose de la poltrona donde había estado leyendo y caminando hasta él, pero Adrian dobló la carta abruptamente y la metió en el bolsillo de su chaleco, su mandíbula tensa de una forma que ella había aprendido significaba que estaba luchando con emociones intensas.

"Nada con lo que debas preocuparte. Solo Lady Westbrook ejerciendo su habitual necesidad de insertarse en asuntos que no le conciernen".

Pero había algo en su tono, una tensión subyacente, que hizo que Isabela presionara más. "Adrian, después de todo lo que

compartimos, no me excluyas ahora. ¿Qué dijo Cordelia que te perturbó tanto?"

Vio el conflicto pasar por su rostro, la batalla entre su instinto de protegerla y su compromiso creciente con honestidad entre ellos, y finalmente suspiró profundamente y retiró la carta, extendiéndola hacia ella con expresión sombría. "Léela tú misma. Pero ten presente, las palabras de Cordelia raramente son motivadas por bondad".

Con manos ligeramente temblorosas, Isabela desdobló la carta y comenzó a leer la caligrafía perfectamente formada que cubría el papel fino y caro. "Mi querido Adrian", comenzaba con intimidad presuntuosa, "ha llegado a mi atención a través de varias fuentes confiables que has pasado tiempo considerable con nuestra encantadora invitada, la Señorita Montfort. Aunque ciertamente comprendo el atractivo de tal distracción, y de hecho no puedo culparte por buscar consuelo después de años de soledad melancólica, me siento compelida por nuestra antigua amistad a ofrecer algunas palabras de cautela. La semejanza entre la Señorita Montfort y tu difunta esposa no es mera coincidencia, sino resultado de manipulación calculada por sus parientes que claramente buscan posicionarla favorablemente para un matrimonio ventajoso. Pero hay cosas sobre la muerte de Celeste que no sabes, verdades que he guardado por lealtad a tu felicidad pero que ahora siento son necesarias revelar, antes de que cometas un error que podría poner no solo tu corazón sino tu propia seguridad en riesgo. Visítame mañana, solo, y compartiré lo que sé. Considera esto un acto de amistad verdadera de alguien que siempre tuvo solo tus mejores intereses en mente. Con afecto inquebrantable, Cordelia".

Isabela leyó la carta dos veces, su cerebro procesando cada palabra cuidadosamente elegida, cada insinuación velada, y cuando finalmente alzó los ojos para encontrar a Adrian observándola con intensidad aguardando su reacción, sintió un frío que no tenía nada que ver con la temperatura de la biblioteca. "Está intentando

separarnos", dijo Isabela, manteniendo su voz firme a pesar de la rabia hirviendo bajo la superficie. "Cada palabra es calculada para plantar dudas y miedo, insinuar peligros inexistentes y conocimiento secreto que probablemente ni siquiera existe. Es manipulación pura y simple".

Adrian asintió, pero ella podía ver que las semillas de duda ya habían sido plantadas, la mención a "cosas sobre la muerte de Celeste" claramente resonando con sus propias culpas e incertidumbres no resueltas. "Lo sé. Mi mente racional comprende completamente que Cordelia siempre ha manipulado situaciones para su beneficio. Pero..." vaciló, pasando una mano por el cabello en gesto de frustración que ella había aprendido significaba que estaba lidiando con conflictos internos, "¿y si hay algo que no sé? ¿Algo que podría arrojar luz sobre aquella noche?"

Antes de que Isabela pudiera responder, la puerta de la biblioteca se abrió abruptamente y Thomas entró con expresión urgente y perturbada. "Adrian, ¿recibiste una carta de Cordelia?" La similitud de la pregunta con lo que acababan de discutir hizo que tanto Adrian como Isabela intercambiaran miradas significativas.

"La recibí. ¿Por qué?" Thomas cerró la puerta detrás de sí y se acercó, sacando su propia carta del bolsillo del saco.

"Porque yo también recibí una, y sospecho que Isabela recibirá la suya pronto si aún no la ha recibido. Cordelia está moviendo piezas en algún juego cuyas reglas solo ella conoce, y temo que todos nosotros seamos peones en un tablero que no comprendemos completamente". Extendió su carta a Adrian que la leyó rápidamente, su expresión oscureciéndose con cada línea, y entonces, sin pedir permiso, Isabela la tomó de sus manos y también la leyó, su estómago revolviéndose a medida que absorbía el contenido venenoso.

La carta de Thomas era simultáneamente más directa y más cruel que la de Adrian. Cordelia escribía con falsa preocupación fraternal, alertando a Thomas de que su "dulce amiga la Señorita Montfort" no era quien aparentaba ser, que había llegado a Ravenswood con propósitos específicos relacionados a explotar la semejanza con Celeste para capturar un matrimonio ventajoso con el Vizconde, y que Thomas, con su corazón gentil y confiado, estaba siendo usado como distracción conveniente mientras ella perseguía su verdadero objetivo. Más perturbador aún, Cordelia insinuaba que Isabela había hecho "investigaciones inadecuadas" sobre la muerte de Celeste, buscando diarios y correspondencias privadas con motivaciones cuestionables, y que tal comportamiento sugería una naturaleza manipuladora y potencialmente peligrosa.

"Esto es vil", dijo Isabela, su voz temblando de furia impotente. "Cada palabra es una distorsión calculada de verdad parcial transformada en veneno. Sí, investigué la muerte de Celeste, pero no por motivaciones siniestras, ¡solo porque quería comprender el dolor que atormentaba esta casa! Y en cuanto a explotar mi parecido con ella, ¡ni siquiera sabía de ese parecido hasta llegar aquí!"

Thomas colocó una mano reconfortante en su hombro. "Isabela, no necesitas defenderte con nosotros. Adrian y yo sabemos exactamente quién eres y cuáles son tus intenciones. Pero Cordelia siempre ha tenido talento para distorsionar narrativas, y temo lo que más puede hacer si siente que está perdiendo control".

Había algo en su tono de voz, una cautela que iba más allá de mera advertencia sobre chismes sociales, e Isabela sintió un escalofrío recorrer su columna. "¿Qué quieres decir con 'lo que más puede hacer'? ¿Qué exactamente es capaz de hacer Lady Westbrook?"

Los dos hermanos intercambiaron una mirada cargada de significado, una comunicación silenciosa desarrollada a lo largo de años de complicidad fraternal, y fue Adrian quien finalmente

respondió, su voz pesada con reticencia de revelar verdades feas. "Cordelia Westbrook no es meramente una mujer ambiciosa y manipuladora, Isabela. Es peligrosa de formas que van más allá de meras intrigas sociales. Hay incidentes en su pasado, accidentes convenientes que eliminaron a personas que se colocaban entre ella y lo que deseaba, pero siempre de formas que no podían ser probadas o que fueron atribuidas a la suerte o coincidencia".

La implicación de las palabras cayó sobre Isabela como peso físico, y su mente corrió de vuelta al diario de Celeste, a las entradas finales mencionando a Cordelia, a la sugerencia de que Cordelia estaba ayudando a Celeste a huir. Dio voz a los pensamientos formándose en su cabeza antes de que pudiera censurarlos. "¿Creen que Cordelia tuvo algo que ver con la muerte de Celeste?" El silencio que siguió su pregunta fue respuesta suficiente, pero Thomas eventualmente confirmó verbalmente lo que sus rostros ya habían revelado.

"Siempre sospechamos pero nunca pudimos probar. Cordelia estuvo en Ravenswood aquella noche, vino sin ser invitada a cenar, alegando preocupación por Adrian, que había estado particularmente sombrío en los días anteriores. Celeste estaba visiblemente perturbada por su presencia, y hubo una discusión acalorada entre las dos mujeres que varios criados presenciaron, aunque nadie pudo escuchar claramente las palabras. Horas después, Celeste estaba muerta al pie de la escalera. Cordelia había partido a casa supuestamente antes del incidente, aunque nadie pudo confirmar exactamente cuándo salió".

Isabela procesó estas informaciones, piezas del rompecabezas finalmente comenzando a encajar en un patrón coherente y terrible. "Te amaba", dijo Isabela, mirando directamente a Adrian. "Cordelia estaba enamorada de ti, tal vez aún lo esté, y veía a Celeste como obstáculo para lo que deseaba. Cuando descubrió que Celeste planeaba dejarte de cualquier forma, ella... aceleró el proceso de la

única forma que garantizaría que Celeste nunca pudiera regresar, si cambiaba de opinión".

Adrian cerró los ojos, dolor cruzando su rostro, e Isabela vio la culpa que cargaba multiplicarse exponencialmente con esta nueva perspectiva. "Si esto es verdad, entonces Celeste murió por mi causa, porque alguien la vio como obstáculo para poseerme. Y durante tres años, interactué con su asesina en eventos sociales, acepté sus visitas de condolencia, permití que se presentara como amiga preocupada, todo mientras escapaba impune de asesinato".

La angustia en su voz era palpable, e Isabela se movió instintivamente para envolverlo en un abrazo reconfortante, pero él gentilmente la alejó, dando un paso atrás y enderezando los hombros en gesto de determinación que ella reconoció como él preparándose para acción.

"Voy a visitarla mañana como solicitó", dijo Adrian, su voz volviéndose fría y controlada, el Vizconde aristocrático reasumiendo comando sobre el hombre emocionalmente vulnerable que había emergido en las últimas semanas. "Pero no iré solo. Thomas, vendrás conmigo, y documentaremos todo lo que diga. Si Cordelia realmente tuvo papel en la muerte de Celeste, es hora de que la verdad salga a la luz, independientemente de las consecuencias".

Thomas asintió en acuerdo solemne.

Pero Isabela sintió pánico subir en su pecho. "¿Y si es una trampa? ¿Y si Cordelia está planeando algo para lastimarlos o fabricar evidencias para sus propios propósitos?"

Adrian se acercó a ella entonces, enmarcando su rostro con ambas manos y obligándola a encontrar sus ojos que brillaban con determinación feroz. "Entonces lo enfrentaremos juntos. Pero no puedo, no voy a vivir un día más bajo la sombra de culpa e incertidumbre. Celeste merece justicia, aunque sea tardía, y yo merezco saber la verdad, no importa cuán dolorosa pueda ser. Y tú,

mi valiente Isabela, mereces un futuro no acosado por los fantasmas de mis errores pasados. Confía en mí".

Y cuando la besó, suave pero intensamente, ella sintió la promesa en aquel toque, y aunque el miedo aún agarraba su corazón, eligió confiar, porque el amor, estaba descubriendo, requería no ausencia de miedo sino coraje de seguir adelante a pesar de él.

# Capítulo 10

El día amaneció helado y claro, el sol de invierno lanzando luz plateada sobre el paisaje cubierto de nieve, mientras Adrian y Thomas se preparaban para la visita a Westbrook Manor. Isabela observaba desde la ventana de su habitación mientras montaban en sus caballos, Adrian en un semental negro que reflejaba perfectamente su temperamento intenso, Thomas en un castaño más dócil. Sintió un apretón de aprensión que no lograba disipar incluso con todas las garantías racionales de que estarían seguros.

Habían acordado que Isabela permanecería en Ravenswood porque Adrian temía que su presencia pudiera provocar a Cordelia a cometer actos más extremos. Ella sentía que la espera prometía ser torturante. Para distraer su mente ansiosa, Isabela decidió enfocarse en algo productivo, algo que trajera cambio tangible y positivo a la mansión que se había convertido inesperadamente en su hogar.

El evento benéfico que ella y Adrian habían comenzado a planear dos semanas atrás parecía el proyecto perfecto. La idea era organizar un baile de invierno en Ravenswood Hall, el primer evento social que la propiedad albergaría desde la muerte de Celeste, y toda la recaudación sería destinada a las familias de trabajadores rurales que habían sufrido con la cosecha pobre del otoño anterior. Adrian había estado de acuerdo con entusiasmo, viendo la oportunidad no solo de ayudar a la comunidad, sino también de reintroducir Ravenswood a la sociedad local de forma positiva, señalizando que la casa de luto estaba finalmente lista para abrazar la vida nuevamente. Isabela había pasado días planeando cada detalle, desde el menú hasta la decoración, y ahora con los dos hermanos ausentes, tenía la oportunidad perfecta para supervisar algunos de los preparativos físicos sin distracción.

Comenzó con el salón de baile, un espacio magnífico en la planta baja que había estado cerrado desde la muerte de Celeste, los muebles cubiertos con sábanas blancas como fantasmas aguardando resurrección. Con la ayuda de Meg y otros dos criados, Isabela comenzó a descubrir los muebles, revelando sillas doradas elaboradamente talladas, mesas laterales de mármol, y un piano de cola que necesitaba apenas afinación para volver a producir música.

La luz del sol entrando por las ventanas altas revelaba capas de polvo que danzaban en el aire, pero debajo de la negligencia, la belleza intrínseca del espacio era innegable. Candiles de cristal pendían del techo pintado con escenas de divinidades griegas, el piso de parquet en patrón de espina de pez brillaba incluso bajo la suciedad acumulada, y espejos dorados en las paredes reflejaban y multiplicaban la luz hasta que el salón entero parecía brillar con promesa renovada. "Será hermoso cuando terminemos", dijo Meg tímidamente, sus ojos brillando con entusiasmo genuino. "Como en los viejos tiempos, antes de... bueno, antes".

Isabela sonrió a la joven criada, tocada por su optimismo. "Será aún mejor que los viejos tiempos, Meg. Porque esta vez será construido sobre bases verdaderas, no en apariencias que ocultaban infelicidad". Trabajaron juntas por horas, limpiando, puliendo, organizando, y gradualmente el salón se transformaba de mausoleo empolvado en espacio resplandeciente listo para recibir vida y risas nuevamente.

Fue cuando estaban colgando guirnaldas de pino fresco entrelazadas con cintas de terciopelo verde oscuro a lo largo de las balaustradas que la Señora Pembrook apareció en la puerta, su expresión habitualmente severa reemplazada por algo más suave, casi nostálgico. "Está quedando bonito, Señorita Montfort. Lady Celeste habría aprobado. Siempre adoró las fiestas, la música y el baile la hacían brillar de una forma que raramente veíamos en otros momentos". Había una nota de tristeza genuina en su voz que hizo que Isabela pausara y realmente mirara a la gobernanta, viendo por

primera vez no solo a la empleada eficiente sino a la mujer que había servido a la familia Ravenswood por décadas y amado a aquellos bajo su cuidado a su propia manera rígida.

"Usted la extrañó", dijo Isabela gentilmente, bajando de la escalera donde había estado colgando la guirnalda. "A Lady Celeste".

La Señora Pembrook asintió rígidamente, sus manos entrelazadas frente a ella en postura defensiva. "Era mi deber cuidarla, y fallé. En la noche en que murió, debí haber percibido que algo estaba mal, debí haber insistido en quedarme más cerca, pero ella me había despedido a mis propias habitaciones más temprano que lo habitual. Siempre me pregunté si sabía lo que estaba por suceder, si tal vez me envió lejos para protegerme de presenciar..." su voz se desvaneció, pero la implicación flotó pesada en el aire.

Isabela sintió un escalofrío recorrer su columna. "¿Cree que sabía que alguien pretendía lastimarla?"

La gobernanta miró alrededor nerviosamente, como si las propias paredes pudieran tener oídos, luego bajó la voz a un susurro urgente. "No debería hablar sobre esto, pero ya que la señorita se ha vuelto importante para el Vizconde, merece saber. Lady Celeste estaba aterrorizada en las semanas anteriores a su muerte. Cerraba sus puertas con llave por la noche, algo que nunca había hecho antes, y saltaba con cualquier ruido súbito. Cuando pregunté qué la perturbaba, dijo apenas que había descubierto algo terrible sobre alguien cercano, y que esa persona haría cualquier cosa para mantener el secreto oculto".

Antes de que Isabela pudiera presionar por más detalles, el sonido de cascos de caballos en el patio de entrada anunció el regreso de Adrian y Thomas, mucho más temprano de lo esperado. Isabela corrió al vestíbulo de entrada, su corazón latiendo incómodamente rápido con aprensión, y encontró a ambos hombres entrando con

expresiones sombrías que hicieron que su estómago se revolviera. "¿Qué sucedió? ¿Qué dijo Cordelia?"

Adrian se quitó sus guantes de cuero lentamente, sus movimientos demasiado controlados, sugiriendo rabia hirviendo justo debajo de la superficie. "No dijo nada, porque no estaba ahí. Cuando llegamos, los criados informaron que Lady Westbrook había partido hacia Londres tres días atrás, un viaje no planeado para atender asuntos urgentes. Las cartas que recibimos fueron enviadas antes de su partida, cronometradas para llegar después de que ya estuviera seguramente lejos".

Thomas completó la explicación, su propia frustración evidente. "Fue una distracción calculada, Adrian. Nos sacó de Ravenswood propositalmente, pero para qué finalidad, aún no lo comprendo".

La respuesta llegó apenas minutos después, cuando un mensajero llegó jadeante desde la villa cargando un paquete voluminoso dirigido a la Señora Isabela Montfort. Con manos temblorosas, Isabela abrió el paquete bajo las miradas atentas de Adrian, Thomas y la Señora Pembrook que llegaba del salón de baile. Dentro había una colección de cartas, todas en papel fino y caro, y cuando Isabela comenzó a leer la primera, la sangre se drenó de su rostro dejándola pálida como la nieve afuera.

Las cartas eran supuestamente correspondencias entre Isabela y un cierto Señor Edmund Blackwood de Londres, un aventurero conocido por engañar a jóvenes herederas. El contenido era explícito y comprometedor, detallando un supuesto romance secreto y planes para que Isabela sedujera y se casara con un aristócrata viudo rico, usando su parecido con su difunta esposa como arma de manipulación. Cada carta era una obra maestra de falsificación, la caligrafía una imitación casi perfecta de la suya, los detalles específicos lo suficiente para parecer auténticos a cualquiera que no supiera la verdad.

"Esto es falso", dijo Isabela, su voz temblando de rabia y horror. "Cada palabra es una fabricación, ¡nunca conocí a ningún Edmund Blackwood, nunca escribí estas cartas ni tuve ninguna comunicación de este tipo!"

Adrian tomó las cartas de sus manos, leyendo rápidamente, y ella vio la batalla aconteciendo en su rostro, razón luchando contra la semilla insidiosa de duda que Cordelia había plantado tan hábilmente. "Lo sé", dijo finalmente, pero había una vacilación minúscula, una fracción de segundo de incertidumbre que Isabela captó y que cortó más profundo que cualquier acusación directa podría. Thomas estaba furioso, arrugando una de las cartas en su mano. "¡Cordelia falsificó estas cartas, obviamente! Este es exactamente el tipo de manipulación cruel por la cual es conocida. Pero ¿por qué? ¿Cuál es el objetivo de destruir la reputación de Isabela?" La respuesta llegó a través de otra revelación, esta de la Señora Pembrook que había continuado examinando el paquete y encontrado una nota adicional en el fondo.

La nota era breve pero devastadora, escrita en caligrafía que Isabela ahora reconocía como de Cordelia, dirigida no a ella sino "Para quien pueda interesar en la sociedad de Yorkshire". La nota explicaba con falsa tristeza que estas cartas habían llegado a la atención de Cordelia a través de "fuentes confidenciales", y que se sentía moralmente obligada a exponer la verdadera naturaleza de la Señorita Montfort antes de que más daño pudiera hacerse a la reputación de la familia Ravenswood. La nota terminaba con una bomba final: copias de estas cartas habían sido enviadas a las familias más prominentes de la región, así como a ciertos periódicos de chismes en Londres, garantizando que para el final de la semana, toda la alta sociedad estaría zumbando con el escándalo.

"Te destruyó", dijo Thomas, horror genuino en su voz. "Incluso si probamos que las cartas son falsas, su simple existencia manchará tu reputación más allá de reparación. Nadie te invitará a sus casas, nadie permitirá que sus hijas tengan contacto contigo. Estás

socialmente arruinada". Y la implicación no dicha pero clara como cristal: un matrimonio entre ella y Adrian ahora sería imposible.

Isabela sintió su mundo desmoronarse a su alrededor, años de cuidadosa educación y comportamiento irreprochable destruidos en un solo golpe calculado de una mujer movida por obsesión y celos. Miró a Adrian, buscando en sus ojos alguna garantía de que nada de esto importaba, que aún la quería independientemente de lo que la sociedad pudiera decir, pero lo que vio fue dolor mezclado con confusión y, más doloroso, el inicio de resignación. Él le creía, ella podía ver eso, pero también estaba calculando el costo de defenderla, el precio que ambos pagarían si intentaban luchar contra esta marea de escándalo fabricado.

"Adrian", dijo suavemente, extendiendo la mano para tocar su brazo, pero él se alejó, no bruscamente pero definitivamente, creando distancia física que reflejaba la distancia emocional que ella podía sentir creciendo entre ellos.

"Necesito pensar", dijo, su voz ronca. "Necesito descubrir cómo deshacer esto, cómo protegerte a ti y a mi familia del daño que Cordelia causó. Pero en este momento, no puedo... necesito tiempo". Y entonces estaba saliendo, dejando el vestíbulo y subiendo las escaleras hacia sus aposentos privados, e Isabela se quedó parada en el centro del vestíbulo de entrada de Ravenswood, rodeada por pedazos de su vida destruida esparcidos alrededor de sus pies como fragmentos de vidrio.

Y entonces, supo con certeza aterradora que Cordelia había ganado esta ronda, y el pico de indignación que debería estar dirigido solo a la antagonista ahora incluía también rabia contra las estructuras sociales crueles que permitían que reputaciones fueran destruidas por mentiras. También sentía miedo de que el amor naciente entre ella y Adrian no fuera lo suficientemente fuerte para sobrevivir a la prueba que Cordelia había tan brillante y maliciosamente creado.

# Capítulo 11

Tres días se arrastraron como eternidades después de la revelación de las cartas falsificadas. Isabela permanecía confinada principalmente en sus aposentos, no por orden explícita, sino por el peso aplastante del bochorno y por la sensación de que su presencia traía vergüenza a Ravenswood Hall. Adrian se había aislado nuevamente, retrayéndose a su despacho y rehusándose a ver a cualquier persona más allá de los administradores de la propiedad. Sus comidas eran llevadas por criados silenciosos que evitaban la mirada de Isabela cuando la cruzaban en los pasillos.

Thomas era el único que aún la buscaba, trayendo té e intentando conversación animada, que invariablemente moría ante su tristeza, y aunque ella apreciaba sus esfuerzos, nada podía penetrar la oscuridad que se había instalado sobre ella como mortaja sofocante. Las cartas de su familia comenzaron a llegar, primero de sus tías expresando horror y demandando explicaciones, después de primos distantes rompiendo todos los lazos, y finalmente una carta helada de su tutor legal informando que su pequeño fondo fiduciario estaba siendo congelado hasta que la situación fuera "adecuadamente resuelta".

En una tarde particularmente desolada, cuando la nieve había vuelto a caer en copos pesados que oscurecían el mundo exterior hasta que Ravenswood parecía una isla aislada en un mar blanco infinito, Isabela decidió que no podía soportar más la inacción. Si Adrian no lucharía por ellos, si permitiría que las mentiras de Cordelia destruyeran lo que habían construido, entonces ella misma encontraría evidencias para exponer la verdad.

El diario de Celeste había desaparecido, pero seguramente había otros documentos, otras pistas escondidas en los rincones olvidados de aquella mansión que guardaba secretos en cada piedra.

Envolviéndose en un chal pesado, Isabela dejó sus aposentos y comenzó una búsqueda sistemática, comenzando con el ala oeste donde Celeste había vivido, las habitaciones que Adrian mantenía bajo llave como santuario inviolable. La puerta estaba, como era de esperar, cerrada con llave, pero años de exploración en la casa de campo de un tío le habían enseñado a Isabela que cerraduras viejas frecuentemente cedían a un alambre aplicado con paciencia y técnica.

Quince minutos de manipulación cuidadosa y la cerradura cedió, permitiendo que Isabela se deslizara dentro de los aposentos empolvados de Celeste por segunda vez. La luz débil de la tarde apenas penetraba a través de las cortinas pesadas que la Señora Pembrook mantenía cerradas, pero Isabela encendió una vela y comenzó su búsqueda metódica, abriendo cajones, examinando el guardarropa donde había encontrado el vestido para el baile, verificando detrás de pinturas y bajo colchones.

Fue en el escritorio de jacarandá, un mueble ingenioso con docenas de pequeños cajones y compartimentos, que finalmente encontró algo. Uno de los compartimentos estaba apenas ligeramente entreabierto, y cuando Isabela lo jaló completamente, reveló no solo un cajón sino un espacio doble, un escondite. Sus dedos se cerraron alrededor de papel doblado, y cuando lo trajo a la luz de la vela, se dio cuenta con creciente emoción que era una carta, el sello de cera roja roto pero aún visible con el escudo Westbrook.

El papel estaba amarillento y la tinta ligeramente descolorida, pero la caligrafía era inconfundiblemente de Cordelia, cada letra formada con la perfección afectada de alguien demasiado consciente de su propia elegancia. La carta estaba dirigida a Celeste y fechada en octubre de 1820, apenas una semana antes de su muerte. Isabela leyó con creciente horror y comprensión a medida que los verdaderos colores de Cordelia eran revelados en tinta permanente.

"Mi querida Celeste", comenzaba la carta con dulzura falsa, "recibí tu última correspondencia con gran interés. Me pides ayuda para huir de tu matrimonio, y acepto auxiliarte, pero no por los motivos que imaginas. La verdad, mi antigua amiga, es que siempre te detesté. Desde que éramos niñas y tú fácilmente conquistabas afectos y admiración que yo tenía que luchar por obtener, desde el día en que Adrian te eligió a ti en vez de a mí, he aguardado pacientemente la oportunidad de destruir tu pequeña vida perfecta. Tu plan de huir me ofrece esa oportunidad en bandeja de plata. Te ayudaré a partir, sí, pero no antes de garantizar que todos sepan las verdaderas razones, no antes de destruir tu reputación tan completamente que Adrian quedará aliviado por tu partida".

Isabela contuvo el aliento, continuando leyendo con manos temblorosas. "Pero tal vez ni siquiera sea necesario llegar a ese punto. Tal vez haya una solución más permanente para el obstáculo que representas. Después de todo, los accidentes suceden con tanta frecuencia, especialmente en mansiones antiguas con escaleras empinadas y pisos de mármol traicioneramente resbaladizos. Si algo desafortunado te sucediera, yo estaría ahí para consolar al pobre Adrian en su duelo, y esta vez, finalmente vería que yo soy la única que verdaderamente lo comprende y merece estar a su lado".

La carta terminaba con una despedida que era simultáneamente amenaza y promesa: "Considera tus opciones cuidadosamente, querida Celeste. Partir y vivir como paria social arruinada, o permanecer y arriesgarte a que los caprichos del destino decidan tu futuro por ti. De cualquier forma, Adrian será mío. Siempre fui más paciente y determinada que tú, y siempre consigo lo que quiero al final. Con los más profundos sentimientos, Cordelia".

Esta era la evidencia, la prueba concreta de la malicia de Cordelia y, más importante, su intención premeditada de lastimar a Celeste. Aunque la carta no constituía confesión directa de asesinato, las implicaciones eran lo suficientemente claras para cualquier persona con ojos para ver. Celeste había recibido esta carta, comprendido la

amenaza, y entonces... ¿y entonces qué? ¿Había confrontado a Cordelia? ¿Intentado huir de cualquier forma? ¿O Cordelia, percibiendo que su amenaza escrita era evidencia peligrosa, había actuado rápidamente para silenciar a Celeste antes de que la carta pudiera ser revelada?

Isabela dobló cuidadosamente el papel precioso y lo escondió en el corpiño de su vestido, presionado contra su corazón como talismán protector. Necesitaba mostrar su descubrimiento a Adrian inmediatamente, necesitaba hacerle ver que Cordelia era aún más peligrosa de lo que cualquiera había imaginado, pero primero necesitaba salir de estos aposentos sin ser vista, antes de que alguien descubriera su invasión y cuestionara cómo había obtenido la carta.

Isabela estaba casi en la puerta cuando la escuchó crujir abierta detrás de sí, y su corazón se disparó a su garganta mientras se giraba rápidamente, esperando encontrar a la Señora Pembrook o algún criado viniendo a investigar ruidos sospechosos. En cambio, se encontró cara a cara con la última persona que esperaba o deseaba ver en aquel momento.

Cordelia Westbrook estaba parada en el umbral de la puerta, vestida con un manto de viaje de terciopelo negro que la hacía parecer una bruja salida de cuento de hadas sombrío, sus cabellos rubios casi blancos arreglados impecablemente bajo un sombrero adornado con plumas negras, y una sonrisa en los labios que no alcanzaba sus ojos azul hielo que brillaban con triunfo malicioso.

"Señorita Montfort", dijo Cordelia, su voz dulce como miel envenenada mientras cerraba la puerta detrás de sí con un clic definitivo que sonó como sentencia de prisión. "Qué sorpresa encontrarla aquí, en los aposentos privados de la difunta Vizcondesa, hurgando en cosas que no le pertenecen. Debo decir, sus verdaderos colores finalmente se revelan. Todas mis cartas sobre su naturaleza manipuladora e invasiva parecen haber sido proféticas, ¿no cree?"

Isabela se obligó a mantener la voz firme a pesar del miedo que hacía que su corazón latiera incómodamente rápido contra las costillas. "Podría preguntarle lo mismo, Lady Westbrook. Pensé que estaba en Londres atendiendo asuntos urgentes, no invadiendo propiedades privadas donde claramente no es bienvenida". Cordelia rió, un sonido cristalino y musical que era completamente desproporcionado a la amenaza que emanaba de ella como perfume tóxico.

"Oh, mi querida niña ingenua, Ravenswood siempre fue mi segunda casa. Conozco cada pasillo, cada pasaje secreto, cada escondite en esta mansión mejor que los propios Ravenswood. Adrian y yo crecimos juntos, sabe, nuestras propiedades son vecinas y nuestras familias siempre esperaron que nos casáramos algún día. Así que tengo todo el derecho de estar aquí, mientras que usted es meramente una intrusa temporal cuya presencia siempre estuvo basada en engaño y manipulación". Dio algunos pasos calculados en dirección a Isabela, sus ojos recorriendo del rostro de ella hacia la mano que instintivamente se había movido al corpiño donde la carta estaba escondida.

"¿Qué tiene ahí?" preguntó Cordelia suavemente, extendiendo una mano enguantada de cabritilla negra. "¿Encontró algo interesante entre las pertenencias de Celeste? Por favor, comparta. Después de todo, no tenemos secretos entre nosotras, ¿verdad?"

Isabela dio un paso atrás, colocando el escritorio entre ellas como barrera frágil. "No tengo nada que le concierna. Y sugiero que deje estos aposentos inmediatamente antes de que llame a Adrian e informe sobre su presencia no autorizada".

Cordelia suspiró dramáticamente, como si estuviera lidiando con una niña particularmente tonta. "Adrian no vendrá, querida. En este exacto momento está en reunión con su abogado y el administrador, discutiendo formas de lidiar con el escándalo que usted trajo a esta casa. Está considerando seriamente enviarla de vuelta a Londres en

desgracia, sabe. Escuché la conversación a través de la puerta del despacho antes de venir a buscarla. Dijo, y repito, que no puede arriesgar la reputación familiar por una mujer que conoce desde hace apenas unos meses. Fue devastador de escuchar, estoy segura, pero también liberador en cierto sentido. Ahora sabe dónde realmente está en sus prioridades".

Las palabras golpearon a Isabela como golpes físicos, y aunque parte de ella sabía que Cordelia probablemente estaba mintiendo, o como mínimo exagerando, la semilla de duda que había sido plantada días atrás ahora encontró suelo fértil y comenzó a crecer, envenenando sus pensamientos con susurros insidiosos de que tal vez Adrian realmente no la amaba lo suficiente para luchar contra la marea de escándalo, que tal vez su parecido con Celeste había sido siempre más importante que su propia individualidad.

Pero entonces recordó la carta presionada contra su corazón, la prueba de la verdadera naturaleza de Cordelia, y se obligó a enderezar los hombros y enfrentar aquellos ojos gélidos sin vacilar. "Usted es una mentirosa. No solo ahora sino siempre. Mintió a Celeste, mintió sobre mí, y está mintiendo sobre Adrian. Pero sus mentiras están a punto de ser expuestas, porque encontré la carta que le envió a Celeste antes de matarla. Su propia caligrafía, sus propias palabras amenazándola, admitiendo su obsesión enfermiza por Adrian y su disposición a hacer cualquier cosa para removerla del camino".

La sonrisa desapareció del rostro de Cordelia como sol cubierto por nube de tormenta, reemplazada por una expresión de furia fría que hizo que Isabela retrocediera involuntariamente hasta que su espalda presionó contra la pared, sin más espacio para retroceder. "Usted es estúpida", siseó Cordelia, avanzando con movimientos predatorios de felino acorralando presa. "Busqué esa carta por tres años, revolví cada rincón de estos aposentos docenas de veces, ¿y usted la encuentra en cuestión de minutos? El destino realmente tiene un sentido del humor cruel".

Estaba cerca ahora, tan cerca que Isabela podía ver las pequeñas líneas alrededor de su boca, señales de años pasados sonriendo cuando no sentía alegría genuina, y oler el perfume caro y empalagoso de jazmín y ámbar que usaba. "Pero no importa. No tendrá oportunidad de mostrar esa carta a nadie, mi querida. Los accidentes suceden con tanta frecuencia en mansiones antiguas. Escaleras empinadas, pisos resbaladizos, balcones con balaustradas sueltas. Funcionó perfectamente bien con Celeste, y funcionará igualmente bien con usted".

Isabela sintió terror genuino por primera vez desde que Cordelia había entrado, la comprensión visceral de que esta mujer era verdaderamente peligrosa, no solo manipuladora, sino también capaz de asesinato. Su mano se movió instintivamente hacia el corpiño, dedos cerrándose alrededor de la carta, preparándose para gritar, correr, hacer cualquier cosa para escapar, pero Cordelia fue más rápida. Con fuerza sorprendente para alguien de constitución tan delicada, agarró la muñeca de Isabela y la torció brutalmente, haciéndola soltar un grito de dolor mientras sus dedos se abrían involuntariamente.

La carta cayó al piso entre ellas, y ambas mujeres la miraron por una fracción de segundo antes de moverse simultáneamente para tomarla. Isabela fue más rápida, sus dedos cerrándose alrededor del papel precioso, pero Cordelia jaló su brazo con violencia, las uñas rasgando la manga de su vestido y arañando la piel debajo, dejando líneas rojas ardientes que comenzaron inmediatamente a sangrar.

"¡Suéltela!" exigió Cordelia, intentando arrancar la carta de las manos de Isabela, pero ella se aferraba a ella con determinación desesperada, sabiendo que aquel pedazo de papel era no solo evidencia sino posiblemente su única oportunidad de supervivencia. Lucharon silenciosamente, ninguna queriendo atraer atención con gritos que podrían traer criados, una danza grotesca de violencia femenina que era simultáneamente salvaje y extrañamente

silenciosa excepto por las respiraciones jadeantes y gruñidos de esfuerzo.

Fue durante esta lucha que la puerta se abrió abruptamente, y Thomas Ravenswood entró, su rostro pasando de confusión a horror mientras absorbía la escena frente a él. "¿Qué demonios está sucediendo aquí?" rugió, corriendo para separar a las dos mujeres, sus manos fuertes jalando a Cordelia lejos de Isabela con fuerza que la hizo tambalear y casi caer. "Cordelia, ¿perdiste completamente la cordura? ¿Estás atacando a una invitada en nuestra casa?"

Cordelia se recompuso rápidamente, alisando su vestido y ajustando el sombrero que se había descolocado durante la lucha, su expresión transformándose en máscara de inocencia ultrajada tan rápidamente que cualquiera que no hubiera presenciado los momentos anteriores podría creer completamente su actuación. "Thomas, ¡gracias al cielo llegaste! Encontré a esta mujer robando de los aposentos de Celeste, hurgando en joyas y objetos personales. Cuando intenté impedirlo, ¡me atacó como animal salvaje! ¡Mira lo que le hizo a mi vestido, a mi cabello!"

Gesticuló hacia pequeños daños en su ropa que podrían fácilmente haber sido causados durante la lucha que ella misma había iniciado. Thomas miró entre las dos mujeres, claramente intentando determinar la verdad, e Isabela vio el momento en que la duda cruzó su rostro, la semilla de incertidumbre plantada por las cartas falsificadas y semanas de manipulación sutil de Cordelia finalmente brotando. "¿Isabela?" dijo, su voz cargando una pregunta que cortó más profundo que cualquier acusación directa.

"¡Está mintiendo!" exclamó Isabela, su propia voz saliendo más alta y menos controlada de lo que pretendía, el tono de histeria que la hacía sonar menos confiable incluso a sus propios oídos. "Encontré una carta, Thomas, una carta que Cordelia le escribió a Celeste antes de su muerte, ¡amenazándola, admitiendo su intención de lastimarla! ¡Es la prueba de que Cordelia asesinó a tu cuñada!"

Extendió la mano aún sosteniendo la carta arrugada y manchada de sangre de su brazo arañado, pero Thomas vaciló antes de tomarla, y en aquella vacilación Isabela vio todo lo que necesitaba saber sobre cuán completamente Cordelia había envenenado a todos contra ella.

Cordelia aprovechó la apertura con maestría de actriz veterana. "¿Ves? Está delirando, fabricando acusaciones ridículas para desviar atención de su propia mala conducta. Esta supuesta carta que afirma haber encontrado, qué conveniente que aparezca exactamente cuando necesita defensa contra las evidencias muy reales de su propio engaño y manipulación. Sin duda es otra falsificación, así como las cartas que supuestamente escribió a aquel Señor Blackwood".

"¡Lea la carta!" suplicó Isabela, empujándola en dirección de Thomas. "¡Lea y verá que es de la caligrafía de Cordelia, que contiene detalles que solo ella podría saber! Por favor, Thomas, me conoces, ¡sabes que no soy capaz de tal engaño!" Pero incluso mientras las palabras salían de su boca, Isabela se dio cuenta de cuán vacías sonaban, porque Thomas no la conocía realmente, no profundamente, solo por algunos meses de interacción superficial, y todo ese tiempo Cordelia estaba plantando dudas, construyendo narrativa alternativa tan cuidadosamente que ahora, en el momento crucial, incluso un hombre bueno y honesto como Thomas no sabía en quién creer.

Finalmente tomó la carta, sus ojos recorriendo las palabras mientras las dos mujeres observaban tensamente, Isabela con esperanza desesperada y Cordelia con confianza fría. Isabela vio su expresión cambiar mientras leía, confusión dando lugar a horror, y su corazón saltó pensando que finalmente, finalmente vería la verdad. Pero entonces Cordelia habló nuevamente, su voz calma y razonable.

"Thomas, mira la carta objetivamente. La caligrafía puede ser imitación de la mía, así como las cartas falsas imitaban la de Isabela. El contenido es melodramático y exagerado, exactamente lo que

alguien escribiría si quisiera fabricar evidencia de villanía. Y más importante, pregúntate esto: si yo realmente hubiera escrito tal carta incriminadora, ¿por qué Celeste no se la habría mostrado a Adrian inmediatamente? ¿Por qué esconderla? No tiene sentido, a menos que..." hizo una pausa dramática, "a menos que esta carta nunca haya existido hasta hoy, hasta que la Señorita Montfort, desesperada y acorralada, decidiera crear un último intento de manipulación para recuperar las buenas gracias de Adrian".

La lógica era retorcida pero superficialmente plausible, e Isabela vio a Thomas vacilar, la carta temblando ligeramente en su mano mientras miraba entre las dos mujeres, claramente desgarrado entre instinto y razón, entre lo que quería creer y lo que parecía más probable ante todo lo que había sucedido en las últimas semanas.

Fue en este momento tenso, con los tres congelados en tableau dramático, que la voz profunda y familiar de Adrian resonó desde el pasillo. "¿Thomas? ¿Isabela? ¿Dónde están?"

Pasos firmes se acercaban, y entonces Adrian estaba parado en el umbral de la puerta, sus ojos recorriendo rápidamente la escena y oscureciéndose a medida que absorbía las implicaciones: Isabela con el vestido rasgado y brazo sangrando, Cordelia fingiendo vulnerabilidad ultrajada, Thomas sosteniendo una carta y pareciendo completamente perdido.

"¿Alguien va a explicarme qué está sucediendo en este exacto momento?" exigió Adrian, su voz cargando autoridad de Vizconde acostumbrado a obediencia inmediata. Isabela dio un paso en su dirección, sus palabras tropezando unas con otras en urgencia de ser escuchadas. "Adrian, encontré una carta que Cordelia le escribió a Celeste antes de su muerte, ¡una amenaza clara admitiendo sus intenciones de lastimarla! ¡Es la prueba de que mató a Celeste, y cuando descubrió que yo la tenía, me atacó intentando recuperarla! Thomas tiene la carta, ¡puedes leerla tú mismo!"

Cordelia intervino inmediatamente, su voz cargando solo la cantidad correcta de tristeza herida. "Adrian, lamento que tengas que presenciar esto, pero la Señorita Montfort está fabricando acusaciones absurdas con la esperanza de desviar atención de haber sido atrapada robando de los aposentos de Celeste. Esta supuesta carta es obviamente una falsificación, una más en una serie de engaños por los cuales ha probado ser tan hábil".

Adrian extendió la mano silenciosamente, y Thomas colocó la carta en ella, entonces todos observaron mientras el Vizconde leía las palabras que Cordelia había escrito años atrás. Isabela contuvo el aliento, su destino entero dependiendo de cómo Adrian interpretaría aquellas líneas, si vería a través del intento de Cordelia de desacreditarlas como falsificación o si reconocería la verdad contenida en ellas. El silencio se extendió insoportablemente mientras Adrian leía, luego releía, sus ojos recorriendo cada palabra con cuidado meticuloso, y entonces finalmente, lentamente, alzó los ojos, e Isabela vio algo en su rostro que hizo que la esperanza flameante se encendiera en su pecho. No era solo creencia, era reconocimiento, y más importante, era furia.

"Esta", dijo Adrian, su voz peligrosamente baja y controlada, "es definitivamente la caligrafía de Cordelia. Reconozco su formación de letras, las peculiaridades específicas que tiene al escribir desde niña. Y más importante, el contenido se refiere a conversaciones y eventos específicos que solo alguien íntimamente involucrado en la vida de Celeste podría conocer".

Se giró lentamente para encarar a Cordelia, y la máscara de inocencia finalmente se deslizó de su rostro, reemplazada por expresión de desafío frío. "Mataste a mi esposa. Después de años sospechando pero sin pruebas, finalmente tengo evidencia concreta de que Celeste murió no por accidente sino por tu mano, motivada por obsesión enfermiza y celos".

Cordelia rió, un sonido sin humor que resonó extrañamente por los aposentos empolvados. "Pruébalo, Adrian. Una carta no prueba asesinato, solo intención. Y aunque lo probara, ¿qué harías? ¿Procesarme? ¿Destruir nuestras familias en el proceso? Sabes tan bien como yo que escándalos de este tipo arruinan a todos los involucrados. Es mucho más fácil, mucho más limpio, simplemente dejar que el pasado permanezca enterrado y seguir adelante con sus vidas".

El cinismo casual con que Cordelia hablaba sobre haber quitado una vida, sobre escapar de consecuencias a través de manipulación de las mismas estructuras sociales que había usado para destruir reputaciones, hizo que la rabia de Isabela hirviera hasta que ya no podía ser contenida. "¡Cómo se atreve!" explotó, avanzando en dirección de Cordelia solo para ser detenida por la mano de Adrian en su hombro. "¡Quitó la vida de una mujer, destruyó esta familia, y ahora está intentando hacer lo mismo conmigo, y piensa que puede simplemente caminar libre porque la sociedad valora la reputación más que la justicia? ¡Preferiría vivir como paria social que permitir que continúe envenenando vidas con su presencia!"

Cordelia la miró con algo que podría casi ser admiración mezclada con desprecio. "Qué discurso valiente, mi querida. Pero olvidas que ya eres paria social. Aquellas cartas garantizaron eso. Así que realmente no tienes nada que perder, mientras que Adrian lo tiene todo. Tu elección, Vizconde. Justicia para una esposa que planeaba dejarte de cualquier forma, o preservación de la reputación familiar y posición social. Elige sabiamente". Y con eso se movió hacia la puerta, claramente esperando que se le permitiera partir sin consecuencias, confiada en su conocimiento de los valores aristocráticos y las prioridades que gobernaban su mundo.

Pero Adrian no se movió para dejarla pasar. En cambio, bloqueó su camino, su presencia física intimidante incluso sin cualquier gesto amenazador. "Te equivocas en una cosa, Cordelia. No tengo que elegir entre justicia y reputación, porque resulta que la mujer parada

detrás de mí vale más que cualquier posición social que podría perder al exponerte. Isabela tenía razón, una sociedad que valora la apariencia sobre la verdad, la reputación sobre la justicia, no es una sociedad de la cual desee formar parte. Así que aquí está lo que va a suceder. Vas a confesar públicamente tu papel en la muerte de Celeste, y vas a admitir que falsificaste las cartas que destruyeron la reputación de Isabela. O alternativamente, llevaré esta carta a las autoridades competentes y dejaré que un magistrado determine si constituye evidencia suficiente para una investigación formal de asesinato. Tu elección, Lady Westbrook. Elige sabiamente".

La inversión de sus propias palabras de vuelta hacia ella fue una satisfacción visceral, e Isabela vio a Cordelia palidecer visiblemente a medida que finalmente comprendía que esta vez, había perdido, que su arrogancia y certeza de inmunidad habían finalmente encontrado un límite que no podía cruzar o manipular.

# Capítulo 12

La confesión de Cordelia no llegó fácil o rápidamente. Intentó todas las armas de su arsenal, desde súplicas lacrimosas hasta amenazas veladas, desde intentos de seducción dirigidos a Adrian hasta ofertas de compensación financiera sustancial a cambio de silencio. Pero Adrian permaneció inamovible como roca ante tormenta, y con Thomas finalmente al lado de su hermano después de leer la carta y comprender la extensión completa de la manipulación de Cordelia, ella estaba verdaderamente acorralada por primera vez en su vida privilegiada.

Fue apenas cuando Adrian mandó llamar al magistrado local, un hombre serio e incorruptible llamado Edmund Fairfax, que Cordelia finalmente capituló parcialmente, aceptando admitir la falsificación de las cartas contra Isabela pero tercamente negando cualquier involucramiento directo en la muerte de Celeste. "Estuve presente aquella noche", finalmente admitió, su voz baja y cargada de derrota. "Celeste y yo discutimos, palabras terribles fueron intercambiadas, pero no la empujé. Estaba perturbada, histérica, y cuando se giró para huir de mí, perdió el equilibrio y cayó. Fue un accidente, aunque mis palabras puedan haber contribuido a su estado emocional".

Era una admisión calculada, proyectada para minimizar su culpa mientras aún ofrecía explicación plausible que podría satisfacer demandas por verdad, sin resultar en acusaciones criminales directas. Adrian estaba claramente insatisfecho, pero el magistrado, después de examinar la carta y escuchar todos los testimonios, determinó que sin testigos adicionales o evidencias físicas, sería imposible probar asesinato más allá de duda razonable.

Lo que podía probarse, sin embargo, era la falsificación de las cartas contra Isabela, y eso por sí solo constituía crimen lo suficientemente

serio para tener consecuencias legales. Pero fue Isabela quien, sorprendentemente, sugirió una resolución alternativa, una que traería más satisfacción de lo que ver a Cordelia encarcelada podría proporcionar. "Déjela confesar públicamente", dijo Isabela calmadamente, mirando directamente a los ojos azul hielo de Cordelia que ahora parecían más grises que azules, descoloridos por la derrota. "Déjela admitir que falsificó evidencias ante la sociedad que tanto valora, confesar que destruyó reputaciones por celos mezquinos, y causó directa o indirectamente la muerte de Celeste Ravenswood. Déjela que experimente el mismo exilio social que intentó imponerme a mí".

Y así fue arreglado. Tres días después, la alta sociedad de Yorkshire se reunió en Westbrook Manor para lo que Cordelia había anunciado como un baile de Navidad, pero que se reveló ser su propia ejecución social. Parada en el centro del salón de baile ricamente decorado, rodeada por rostros que habían sido amigos, pero que ahora la observaban con mezcla de curiosidad mórbida y juicio creciente, Cordelia Westbrook hizo su confesión. Su voz era monótona, recitando palabras que claramente había sido forzada a memorizar, admitiendo la falsificación, los años de manipulación, el papel que desempeñó en la muerte de Celeste.

Isabela observaba la escena al lado de Adrian, su mano firmemente entrelazada con la de él, y aunque podía sentir triunfo, sintió solo tristeza por el desperdicio de todo, por tantas vidas que habían sido dañadas por la obsesión de una mujer. Tristeza por la estructura social que hacía tal obsesión, por posición y matrimonio ventajoso, no solo posible sino incentivada. Cuando Cordelia terminó, hubo un momento de silencio absoluto, y entonces, como ola rompiendo, la sociedad le dio la espalda literalmente, conversaciones reanudándose como si ella no existiera, invitaciones futuras silenciosamente retiradas, su nombre volviéndose sinónimo de escándalo y deshonra.

Pero había una última revelación aún por venir, una testigo que había permanecido silenciosa por tres años por miedo pero que ahora, viendo a Cordelia finalmente siendo responsabilizada, encontró coraje para hablar. La Señora Eliza Pritchard, antigua criada de Celeste que había dejado el servicio de Ravenswood meses después de la muerte de la Vizcondesa, se acercó a Adrian después de la confesión de Cordelia, sus manos retorciéndose nerviosamente en su delantal mientras reunía coraje para hablar las palabras que habían pesado en su consciencia por tanto tiempo.

"Su Señoría", comenzó con voz temblando, "hay algo que debo decir, algo que vi aquella noche. Tenía miedo de hablar antes porque Lady Westbrook me amenazó, dijo que destruiría a mi familia si revelaba lo que presencié, pero ahora... ahora creo que Lady Celeste merece que la verdad sea contada completamente". Adrian gesticuló para que continuara, y todos los presentes se inclinaron más cerca, sintiendo que estaban a punto de escuchar el capítulo final de una tragedia.

"Estaba en el piso superior aquella noche", continuó Eliza, sus palabras ganando fuerza a medida que la historia se derramaba de ella como confesión hacía mucho reprimida. "Lady Celeste me había pedido que organizara sus cosas para un viaje, aunque no dijera hacia dónde iba. Estaba empacando sus pertenencias más preciosas cuando escuché voces elevadas del rellano cercano a las escaleras principales. Era Lady Celeste y Lady Westbrook, discutiendo furiosamente. Lady Westbrook decía algo sobre que el Vizconde le pertenecía, que Celeste no lo merecía y que sería mejor para todos si simplemente desapareciera. Lady Celeste respondió que estaba partiendo de cualquier forma, que Cordelia podría tener a Adrian si él la quería, pero que primero revelaría a todos el tipo de mujer que Cordelia realmente era".

Eliza hizo una pausa, limpiando lágrimas que habían comenzado a correr por su rostro arrugado. "Entonces Lady Westbrook dijo algo terrible. Dijo 'Si piensas en exponerme, garantizo que no vivirás para

ver el amanecer'. Y Lady Celeste solo rió, un sonido sin humor, y dijo 'No tendrías el valor'. Y entonces se giró para bajar las escaleras, y yo vi..." su voz se quebró completamente, y tomó varios momentos de estímulo gentil de Adrian antes de que pudiera continuar.

"Vi a Lady Westbrook extender las manos y empujar a Lady Celeste en la espalda, no fuerte, apenas lo suficiente para hacerla perder el equilibrio en el escalón superior. Lady Celeste gritó, sus brazos moviéndose frenéticamente intentando encontrar apoyo, pero no había nada para agarrar, y entonces estaba cayendo, su cuerpo golpeando contra los escalones de mármol con sonidos horribles que aún escucho en mis pesadillas. Cuando llegó al fondo, estaba inmóvil, y había sangre comenzando a formar un charco alrededor de su cabeza. Lady Westbrook bajó calmadamente, como si estuviera simplemente caminando hacia la cena, verificó el pulso de Lady Celeste, y entonces me notó observando desde el rellano superior".

Eliza tembló visiblemente con la memoria. "Me miró directamente y dijo con voz tan fría que hizo que mi sangre se helara: 'Si le cuentas a alguien lo que viste, tu hermana menor que trabaja en las cocinas de Westbrook Manor sufrirá un accidente muy similar. ¿Me entiendes?' Entendí. Entonces me escondí en mi habitación hasta que los gritos de otros criados descubriendo el cuerpo llenaron la mansión, y nunca dije una palabra a nadie, hasta ahora".

El silencio que siguió al testimonio de Eliza era absoluto y pesado, con horror compartido. Cordelia, que había estado parada rígidamente durante toda la confesión, no intentó negar las acusaciones, su rostro una máscara pálida de derrota final. El magistrado, que había permanecido presente durante todo el evento a petición de Adrian, inmediatamente declaró que con testigo ocular, había ahora base suficiente para acusación formal de homicidio culposo, o incluso de asesinato premeditado. Cordelia Westbrook fue llevada aquella misma noche, para aguardar juicio formal en York.

Mientras Isabela observaba el carruaje desaparecer en la oscuridad invernal, sintió que la pesadilla estaba finalmente acabando, no con satisfacción vengativa sino con el alivio silencioso de que la verdad, finalmente, había prevalecido sobre manipulación y engaño. Adrian estaba a su lado, su brazo alrededor de su cintura en gesto protector y posesivo, y cuando ella lo miró, vio en sus ojos no solo gratitud, sino algo más profundo y más permanente, una promesa de que lo peor había pasado y que ahora, finalmente, podrían comenzar a construir un futuro no acosado por fantasmas de pasado trágico.

# Capítulo 13

Los días posteriores a la prisión de Cordelia fueron extraños, como si todos en Ravenswood Hall estuvieran moviéndose a través de niebla espesa que distorsionaba el tiempo y la realidad. Adrian se volvió casi obsesivamente dedicado a restaurar la reputación de Isabela, enviando cartas a todos los que habían recibido las falsificaciones explicando en detalles completos la verdad sobre la manipulación de Cordelia, anexando copias de la confesión oficial y ofreciendo su propio testimonio personal del carácter irreprochable de Isabela.

Thomas se volcó al arte, pasando largas horas pintando escenas de Ravenswood transformado, ya no la propiedad acosada por tragedia, sino hogar lleno de esperanza renovada.

Fue en una tarde particularmente fría de diciembre, cuando la nieve caía perezosamente afuera de las ventanas de la biblioteca y un fuego crepitaba alegremente en la chimenea, que Adrian finalmente abordó el tópico que ambos evitaban con cuidado deliberado. Estaban sentados juntos en el diván favorito de Isabela, ella leyendo poesía de Wordsworth en voz alta mientras él aparentaba revisar correspondencias, pero en realidad solo observaba el juego de luz del fuego en sus cabellos castaños.

Súbitamente la interrumpió en medio de una estrofa y tomó el libro gentilmente de sus manos. "Isabela, necesitamos conversar sobre nuestro futuro".

Había algo en su tono, una seriedad que hizo que el corazón de ella se oprimiera con aprensión, y se giró para encararlo completamente, sus ojos buscando los de él para pistas sobre lo que estaba por venir. "Te amo", dijo Adrian simplemente, directamente, sin florituras románticas pero con intensidad que hacía que las palabras resonaran con verdad absoluta. "Te amo de una forma en que nunca amé a

Celeste, debo ser completamente honesto. Contigo, soy visto completamente, imperfecciones y oscuridad incluidas, y aun así soy aceptado. Trajiste luz a esta casa, a esta familia, y más importante, a mí, de formas que ni siquiera sabía que eran posibles".

Isabela sintió lágrimas picar sus ojos ante la belleza cruda de aquella confesión, pero antes de que pudiera responder, Adrian continuó, y fue entonces que se dio cuenta de que había un "pero" llegando, podía sentirlo en el aire entre ellos como tormenta distante. "Pero también te amo lo suficiente para reconocer que casarte conmigo, volverte Vizcondesa de Thornbury, puede no ser el regalo que parece ser. Serías esposa de un hombre cuya primera esposa murió en circunstancias trágicas que siempre levantarán preguntas susurradas, no importa cuántas confesiones y testimonios tengamos. Vivirías en una mansión embrujada no por fantasmas literales sino por memorias y comparaciones inevitables. Y más importante, estarías confinada a Yorkshire, a esta propiedad y las responsabilidades que vienen con ella, cuando sé que parte de ti anhelaba libertad, por experiencias más allá de las restricciones que la sociedad impone a mujeres de nuestra posición".

Hizo una pausa, pareciendo reunir coraje para lo que venía a seguir. "Así que te estoy ofreciendo una elección. Cásate conmigo y acepta todo lo que eso implica, tanto alegrías como desafíos. O, si lo prefieres, puedo arreglar para que vayas al continente, tal vez Italia como Thomas planea, con recursos financieros adecuados y cartas de presentación que te permitirán vivir independientemente, libre de las restricciones de tu familia y de expectativas sociales inglesas".

La oferta chocó a Isabela hasta el fondo, no porque no deseara la libertad que él ofrecía, parte de ella definitivamente anhelaba aventuras y experiencias más allá de los límites estrechos que había conocido, sino porque se dio cuenta de que Adrian estaba dispuesto a dejarla ir, sacrificar su propia felicidad por lo que creía ser mejor para ella, y ese amor abnegado era simultáneamente la cosa más bonita y más dolorosa que jamás había experimentado.

"Eres un idiota", dijo finalmente, y vio sorpresa y después alivio cruzar el rostro de él cuando se dio cuenta de que su tono era de afecto exasperado en vez de rechazo. "Un idiota noble y bien intencionado, pero idiota de todas formas. ¿Realmente crees que después de todo lo que pasamos, de todas las batallas que luchamos juntos, yo elegiría huir a Italia en vez de quedarme y construir una vida contigo?" Enmarcó su rostro con ambas manos, obligándolo a encontrar sus ojos y ver la verdad absoluta contenida en ellos. "Te amo, Adrian Ravenswood. Amo tu oscuridad tanto como tu luz, amo esta mansión sombría y los jardines salvajes y hasta las memorias tristes porque todo eso es parte de quien eres. Y en cuanto a vivir en la sombra de Celeste, déjame ser absolutamente clara: no soy sustituta de ella ni deseo serlo. Soy Isabela Montfort, pronto Isabela Ravenswood, y crearemos nuestras propias memorias, nuestra propia historia que no borra el pasado pero construye algo nuevo sobre sus cimientos".

Adrian la jaló hacia sus brazos, abrazándola con tanta fuerza que le quitaba el aliento, pero ella recibía su abrazo alegremente. Sentía la tensión que él venía cargando finalmente drenar completamente, mientras aceptaba que ella no estaba siendo coaccionada o convencida, sino eligiendo genuina y entusiastamente quedarse con él.

"¿Entonces te casarás conmigo?" murmuró contra su cabello. "¿Oficialmente, adecuadamente, ante Dios y testigos?"

Isabela rió a través de las lágrimas que ahora corrían libremente. "Sí, sí, mil veces sí". Y cuando se besaron, fue con urgencia nacida de alivio y alegría, no la pasión desesperada de amantes separados sino la ternura profunda de almas que eligieron enfrentar la vida juntas, conscientes de todos los desafíos pero confiadas en su capacidad de superarlos unidos.

El resto de la tarde fue dedicado a la planeación de su futuro, hablaron sobre cuándo realizar la ceremonia (decidieron por la

primavera, cuando los jardines que Isabela y Thomas habían plantado florecerían en promesa de renovación), dónde pasar la luna de miel (Adrian sugirió el Distrito de los Lagos, queriendo mantenerse en Inglaterra, pero aún ofrecer belleza y privacidad), y cómo remodelar partes de Ravenswood para hacerla verdaderamente de ellos en vez de museo de una vida anterior.

Pero no todo estaba completamente resuelto. Aún estaba la cuestión del baile benéfico que Isabela había planeado, pero que había sido pospuesto debido al escándalo y subsecuente drama. Adrian insistía en que debían proseguir con él, tal vez aún más importante ahora como forma de reintroducir a Isabela a la sociedad local no como víctima u objeto de piedad sino como futura Vizcondesa y mujer de sustancia propia. Isabela estuvo de acuerdo, viendo la sabiduría en enfrentar a la sociedad directamente, en vez de esconderse avergonzada.

Juntos comenzaron a enviar invitaciones revisadas para un baile de Año Nuevo que sería no solo evento benéfico, sino también el anuncio formal de su compromiso. Las respuestas comenzaron a llegar rápidamente, y para alivio de ambos, la mayoría era entusiastamente positiva, la sociedad claramente ansiosa por apoyar un romance que había triunfado sobre villanía y por ser parte de la resurrección social de Ravenswood Hall. Había algunas negativas, familias más conservadoras que sentían que el escándalo era demasiado grande incluso con Isabela habiendo sido probada inocente, pero eran minoría suficiente para no importar realmente.

Durante los preparativos finales para el baile, Thomas anunció su partida inminente hacia Italia. Había pospuesto el viaje múltiples veces debido a los dramas que se desarrollaban, pero ahora, con Adrian feliz y la paz retornando a Ravenswood, finalmente se sentía libre para perseguir sus propios sueños. La noticia trajo una mezcla de emociones, alegría por él finalmente persiguiendo su pasión, pero tristeza por la ausencia que dejaría.

Isabela había aprendido a valorar profundamente su amistad, y Adrian claramente luchaba con la idea de su hermano menor partiendo hacia tierras distantes por tiempo indeterminado. Pero Thomas estaba radiante con anticipación, sus ojos brillando mientras hablaba sobre los maestros con quienes estudiaría, los paisajes que pintaría, las experiencias que finalmente tendría después de años viviendo en la sombra de la tragedia familiar.

"No se preocupen", dijo en la noche anterior a su partida, cuando los tres estaban reunidos en la biblioteca para la cena informal que se había vuelto un hábito. "Escribiré constantemente, y regresaré a visitarlos regularmente. Pero por ahora, necesito descubrir quién soy fuera de Ravenswood, lejos de ser apenas 'el hermano del Vizconde' o 'aquel que sobrevivió intacto a la tragedia'. Necesito ser solo Thomas, artista, y ver hasta dónde me lleva".

Adrian abrazó a su hermano por un largo tiempo, e Isabela vio lágrimas brillar en los ojos de ambos antes de ser rápidamente disimuladas. "Siempre tendrás un lugar aquí", dijo Adrian, su voz ronca de emoción. "No importa cuán lejos vayas o cuánto tiempo estés ausente, Ravenswood es y siempre será tu hogar también".

Thomas asintió, claramente no confiando en su propia voz para responder verbalmente, e Isabela sintió su corazón oprimirse al presenciar el amor profundo entre aquellos dos hombres que habían enfrentado todo juntos.

En la mañana siguiente, ella y Adrian se quedaron en el patio de entrada observando el carruaje de Thomas desaparecer por el camino cubierto de nieve, e Isabela apretó la mano de él sintiendo tanto la tristeza de la despedida como la esperanza de nuevos comienzos. Ravenswood estaba entrando en una nueva era, y aunque ciertamente habría desafíos por delante, por primera vez en años, el futuro parecía brillante. Y cuando se giraron para entrar a la mansión juntos, manos entrelazadas y hombros tocándose en intimidad confortable, Isabela supo con certeza absoluta que había

encontrado el lugar al cual pertenecía, no por destino o coincidencia, sino por elección consciente y amor genuino, y que eso hacía toda la diferencia.

# Capítulo 14

Los preparativos para el baile de Año Nuevo contrastaban dramáticamente con los años de silencio melancólico que habían vivido. Criados pulían platerías que no veían uso desde antes de la muerte de Celeste, costureras trabajaban febrilmente en nuevos vestidos para Isabela que serían adecuados para la futura Vizcondesa, y la cocina se transformó en verdadera operación militar bajo comando del chef francés que Adrian había traído especialmente de Londres para garantizar que el menú fuera impecable.

Isabela se encontraba en el centro de todo ese caos, mezcla de emoción y nerviosismo creciente, consciente de que este baile sería no solo una celebración sino también la prueba definitiva de su aceptación por la sociedad de Yorkshire. Una cosa era recibir simpatía como víctima de manipulación cruel, otra completamente diferente era ser abrazada como igual y futura líder social de la región.

Adrian parecía comprender sus aprensiones, incluso cuando ella intentaba ocultarlas detrás de entusiasmo forzado. En una noche, la encontró en el salón de baile, ahora restaurado, parada sola en el centro del piso pulido de parquet mirando alrededor con expresión pensativa, se acercó silenciosamente y la envolvió en un abrazo por detrás, su mentón reposando en la parte superior de su cabeza.

"Estás preocupada por el baile", dijo, no una pregunta sino afirmación gentil.

Isabela se apoyó contra él, permitiéndose absorber parte de la fuerza de su presencia sólida. "Es una tontería, lo sé. Cordelia está presa aguardando juicio, la verdad fue revelada, mi reputación técnicamente restaurada. Pero aún me siento como si estuviera a

punto de entrar en una arena de leones, siendo juzgada por cientos de ojos críticos buscando cualquier señal de que no soy digna de estar a tu lado".

Adrian la giró gentilmente para encararlo, sus manos enmarcando su rostro con ternura que siempre hacía que su corazón se derritiera. "Entonces déjame contarte un secreto sobre esas personas que vendrán a juzgarte", dijo, sus ojos brillando con humor que ella raramente veía pero que adoraba. "La mayoría de ellas está profundamente aburrida. Viven vidas de rutina predecible, dictada por expectativas sociales rígidas, hacen las mismas cosas a las mismas horas con las mismas personas año tras año. Tú, mi querida Isabela, eres cualquier cosa menos aburrida. Sobreviviste a un escándalo fabricado, expusiste a la villana, ayudaste a resolver un misterio de tres años, y ahora estás a punto de casarte con el Vizconde recluso que todos habían dado como causa perdida. Eres la historia más interesante que ha sucedido en esta región en décadas, y aunque algunos puedan fingir desaprobación, secretamente están fascinados y muriéndose de ganas de conocerte mejor".

Isabela no pudo evitar reír ante su descripción tan pragmática de la alta sociedad, y sintió que parte de la tensión se disipaba. "Cuando lo pones de esa forma, suena menos intimidante y más como una actuación teatral".

Adrian sonrió, aquella sonrisa rara y genuina que transformaba completamente su rostro. "Exactamente. Y tú, mi talentosa actriz, simplemente necesitas desempeñar el papel de mujer confiada y feliz que está genuinamente emocionada por iniciar una nueva vida. Lo que, si no me equivoco, no requiere actuación alguna porque es simplemente la verdad".

Pero la víspera del baile trajo algo inesperado que amenazó nuevamente su paz recién encontrada. Una carta llegó de York, de la prisión donde Cordelia aguardaba juicio, dirigida sorprendentemente no a Adrian sino a Isabela. La Señora Pembrook la entregó con

expresión desaprobatoria, claramente creyendo que cualquier comunicación de aquella mujer debería ser quemada sin ser leída, pero Isabela sintió curiosidad mórbida sobre lo que Cordelia podría posiblemente querer decirle en este momento.

La abrió en su habitación, casi esperando más veneno y amenazas, pero lo que encontró fue algo mucho más perturbador: algo que sonaba peligrosamente cercano a la sinceridad. "Querida Señorita Montfort", comenzaba la carta con formalidad que contrastaba con la intimidad forzada de comunicaciones anteriores, "escribo no para pedir perdón, pues sé que estoy más allá de redención, sino para ofrecer una explicación que tal vez le ayude a comprender, si no disculpar, las acciones que tomé. Cuando tenía diecisiete años, me enamoré de Adrian Ravenswood con tanta intensidad que consumió todo mi ser. Era todo lo que una joven podría desear: guapo, inteligente, aristocrático, y con profundidad emocional rara en hombres de su edad. Creí, con la arrogancia de la juventud, que él compartía mis sentimientos, que era solo cuestión de tiempo hasta que nuestro matrimonio fuera arreglado por nuestras familias como todos esperaban".

La carta continuaba, detallando años de frustración creciente a medida que Adrian mostraba interés apenas educado pero nunca romántico, y entonces la devastación cuando anunció su compromiso con Celeste Beaumont, joven francesa que Cordelia había considerado amiga hasta aquel momento de traición definitiva.

"Algo se rompió en mí aquel día", escribió Cordelia, su caligrafía volviéndose menos controlada, más emocional a medida que la narrativa progresaba. "Toda racionalidad desapareció, reemplazada por la obsesión singular de recuperar lo que creía ser mío por derecho. Me convencí de que Celeste había embrujado a Adrian, que si pudiera apenas removerla, él finalmente vería que yo era la elección correcta. Entonces pasé años minando el matrimonio de ellos, plantando dudas, creando situaciones que los alejaban, esperando pacientemente mi oportunidad. Cuando Celeste me buscó

pidiendo ayuda para huir, vi esto como regalo de los dioses, una oportunidad de eliminar mi obstáculo de forma que parecería elección de ella, no una acción mía. Pero ella amenazó con exponerme, y en aquel momento en la parte superior de las escaleras, actué por impulso en vez de cálculo cuidadoso. La empujé, y en segundos todo cambió. Me convertí en asesina".

Isabela leyó el párrafo varias veces, procesando la confesión casual de homicidio premeditado escrita en papel de prisión como si Cordelia estuviera simplemente relatando eventos del día. La carta concluía con un párrafo que era simultáneamente pedido de disculpas y advertencia final. "Estoy contando esto no para despertar su piedad sino para advertirle. La obsesión no conoce razón, Señorita Montfort. Me transformó de mujer racional en monstruo capaz de quitar una vida. Ame a Adrian, cásese con él, sea feliz con él, pero nunca permita que su amor por él defina completamente quién es usted, como yo hice. Mantenga su propia identidad, sus propios sueños separados de él, porque cuando el amor se vuelve obsesión, cuando otra persona se vuelve su único propósito de existencia, pierde a sí misma, y esto puede llevar a la destrucción no solo suya sino de todos alrededor. Este es mi único regalo para usted, la lección comprada con precio terrible. Que sea más sabia de lo que yo fui. Cordelia Westbrook".

Isabela dobló la carta lentamente, sus manos ligeramente temblorosas, y la escondió en el cajón más profundo de su escritorio, insegura de si debería compartirla con Adrian o guardarla como recordatorio privado de cómo el amor, si distorsionado y obsesivo, podría transformarse en algo monstruoso.

Decidió finalmente no mostrar la carta a Adrian, no por querer ocultar secretos sino porque sintió que él ya había cargado peso suficiente de culpa y revelaciones dolorosas, y lo que Cordelia había escrito era más advertencia para ella que información relevante para él.

En cambio, Isabela pasó aquella última noche antes del baile en reflexión profunda sobre el tipo de esposa que quería ser, el tipo de matrimonio que quería construir. No sería Celeste, atrapada en una relación que la hacía sentirse sofocada y desesperada lo suficiente para huir. Pero tampoco sería Cordelia, definiéndose completamente a través de la imagen de un hombre y permitiendo que la obsesión consumiera toda razón y moralidad. Sería simplemente Isabela, mujer con identidad propia que elegía compartir la vida con el hombre que amaba, pero no desaparecía en su sombra.

Cuando finalmente durmió aquella noche, fue con la sensación de claridad y propósito que no había sentido antes, comprensión profunda de que el amor verdadero requería no la pérdida de sí misma, sino fortalecimiento de identidad individual dentro de la asociación elegida.

La mañana del día del baile surgió clara y excepcionalmente fría, el tipo de día de invierno en que el cielo queda tan azul que duele los ojos y cada respiración sale en nubes de vapor blanco.

Isabela despertó temprano, demasiado nerviosa para dormir hasta el horario habitual, y pasó la primera hora simplemente mirando por la ventana de sus aposentos hacia los jardines cubiertos de nieve, pensando en cuán dramáticamente su vida había cambiado desde que llegara a Ravenswood. Vino buscando refugio de la presión familiar y expectativas sofocantes de Londres, nunca imaginando que encontraría amor verdadero, enfrentaría a una villana de novela gótica, y emergería transformada de formas que nunca habría previsto.

La criada Meg llegó con té y tostadas a las ocho, parloteando animadamente sobre los preparativos finales sucediendo por toda la mansión, y gradualmente Isabela se permitió ser arrastrada al entusiasmo, dejando preocupaciones y reflexiones sombrías atrás, en favor de la anticipación genuina por lo que prometía ser una noche memorable.

El vestido que usaría había sido creado específicamente para esta ocasión, trabajo de la modista francesa que Adrian había contratado a peso de oro para garantizar que Isabela sería la mujer mejor vestida del baile. Era una creación deslumbrante de satín marfil con sobrecapas de encaje de Bruselas tan delicado que parecía hecho de telarañas cristalizadas, el corpiño ajustándose perfectamente a su figura, antes de que la falda cayera en ondas de tela que susurraban al moverse.

Joyas de zafiros rodeados de diamantes, regalo de Adrian que había pertenecido a su abuela, adornaban su cuello y orejas, centelleando con luz fría que combinaba perfectamente con el hielo y la nieve afuera.

Cuando Isabela finalmente bajó las escaleras al caer la tarde, totalmente arreglada y lista, encontró a Adrian esperando por ella en el vestíbulo de entrada, y la expresión en su rostro cuando la vio fue recompensa suficiente por todas las horas de preparación. Estaba devastadoramente elegante en trajes formales de gala, saco negro de corte impecable sobre chaleco de seda gris, y por primera vez desde que lo conociera, no había sombra de melancolía en sus ojos, solo amor puro y admiración que la hacían sentirse la mujer más bonita y valorada del mundo.

"Estás absolutamente deslumbrante", dijo Adrian cuando ella alcanzó el pie de las escaleras, tomando su mano y levantándola a los labios para un beso que era simultáneamente caballeroso e íntimo. "Nuestra sociedad no sabrá qué la golpeó".

Isabela sonrió, sintiendo por primera vez confianza genuina sobre la noche por delante. "Entonces démosles un baile para recordar, algo que haga de Ravenswood Hall sinónimo de celebración y nuevos comienzos".

Y cuando los primeros invitados comenzaron a llegar una hora después, sus carruajes alineándose en la entrada en procesión que

parecía interminable, Isabela estaba parada al lado de Adrian en la puerta del salón de baile. Los recibía con una sonrisa genuina, lista para enfrentar cualquier juicio o especulación con gracia y dignidad que eran auténticamente suyas. Eran la expresión verdadera de quien se había convertido a través de todas las pruebas que había superado. La noche prometía ser la prueba definitiva, pero por primera vez, Isabela se sentía completamente preparada para pasar con distinción.

# Capítulo 15

El salón de baile de Ravenswood Hall estaba transformado en escenario de cuento de hadas invernal, cada detalle meticulosamente planeado para crear atmósfera de elegancia atemporal mezclada con promesa de renovación. Velas en número de cientos centelleaban en candiles de cristal y candelabros de plata, su luz reflejada infinitamente en los espejos dorados que cubrían las paredes, creando ilusión de espacio extendiéndose hasta la eternidad.

Guirnaldas de pino fresco entrelazadas con cintas de terciopelo verde oscuro y plata adornaban cada superficie, su perfume mezclándose con aroma de flores de invernadero que Adrian había mandado traer a costo considerable: rosas blancas, lirios, y orquídeas raras que parecían demasiado delicadas para sobrevivir al invierno riguroso pero que florecían gloriosamente en sus arreglos elaborados. La orquesta tocaba un vals vienés cuando los primeros invitados entraron, y el sonido de la música mezclado con murmullo creciente de conversación y risas creaba sinfonía de vida que hacía mucho tiempo estaba ausente de aquellas paredes.

Isabela y Adrian recibieron a sus invitados con gracia ensayada, él presentándola formalmente como su prometida a cada persona o pareja que pasaba por la línea de recepción. Las reacciones variaban de entusiasmo genuino a curiosidad mal disimulada, e Isabela rápidamente aprendió a distinguir entre aquellos que la recibían con sinceridad y aquellos que venían principalmente para tener material de chisme fresco para compartir en sus propios salones en las semanas siguientes.

Lady Wilson, matrona formidable de la sociedad local cuya aprobación era considerada esencial, examinó a Isabela de arriba abajo con ojos afilados que no perdían detalles antes de pronunciar

su veredicto. "Tienes coraje, jovencita, encarando a la sociedad directamente después de tal escándalo. Respeto eso. Y cualquier mujer que logra sacar a Adrian Ravenswood de su aislamiento autoimpuesto merece una oportunidad justa en mi libro. Bienvenida a nuestra comunidad, mi querida. Espero que seas muy feliz aquí". La aprobación, aunque expresada en tono brusco típico de la Lady, era genuina, e Isabela sintió una ola de alivio sabiendo que había pasado la primera prueba crítica.

Pero no todos eran tan acogedores. Lady Agatha Blackwood y sus dos hijas solteras pasaron con saludos helados y miradas que recorrieron el vestido de Isabela con envidia mal disimulada, claramente resentidas porque la forastera había capturado al soltero más codiciado de la región. Señor Geoffrey Hartwell, uno de los administradores de las propiedades vecinas, se inclinó demasiado cerca al besar su mano y murmuró algo sobre esperar verla cabalgando por los campos en la primavera, su mirada demorándose en su escote de forma que la hizo sentirse incómoda y deseando que Adrian no estuviera en ese momento conversando con el invitado anterior. Pero estos momentos desagradables eran minoría en el mar de reacciones predominantemente positivas. Cuando la línea de recepción finalmente terminó, después de más de una hora de saludos continuos, Isabela se sintió exhausta pero triunfante, consciente de que había navegado las aguas traicioneras de la primera impresión social con éxito razonable.

Adrian la guió al centro del salón de baile cuando la orquesta comenzó un nuevo vals, y todos los ojos se volcaron hacia ellos mientras abrían espacio para el baile, conforme la tradición dictaba para los anfitriones. Isabela estaba consciente de cada paso, cada movimiento siendo observado y juzgado, pero Adrian bailaba con ella con confianza que la tranquilizaba, sus ojos fijos en los de ella con intensidad que bloqueaba el resto del mundo. "Te estás desempeñando magníficamente", murmuró mientras giraban por la pista pulida. "La mitad de los hombres aquí está envidiando mi suerte, y la otra mitad está calculando cómo robarte de mí".

Isabela rió suavemente. "Y todas las mujeres están preguntándose cómo una forastera sin conexiones significativas logró conquistar al Vizconde recluso. Somos fuente de especulación infinita, al parecer".

Adrian abrió aquella sonrisa rara que siempre hacía que su corazón saltara. "Que especulen. Mientras terminen la noche con la misma conclusión que yo: que soy el hombre más afortunado vivo".

Cuando el vals terminó, otras parejas se unieron a ellos en la pista de baile, y gradualmente el baile se transformó de evento formal en celebración genuina. Isabela bailó con docenas de compañeros, desde jóvenes nerviosos haciendo sus primeras apariciones sociales, hasta caballeros más viejos que compartían historias sobre Ravenswood de décadas pasadas, antes de la tragedia que la había transformado. Cada baile y cada conversación eran oportunidades de construir conexiones, hacer aliadas entre las matronas influyentes y establecerse no solo como la prometida del Vizconde, sino como mujer de sustancia y gracia propias.

Fue durante un conjunto particularmente animado que Isabela notó movimiento en la entrada del salón, un recién llegado que no había pasado por la línea de recepción formal y cuya presencia parecía causar una ondulación de sorpresa a través de los invitados más cercanos. Girándose para ver quién había causado tal reacción, Isabela contuvo el aliento en sorpresa y alegría genuinas.

Thomas Ravenswood estaba parado en la entrada, visiblemente cansado de viaje pero sonriendo ampliamente, y a su lado estaba una joven mujer de belleza extraordinaria: cabellos negros arreglados en estilo italiano elaborado, ojos castaños oscuros que brillaban con inteligencia y humor, y piel bronceada por el sol mediterráneo, que contrastaba dramáticamente con la palidez de invierno de las damas inglesas alrededor.

Thomas había partido hacia Italia apenas dos semanas atrás, con planes de permanecer por al menos seis meses, pero aquí estaba, y

por la forma como su brazo estaba posicionado protectoramente alrededor de la cintura de la joven mujer, Isabela inmediatamente comprendió que algo significativo había sucedido durante su ausencia.

Adrian había notado a su hermano también y estaba atravesando el salón con pasos largos, Isabela siguiendo en su rastro, y cuando los hermanos se encontraron fue con un abrazo cálido que hablaba de afecto profundo y genuino. "¡Thomas! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Pensé que estarías en Florencia en este momento!" Thomas rió, el sonido cargando felicidad que Isabela raramente había escuchado en él.

"Llegué a Florencia, y ahí conocí a alguien que cambió completamente mis planes. Adrian, Isabela, permítanme presentar a la Señorita Giuliana Rossi, hija del maestro con quien planeaba estudiar. Nos conocimos en el momento en que llegué a su villa, y... bueno, digamos que los italianos tienen razón sobre el amor a primera vista. Nos comprometimos tres días después, y cuando mencioné que mi hermano estaba realizando un baile de Año Nuevo, Giuliana insistió en que regresáramos para que pudiera conocer a la familia antes de volver a Italia casados".

La revelación era tan inesperada y deliciosamente romántica, que Isabela no pudo evitar reír de pura alegría, abrazando a Thomas calurosamente antes de girarse hacia Giuliana con sonrisa genuina. "¡Es maravilloso conocerla! Thomas habló tanto sobre sus planes para Italia, pero nunca mencionó la posibilidad de encontrar amor".

Giuliana sonrió, y cuando habló fue con acento italiano musical que hacía hasta palabras simples encantadoras. "El amor nunca avisa antes de llegar, ¿no es así? Simplemente sucede, y somos lo suficientemente sabios para reconocerlo o lo bastante tontos para dejarlo escapar. Thomas fue sabio".

Adrian estaba visiblemente conmovido por la felicidad obvia de su hermano, e insistió en que la pareja se uniera inmediatamente a las festividades, pero Thomas sacudió la cabeza.

"En realidad, hay otra razón para nuestra llegada urgente, además de la alegría de verlos. Recibí noticia durante mi breve estadía en Florencia, noticia que pensé que deberías saber inmediatamente, Adrian. Cordelia..." hizo una pausa, mirando alrededor para garantizar que no estaban siendo escuchados por invitados curiosos antes de bajar la voz, "Cordelia está muerta. Se ahorcó en su celda de prisión tres días atrás, dejando una carta confesando todo, no solo el asesinato de Celeste sino otros crímenes menores que cometió a lo largo de los años. La carta fue entregada al magistrado y será hecha pública, limpiando completamente cualquier duda residual sobre su culpa o sobre la inocencia de Isabela".

La noticia cayó sobre ellos como un peso físico, e Isabela sintió emociones conflictivas: alivio porque la amenaza de Cordelia estaba permanentemente eliminada, tristeza por el desperdicio de vida por alguien que había causado tanto mal, y extrañamente, rastro de culpa, como si de alguna forma fueran parcialmente responsables por haber llevado a Cordelia a tal desesperación final. Adrian estaba visiblemente conmocionado, su rostro palideciendo mientras procesaba la información.

"Eligió morir en vez de enfrentar las consecuencias de sus acciones", dijo finalmente, su voz ronca. "Parte de mí siente que debería sentir satisfacción, justicia siendo hecha, pero principalmente siento... vacío. Cordelia desperdició la vida entera persiguiendo la obsesión que la destruyó, y al final no tuvo el coraje de vivir con los resultados de sus elecciones". Isabela apretó la mano de Adrian, ofreciendo consuelo silencioso.

Thomas colocó la mano reconfortantemente en el hombro de su hermano. "Tal vez sea mejor así", dijo Thomas suavemente. "El juicio habría sido un espectáculo horrible, arrastrando todos los

detalles sórdidos a través de tribunales públicos y periódicos. De esta forma, hay cierre sin prolongar la agonía".

Adrian asintió lentamente, pareciendo aceptar la lógica pero emocionalmente aún procesando, y entonces, con esfuerzo visible, se recompuso y forzó una sonrisa que no alcanzaba completamente sus ojos. "Tienes razón. Y esta noche es sobre celebración, no sobre duelo por aquella que eligió su propio destino. Vengan, presentaré a Giuliana adecuadamente a la sociedad, y entonces brindaremos no solo al Año Nuevo sino a nuevos comienzos para todos nosotros".

Pero para Isabela, la alegría estaba manchada por la noticia de la muerte de Cordelia, y encontraba su mente retornando repetidamente a aquella carta que había recibido, las palabras de advertencia sobre obsesión y pérdida de identidad. Cordelia se había vuelto tan consumida por su amor distorsionado por Adrian que cuando finalmente fue confrontada con la imposibilidad de tenerlo y con las consecuencias de sus acciones, no logró encontrar razón para continuar viviendo. Era la lección sombría sobre los peligros de definirse completamente a través de otra persona, de permitir que el amor sano se transforme en obsesión destructiva.

Isabela miró a Adrian que estaba conversando animadamente con Thomas y Giuliana, y renovó silenciosamente su promesa a sí misma de nunca permitir que su amor por él, por más profundo que fuera, eclipsara completamente su propia identidad y propósitos independientes.

Cuando el reloj dio medianoche, todos los invitados se reunieron en el salón de baile para la tradicional cuenta regresiva y el brindis, y Adrian aprovechó el momento para hacer el anuncio oficial. Parado en el centro de la sala con Isabela a su lado, alzó su copa de champagne y esperó que el silencio se instalara antes de hablar, su voz cargando autoridad natural de quien nació para liderar.

"Amigos, vecinos, miembros estimados de nuestra comunidad, agradezco a todos por compartir esta noche especial con nosotros aquí en Ravenswood Hall. Esta casa conoció tristeza y tragedia en los últimos años, pero esta noche marca un nuevo capítulo, no solo para mí, sino para todos asociados a la familia Ravenswood. Es con alegría inmensa que anuncio formalmente mi compromiso con la Señorita Isabela Montfort, mujer de coraje, gracia y bondad extraordinarias que trajo luz de vuelta a esta casa y a mi vida. Planeamos casarnos en la primavera, y esperamos que todos ustedes nos honren con su presencia en la ceremonia". Hubo aplauso educado que gradualmente creció en entusiasmo genuino, e Isabela sintió lágrimas picar sus ojos ante la demostración de aceptación y buena voluntad.

Adrian continuó, su expresión volviéndose más seria. "Pero también debo compartir noticia de naturaleza más sombría. Muchos de ustedes están al tanto de los eventos recientes involucrando a Lady Cordelia Westbrook y las revelaciones sobre su papel en la muerte de mi difunta esposa. Recibí hoy la noticia de que Lady Westbrook falleció en prisión, dejando una confesión completa que limpia cualquier duda sobre su culpabilidad o sobre la inocencia absoluta de mi prometida de cualquier mala conducta. Aunque las circunstancias sean trágicas, espero que esto traiga cierre final al capítulo doloroso y permita que todos sigamos adelante sin sombras del pasado oscureciendo nuestros futuros".

Hubo murmullos de sorpresa y algunos comentarios susurrados ante esta revelación, pero Adrian alzó su mano para pedir silencio antes de concluir. "Así que, mientras entramos a este Año Nuevo, propongo que lo hagamos no solo con esperanza tradicional para prosperidad y salud, sino con el compromiso renovado de valorar la verdad sobre las apariencias, autenticidad sobre conveniencia social, y coraje de elegir amor y felicidad incluso cuando desafíen expectativas. ¡Al Año Nuevo, a nuevos comienzos, y a futuros construidos sobre cimientos honestos!"

El brindis fue repetido entusiastamente por toda la sala, y cuando Isabela tomó un sorbo de champagne, sintió que verdaderamente estaban volteando la página, dejando atrás los miedos e incertidumbres que habían marcado los meses anteriores y abrazando el futuro que, aunque incierto en sus detalles, prometía ser vivido con honestidad, amor y propósito renovados.

# Capítulo 16

El día amaneció helado y claro, el sol de invierno lanzando luz plateada sobre el paisaje cubierto de nieve, mientras Adrian y Thomas se preparaban para la visita a Westbrook Manor. Isabela observaba desde la ventana de su habitación mientras montaban en sus caballos, Adrian en un semental negro que reflejaba perfectamente su temperamento intenso, Thomas en un castaño más dócil. Sintió un apretón de aprensión que no lograba disipar incluso con todas las garantías racionales de que estarían seguros.

Habían acordado que Isabela permanecería en Ravenswood porque Adrian temía que su presencia pudiera provocar a Cordelia a cometer actos más extremos. Ella sentía que la espera prometía ser torturante. Para distraer su mente ansiosa, Isabela decidió enfocarse en algo productivo, algo que trajera cambio tangible y positivo a la mansión que se había convertido inesperadamente en su hogar.

El evento benéfico que ella y Adrian habían comenzado a planear dos semanas atrás parecía el proyecto perfecto. La idea era organizar un baile de invierno en Ravenswood Hall, el primer evento social que la propiedad albergaría desde la muerte de Celeste, y toda la recaudación sería destinada a las familias de trabajadores rurales que habían sufrido con la cosecha pobre del otoño anterior. Adrian había estado de acuerdo con entusiasmo, viendo la oportunidad no solo de ayudar a la comunidad, sino también de reintroducir Ravenswood a la sociedad local de forma positiva, señalizando que la casa de luto estaba finalmente lista para abrazar la vida nuevamente. Isabela había pasado días planeando cada detalle, desde el menú hasta la decoración, y ahora con los dos hermanos ausentes, tenía la oportunidad perfecta para supervisar algunos de los preparativos físicos sin distracción.

Comenzó con el salón de baile, un espacio magnífico en la planta baja que había estado cerrado desde la muerte de Celeste, los muebles cubiertos con sábanas blancas como fantasmas aguardando resurrección. Con la ayuda de Meg y otros dos criados, Isabela comenzó a descubrir los muebles, revelando sillas doradas elaboradamente talladas, mesas laterales de mármol, y un piano de cola que necesitaba apenas afinación para volver a producir música.

La luz del sol entrando por las ventanas altas revelaba capas de polvo que danzaban en el aire, pero debajo de la negligencia, la belleza intrínseca del espacio era innegable. Candiles de cristal pendían del techo pintado con escenas de divinidades griegas, el piso de parquet en patrón de espina de pez brillaba incluso bajo la suciedad acumulada, y espejos dorados en las paredes reflejaban y multiplicaban la luz hasta que el salón entero parecía brillar con promesa renovada. "Será hermoso cuando terminemos", dijo Meg tímidamente, sus ojos brillando con entusiasmo genuino. "Como en los viejos tiempos, antes de... bueno, antes".

Isabela sonrió a la joven criada, tocada por su optimismo. "Será aún mejor que los viejos tiempos, Meg. Porque esta vez será construido sobre bases verdaderas, no en apariencias que ocultaban infelicidad". Trabajaron juntas por horas, limpiando, puliendo, organizando, y gradualmente el salón se transformaba de mausoleo empolvado en espacio resplandeciente listo para recibir vida y risas nuevamente.

Fue cuando estaban colgando guirnaldas de pino fresco entrelazadas con cintas de terciopelo verde oscuro a lo largo de las balaustradas que la Señora Pembrook apareció en la puerta, su expresión habitualmente severa reemplazada por algo más suave, casi nostálgico. "Está quedando bonito, Señorita Montfort. Lady Celeste habría aprobado. Siempre adoró las fiestas, la música y el baile la hacían brillar de una forma que raramente veíamos en otros momentos". Había una nota de tristeza genuina en su voz que hizo que Isabela pausara y realmente mirara a la gobernanta, viendo por

primera vez no solo a la empleada eficiente sino a la mujer que había servido a la familia Ravenswood por décadas y amado a aquellos bajo su cuidado a su propia manera rígida.

"Usted la extrañó", dijo Isabela gentilmente, bajando de la escalera donde había estado colgando la guirnalda. "A Lady Celeste".

La Señora Pembrook asintió rígidamente, sus manos entrelazadas frente a ella en postura defensiva. "Era mi deber cuidarla, y fallé. En la noche en que murió, debí haber percibido que algo estaba mal, debí haber insistido en quedarme más cerca, pero ella me había despedido a mis propias habitaciones más temprano que lo habitual. Siempre me pregunté si sabía lo que estaba por suceder, si tal vez me envió lejos para protegerme de presenciar..." su voz se desvaneció, pero la implicación flotó pesada en el aire.

Isabela sintió un escalofrío recorrer su columna. "¿Cree que sabía que alguien pretendía lastimarla?"

La gobernanta miró alrededor nerviosamente, como si las propias paredes pudieran tener oídos, luego bajó la voz a un susurro urgente. "No debería hablar sobre esto, pero ya que la señorita se ha vuelto importante para el Vizconde, merece saber. Lady Celeste estaba aterrorizada en las semanas anteriores a su muerte. Cerraba sus puertas con llave por la noche, algo que nunca había hecho antes, y saltaba con cualquier ruido súbito. Cuando pregunté qué la perturbaba, dijo apenas que había descubierto algo terrible sobre alguien cercano, y que esa persona haría cualquier cosa para mantener el secreto oculto".

Antes de que Isabela pudiera presionar por más detalles, el sonido de cascos de caballos en el patio de entrada anunció el regreso de Adrian y Thomas, mucho más temprano de lo esperado. Isabela corrió al vestíbulo de entrada, su corazón latiendo incómodamente rápido con aprensión, y encontró a ambos hombres entrando con

expresiones sombrías que hicieron que su estómago se revolviera. "¿Qué sucedió? ¿Qué dijo Cordelia?"

Adrian se quitó sus guantes de cuero lentamente, sus movimientos demasiado controlados, sugiriendo rabia hirviendo justo debajo de la superficie. "No dijo nada, porque no estaba ahí. Cuando llegamos, los criados informaron que Lady Westbrook había partido hacia Londres tres días atrás, un viaje no planeado para atender asuntos urgentes. Las cartas que recibimos fueron enviadas antes de su partida, cronometradas para llegar después de que ya estuviera seguramente lejos".

Thomas completó la explicación, su propia frustración evidente. "Fue una distracción calculada, Adrian. Nos sacó de Ravenswood propositalmente, pero para qué finalidad, aún no lo comprendo".

La respuesta llegó apenas minutos después, cuando un mensajero llegó jadeante desde la villa cargando un paquete voluminoso dirigido a la Señora Isabela Montfort. Con manos temblorosas, Isabela abrió el paquete bajo las miradas atentas de Adrian, Thomas y la Señora Pembrook que llegaba del salón de baile. Dentro había una colección de cartas, todas en papel fino y caro, y cuando Isabela comenzó a leer la primera, la sangre se drenó de su rostro dejándola pálida como la nieve afuera.

Las cartas eran supuestamente correspondencias entre Isabela y un cierto Señor Edmund Blackwood de Londres, un aventurero conocido por engañar a jóvenes herederas. El contenido era explícito y comprometedor, detallando un supuesto romance secreto y planes para que Isabela sedujera y se casara con un aristócrata viudo rico, usando su parecido con su difunta esposa como arma de manipulación. Cada carta era una obra maestra de falsificación, la caligrafía una imitación casi perfecta de la suya, los detalles específicos lo suficiente para parecer auténticos a cualquiera que no supiera la verdad.

"Esto es falso", dijo Isabela, su voz temblando de rabia y horror. "Cada palabra es una fabricación, ¡nunca conocí a ningún Edmund Blackwood, nunca escribí estas cartas ni tuve ninguna comunicación de este tipo!"

Adrian tomó las cartas de sus manos, leyendo rápidamente, y ella vio la batalla aconteciendo en su rostro, razón luchando contra la semilla insidiosa de duda que Cordelia había plantado tan hábilmente. "Lo sé", dijo finalmente, pero había una vacilación minúscula, una fracción de segundo de incertidumbre que Isabela captó y que cortó más profundo que cualquier acusación directa podría. Thomas estaba furioso, arrugando una de las cartas en su mano. "¡Cordelia falsificó estas cartas, obviamente! Este es exactamente el tipo de manipulación cruel por la cual es conocida. Pero ¿por qué? ¿Cuál es el objetivo de destruir la reputación de Isabela?" La respuesta llegó a través de otra revelación, esta de la Señora Pembrook que había continuado examinando el paquete y encontrado una nota adicional en el fondo.

La nota era breve pero devastadora, escrita en caligrafía que Isabela ahora reconocía como de Cordelia, dirigida no a ella sino "Para quien pueda interesar en la sociedad de Yorkshire". La nota explicaba con falsa tristeza que estas cartas habían llegado a la atención de Cordelia a través de "fuentes confidenciales", y que se sentía moralmente obligada a exponer la verdadera naturaleza de la Señorita Montfort antes de que más daño pudiera hacerse a la reputación de la familia Ravenswood. La nota terminaba con una bomba final: copias de estas cartas habían sido enviadas a las familias más prominentes de la región, así como a ciertos periódicos de chismes en Londres, garantizando que para el final de la semana, toda la alta sociedad estaría zumbando con el escándalo.

"Te destruyó", dijo Thomas, horror genuino en su voz. "Incluso si probamos que las cartas son falsas, su simple existencia manchará tu reputación más allá de reparación. Nadie te invitará a sus casas, nadie permitirá que sus hijas tengan contacto contigo. Estás

socialmente arruinada". Y la implicación no dicha pero clara como cristal: un matrimonio entre ella y Adrian ahora sería imposible.

Isabela sintió su mundo desmoronarse a su alrededor, años de cuidadosa educación y comportamiento irreprochable destruidos en un solo golpe calculado de una mujer movida por obsesión y celos. Miró a Adrian, buscando en sus ojos alguna garantía de que nada de esto importaba, que aún la quería independientemente de lo que la sociedad pudiera decir, pero lo que vio fue dolor mezclado con confusión y, más doloroso, el inicio de resignación. Él le creía, ella podía ver eso, pero también estaba calculando el costo de defenderla, el precio que ambos pagarían si intentaban luchar contra esta marea de escándalo fabricado.

"Adrian", dijo suavemente, extendiendo la mano para tocar su brazo, pero él se alejó, no bruscamente pero definitivamente, creando distancia física que reflejaba la distancia emocional que ella podía sentir creciendo entre ellos.

"Necesito pensar", dijo, su voz ronca. "Necesito descubrir cómo deshacer esto, cómo protegerte a ti y a mi familia del daño que Cordelia causó. Pero en este momento, no puedo... necesito tiempo". Y entonces estaba saliendo, dejando el vestíbulo y subiendo las escaleras hacia sus aposentos privados, e Isabela se quedó parada en el centro del vestíbulo de entrada de Ravenswood, rodeada por pedazos de su vida destruida esparcidos alrededor de sus pies como fragmentos de vidrio.

Y entonces, supo con certeza aterradora que Cordelia había ganado esta ronda, y el pico de indignación que debería estar dirigido solo a la antagonista ahora incluía también rabia contra las estructuras sociales crueles que permitían que reputaciones fueran destruidas por mentiras. También sentía miedo de que el amor naciente entre ella y Adrian no fuera lo suficientemente fuerte para sobrevivir a la prueba que Cordelia había tan brillante y maliciosamente creado.

# Capítulo 17

La casa londinense de la familia Montfort estaba exactamente como Isabela recordaba, pero simultáneamente completamente diferente cuando vista a través de ojos que habían presenciado tanto en los meses desde su partida. El vestíbulo de entrada con su piso de mármol blanco y negro en patrón de tablero de ajedrez, la escalinata curva con balaustrada de caoba tallada, los retratos de ancestros Montfort observando con expresiones severas y juzgadoras, todo era familiar pero ahora parecía más pequeño, menos intimidante, como si hubiera crecido no solo emocionalmente sino literalmente, volviéndose demasiado grande para ser contenida por los confines que una vez parecieron absolutos.

Su tío la esperaba en la biblioteca, un espacio masculino de cuero marrón oscuro y maderas aún más oscuras, con olor a puros y coñac que siempre había definido su presencia incluso cuando ausente. Lord Edmund Montfort estaba de pie cerca de la chimenea, una figura imponente en sus cincuenta años, cabellos grisáceos perfectamente peinados, bigote ceroso, y la postura militar que nunca había relajado, incluso después de dejar el servicio activo. Sus ojos, tan parecidos a los del padre de Isabela, pero completamente desprovistos del calor que ella recordaba de su padre, la recorrieron de arriba abajo en evaluación crítica.

"Isabela", dijo en vez de saludo, su voz profunda y sin inflexión particular. "Llegaste puntualmente, al menos eso. Siéntate". No era invitación sino orden.

Isabela sintió viejos instintos de obediencia automática a figuras de autoridad agitarse dentro de ella, pero se obligó a permanecer de pie, rehusándose a ser intimidada a posición sumisa desde el inicio de la conversación. "Prefiero quedarme de pie, gracias. Esta no será

una reunión lo suficientemente larga para requerir comodidad de sillas".

Vio algo pasar por el rostro de su tío, tal vez sorpresa o tal vez apreciación reticente por su coraje, antes de que su expresión se endureciera nuevamente en líneas familiares de desaprobación. "Muy bien. Entonces seré directo. Regresarás conmigo a casa de tu tía Agatha mañana por la mañana, y de ahí partirás al continente conforme ya fue arreglado. Tu supuesto compromiso con el Vizconde Ravenswood será disuelto quieta pero firmemente, con disculpas apropiadas hechas a él y explicaciones proporcionadas a la sociedad que minimicen más daños a nuestra reputación familiar". Pronunció las palabras como si fuera simple cuestión de hecho, decisión ya tomada que apenas requería implementación, e Isabela sintió rabia fría subir en su pecho.

"No", dijo simplemente, la palabra cayendo entre ellos como piedra en agua quieta. "No regresaré contigo, no iré al continente, y ciertamente no disolveré mi compromiso. Amo a Adrian Ravenswood, y planeamos casarnos en la primavera. Vine a Londres apenas por cortesía, para informarte personalmente de mis planes en vez de simplemente ignorar tu carta, pero no para buscar tu permiso que, francamente, no necesito ni deseo".

Lord Edmund se volvió peligrosamente quieto, el tipo de quietud que precedía tormentas violentas, e Isabela se obligó a no retroceder, ni siquiera cuando dio dos pasos en su dirección, usando su altura y presencia física para intimidar. "Olvidas tu posición, Isabela. Eres pupila bajo mi tutela legal, y mientras así permanezcas, obedecerás mis directivas sin cuestionamiento. Si te rehúsas, tengo autoridad para restringir tu acceso a fondos, cortarte completamente de la familia. Además, si es necesario, podré usar medios legales para garantizar tu conformidad, incluso confinamiento en institución apropiada, bajo pretexto de inestabilidad mental causada por trauma de escándalo reciente". La amenaza era tan absurda, tan excesiva,

que Isabela realmente rió, un sonido sin humor que resonó extrañamente en la biblioteca forrada de libros.

"No harías eso. El escándalo de confinar a tu sobrina en un asilo psiquiátrico sería diez veces peor que cualquier cosa que Cordelia Westbrook fabricó. Estás bloffeando, y ya no soy la niña fácilmente aterrorizada por amenazas vacías". Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, una semilla de duda se plantó, porque había visto bastante de la crueldad que las personas eran capaces cuando suficientemente motivadas por orgullo herido y necesidad de control.

Lord Edmund debió haber visto la vacilación, porque presionó de otra forma. "¿Realmente crees que Ravenswood te esperará, si simplemente desapareces por meses o incluso años? Hombres de su posición y fortuna no permanecen solteros por mucho tiempo, y hay docenas de jóvenes mujeres de familias impecables que estarían encantadas de volverse Vizcondesa de Thornbury. Dale seis meses, y te habrá olvidado, movido a una conexión más adecuada sin bagaje de escándalo".

Las palabras fueron proyectadas para herir, para plantar dudas, e Isabela admitió con reticencia que encontraban blanco, haciéndola cuestionar por un momento terrible si el amor de Adrian era lo suficientemente fuerte para resistir separación prolongada y presiones que ciertamente vendrían de todos lados.

Fue entonces que la puerta de la biblioteca se abrió abruptamente, y Thomas entró sin ceremonia, claramente habiendo escuchado al menos parte de la conversación del pasillo donde estaba supuestamente aguardando. "Perdone mi intromisión, Lord Montfort, pero no pude dejar de escuchar sus amenazas alarmantes a mi futura cuñada, y me siento compelido a intervenir". Habló con cortesía educada, pero había acero debajo de las palabras, e Isabela sintió gratitud inundar por tener aliado en esta confrontación.

Lord Edmund se giró hacia Thomas con expresión de irritación. "Este es asunto de familia, Señor Ravenswood, y no le concierne".

Thomas sonrió, pero no había calor en él. "Por el contrario, me concierne completamente. Verá, Isabela no es meramente una huésped casual en Ravenswood Hall, sino prometida de mi hermano, lo que efectivamente la hace de la familia Ravenswood. Y nosotros tenemos la tendencia de proteger a los nuestros, especialmente contra aquellos que intentarían manipular o coaccionar a través de amenazas legales cuestionables y tácticas de intimidación".

Hizo una pausa, retirando un documento doblado de su bolsillo interior. "Tomé la libertad de consultar abogados especializados en ley de tutela durante nuestro viaje a Londres. Me informaron que una señorita de veintitrés años de edad, edad actual de Isabela, tiene fundamento legal considerable para solicitar emancipación anticipada de tutela, especialmente cuando puede demostrar madurez, juicio sólido, y soporte financiero alternativo independiente de tutor actual".

Isabela miró a Thomas con gratitud y sorpresa, no sabía que había tomado tal iniciativa, y sintió esperanza encenderse donde momentos antes había solo rabia impotente. Thomas continuó, claramente aprovechando la ventaja. "Además, cualquier intento de confinar a una adulta sana y racional en institución psiquiátrica contra su voluntad, especialmente sin evaluación médica adecuada por profesionales independientes, sería no solo éticamente dudoso sino probablemente criminal. Los médicos que consulté quedaron bastante alarmados con tal sugerencia y expresaron disposición de testificar en cualquier procedimiento legal sobre la salud mental completamente adecuada de la Señorita Montfort".

Lord Edmund estaba visiblemente furioso ahora, rostro enrojeciendo con rabia mal controlada. "¿Se atreve a venir a mi casa y amenazarme con acción legal? ¡La arrogancia de los Ravenswood claramente corre profunda en la familia!"

Thomas sacudió la cabeza calmadamente. "No estoy amenazando, Lord Montfort. Estoy simplemente presentando hechos. Isabela es adulta capaz que hizo elección informada sobre con quién desea casarse y cómo desea vivir su vida. Puede aceptar esa elección graciosamente y mantener relación familiar civilizada, o puede luchar contra ella y destruir permanentemente cualquier conexión con su única sobrina, mientras probablemente pierde cualquier autoridad legal que actualmente posee de cualquier forma. La elección es suya".

El silencio que siguió era tenso y cargado, e Isabela contuvo el aliento esperando ver cómo respondería su tío. Vio el conflicto pasar por su rostro, orgullo luchando contra pragmatismo, deseo de control contra reconocimiento creciente de que había perdido esta batalla antes de comenzar completamente. Finalmente, con un suspiro pesado que parecía cargar el peso de admitir derrota, Lord Edmund se movió hacia el licorero y sirvió una dosis generosa de whisky, bebiéndola de un trago antes de girarse para encararlos nuevamente.

"Creciste considerablemente desde que te vi por última vez, Isabela. Tu madre estaría orgullosa, aunque sin duda perturbada por los métodos que elegiste para afirmar tu independencia". Había una nota de algo que podría casi ser respeto en su voz, e Isabela sintió la tensión en sus hombros relajarse ligeramente. "Si estás tan determinada a casarte con Ravenswood, no continuaré mi oposición. Pero tampoco ofreceré bendición formal ni compareceré a la ceremonia. Hiciste tus elecciones, y vivirás con las consecuencias de ellas, sean positivas o negativas. Ahora, si me dan permiso, tengo otros asuntos que atender".

Fue una despedida clara, y aunque no era la reconciliación cálida que parte de ella había esperado secretamente, era la aceptación reticente que permitiría que prosiguiera con sus planes sin batallas legales prolongadas.

Isabela y Thomas dejaron la casa Montfort media hora después, tras breve e incómoda conversación con su tía, que claramente desaprobaba pero no interferiría activamente, y cuando estaban finalmente a salvo en el carruaje que Thomas había alquilado, Isabela sintió las emociones que había estado reprimiendo durante toda la confrontación finalmente desbordarse en mezcla de risas aliviadas y lágrimas de estrés liberado.

"Fuiste magnífico", le dijo a Thomas cuando finalmente recuperó compostura suficiente para hablar. "No sé cómo agradecerte por estar aquí, por apoyarme así".

Thomas sonrió calurosamente. "Somos familia, Isabela, o pronto lo seremos oficialmente. Y la familia se apoya mutuamente a través de momentos difíciles. Además, Adrian nunca me perdonaría si permitiera que fueras intimidada o manipulada, y honestamente, yo tampoco me perdonaría".

Pasaron la noche en un hotel respetable cerca de la estación de tren, y en la mañana siguiente iniciaron el viaje de retorno a Yorkshire, considerablemente más ligeros que cuando habían partido. El desenlace, cuando vino, era lección valiosa sobre el poder de estar informado y preparado, e Isabela sabía que llevaría esa lección consigo para futuros desafíos que inevitablemente surgirían.

Cuando Ravenswood Hall finalmente apareció en la distancia dos días después, torres grises erguidas contra cielo nublado de enero, Isabela sintió alegría pura y simple inundar su corazón. Este era su hogar ahora, no por nacimiento u obligación familiar, sino por elección deliberada y amor genuino.

Adrian estaba esperando en el patio de entrada cuando el carruaje se detuvo, claramente habiendo sido informado de su llegada inminente por mensajero que habían enviado adelante, y cuando bajó y sus ojos encontraron los de él, vio el alivio profundo que hizo que su propio corazón se oprimiera. Fue hasta ella en pasos largos y

la jaló hacia un abrazo que quitaba el aliento, pero que ella recibía alegremente, su rostro enterrado en su cuello mientras respiraba el perfume familiar de sándalo y algo indefiniblemente masculino que siempre asociaría con seguridad.

"Regresaste", murmuró contra su cabello, voz ronca con emoción. "Realmente regresaste". Isabela se alejó apenas lo suficiente para mirar en sus ojos, sus propias manos enmarcando su rostro con ternura.

"Lo prometí, ¿no fue así? E Isabela Montfort, pronto Isabela Ravenswood, siempre mantiene sus promesas". Y cuando se besaron ahí en el patio de entrada, siendo observados por Thomas y los criados con sonrisas indulgentes.

# Capítulo 18

El final de enero llegó con nieve pesada que cubrió Ravenswood Hall en silencio blanco absoluto, aislando la propiedad del resto del mundo de una forma que parecía casi mágica, como si estuvieran viviendo en un globo de nieve protegido de las preocupaciones externas.

Isabela pasó las semanas después de su regreso de Londres en felicidad tranquila, trabajando con Adrian para planear cada detalle de su boda en la primavera, supervisando renovaciones en ciertas habitaciones de la mansión que transformarían espacios embrujados por memorias de Celeste en ambientes frescos que serían de los dos. También cultivó amistad creciente con Giuliana que había permanecido en Ravenswood al lado de Thomas, mientras hacían sus propios preparativos matrimoniales. La vida había asumido cualidad de sueño idílico, tan perfecta que parte de Isabela temía constantemente que algo aún vendría a destruir esa burbuja de felicidad, pero se obligaba a vivir en el presente en vez de anticipar desastres futuros que podrían nunca materializarse.

Fue en una tarde cuando la nieve finalmente se detuvo y el sol emergió por primera vez en semanas, transformando el paisaje en campo centelleante de diamantes bajo luz dorada, que la noticia llegó que alteraría todo nuevamente. Un mensajero de la villa cercana llegó jadeante y claramente perturbado, cargando carta urgente del Señor Fairfax, el magistrado.

Adrian la abrió con curiosidad creciendo en aprensión a medida que leía, e Isabela observó su rostro palidecer visiblemente, mandíbula apretando con tensión que ella había aprendido significaba noticias graves.

"¿Qué sucedió?" preguntó, moviéndose a su lado y colocando mano reconfortante en su brazo.

Adrian le pasó la carta sin hablar, e Isabela leyó con creciente horror e incredulidad. La confesión que Cordelia había dejado antes de su muerte, documento que todos presumían sería simple admisión de culpa por los crímenes que ya conocían, se reveló contener mucho más. Cordelia, en sus horas finales, había aparentemente decidido que si estaba condenada, llevaría a otros con ella, y su confesión incluía detalles explosivos sobre escándalos involucrando a varias familias prominentes de Yorkshire que había guardado como seguros a lo largo de los años.

Más perturbador aún, había dejado instrucciones específicas de que la confesión completa fuera hecha pública apenas después de transcurrir un mes de su muerte, tiempo suficiente para que las defensas bajaran y para que las revelaciones tuvieran impacto máximo. El plazo había expirado en la víspera, y ahora toda la alta sociedad estaba en tumulto mientras secretos hacía mucho enterrados eran expuestos a la luz cruel del escrutinio público.

Entre las revelaciones estaba el detalle de que Cordelia había manipulado no solo la situación de Celeste sino de varias otras mujeres a lo largo de los años, plantando evidencias de infidelidad, falsificando correspondencias, y generalmente creando caos en matrimonios y relaciones, cuando las personas involucradas se rehusaban a atender sus deseos o se volvían obstáculos a sus objetivos. La confesión nombraba personas, proporcionaba fechas y detalles específicos, y efectivamente destruía reputaciones de docenas de personas, algunas de las cuales habían estado presentes en el baile de Año Nuevo de Ravenswood.

"Esto es catastrófico", dijo Adrian finalmente, su voz pesada con comprensión de las implicaciones. "La mitad de la sociedad de Yorkshire estará en ruinas cuando este escándalo se esparza completamente. Familias serán destruidas, matrimonios disueltos,

carreras políticas arruinadas. Cordelia consiguió su venganza final contra la sociedad que la creó pero que la condenaría por sus acciones".

Isabela releía la carta, enfocándose en la sección específica que mencionaba a los Ravenswood. Cordelia había incluido admisión final de que había manipulado a Celeste desde el inicio, que había sido ella quien plantara semillas de duda en la mente de Adrian sobre la fidelidad de Celeste, que había forjado la carta de un supuesto amante secreto que Adrian encontrara años atrás, y que todo el sufrimiento y culpa que Adrian cargara por tres años había sido construido sobre fundación de mentiras creadas por ella.

"Adrian", dijo Isabela suavemente, obligándolo a mirarla, "necesitas leer esta parte. Celeste nunca fue infiel. El amor de infancia que Cordelia mencionó en su carta a Celeste nunca existió, fue invención completa proyectada para atormentarlos a ustedes dos. Celeste te amaba, tal vez no de la forma apasionada que merecías, pero te amaba, y planeaba partir no por otro hombre, sino simplemente porque se sentía sofocada por la vida en Ravenswood. Todos los celos que sentiste, toda acusación que hiciste, fue basada en evidencias falsas que Cordelia plantó meticulosamente".

La revelación golpeó a Adrian visiblemente, años de culpa y confusión finalmente ganando claridad terrible, e Isabela vio lágrimas brillar en sus ojos antes de que parpadeara furiosamente, rehusándose a permitir que cayeran.

"Tres años", dijo, con la voz quebrada. "Tres años creyendo que había fallado con Celeste de todas las formas posibles, incluyendo no ser el hombre que ella podría amar verdaderamente. Tres años de culpa que se revela haber sido manipulada por la mujer cuya obsesión era tan profunda que destruyó múltiples vidas buscando satisfacerla".

Se movió abruptamente hacia la ventana, mirando el paisaje nevado como si buscara respuestas en su blancura virginal, e Isabela le dio un momento antes de seguir, envolviendo brazos alrededor de él por detrás y presionando rostro contra su espalda. "Cordelia no gana", dijo firmemente. "Puede haber causado daño terrible, puede haber manipulado y mentido y eventualmente matado, pero no gana porque nosotros sobrevivimos. Nos encontramos el uno al otro, a pesar de todo el caos que creó, y construiremos una vida basada en verdad, en vez de las mentiras que ella tejió. Esa es nuestra victoria, Adrian. No permitir que sus manipulaciones póstumas nos destruyan cuando fracasó en hacerlo en vida".

Los días que siguieron trajeron el tumulto de visitantes apareciendo en Ravenswood, algunos buscando consuelo y otros queriendo compartir sus propias historias de haber sido víctimas de manipulaciones de Cordelia ahora reveladas. Isabela y Adrian se encontraron en el centro de la tormenta social, ofreciendo apoyo como podían, pero también estableciendo límites firmes contra aquellos que simplemente buscaban chisme fresco.

Y cuando todo acabó, decidieron planear cómo construirían un futuro que honraría la verdad, y celebrarían el amor que había triunfado sobre manipulación y engaño. La confrontación final no terminó con castigo de la villana, pues ella ya se había castigado de la forma más final posible, sino con la elección de vivir diferentemente, mejor, más auténticamente que la sociedad que había creado a Cordelia y permitido que causara tanto daño. Esa, se dio cuenta Isabela, era la verdadera victoria.

# Capítulo 19

Marzo llegó a Ravenswood Hall trayendo consigo las primeras señales tímidas de la primavera que todos habían aguardado con anticipación casi desesperada. Los bulbos que Isabela y Thomas habían plantado meses atrás comenzaron a brotar a través de la nieve derretida, salpicando los jardines con manchas de verde vibrante que prometían flores gloriosas en las semanas venideras. Los días se alargaban perceptiblemente, la luz permaneciendo un poco más cada tarde, y los pájaros que habían estado silenciosos durante el invierno riguroso comenzaron a cantar nuevamente en los árboles aún desnudos alrededor de la propiedad.

Era como si la propia naturaleza estuviera celebrando junto con los habitantes de Ravenswood, reconociendo que un ciclo de oscuridad había finalmente terminado y que era tiempo de renovación y crecimiento. Isabela despertaba cada mañana con sensación de alegría efervescente que parecía casi irreal después de tantos meses de tensión y drama, y tenía que pellizcarse ocasionalmente para confirmar que no estaba viviendo en un sueño del cual despertaría de vuelta a la realidad más sombría.

Adrian también estaba transformado de maneras que iban mucho más allá de lo obvio. Reía con más frecuencia, un sonido rico y genuino que Isabela adoraba provocar con observaciones ingeniosas o simplemente con su presencia alegre. Las líneas de tensión alrededor de sus ojos se habían suavizado, reemplazadas por arrugas de risas nacientes que le daban apariencia más joven y accesible. Había comenzado a cabalgar por los campos de Ravenswood regularmente, no solo inspeccionando propiedades como hacía antes, sino simplemente por el placer de movimiento y libertad.

Frecuentemente invitaba a Isabela a acompañarlo en cabalgatas que terminaban en picnics improvisados en las colinas con vista al valle abajo. Durante esos momentos de privacidad robados de la rutina de preparativos matrimoniales y obligaciones sociales, conversaban sobre todo y nada, compartiendo sueños para el futuro, memorias del pasado, y a veces simplemente permaneciendo en silencio confortable, solo existiendo juntos como Isabela nunca había imaginado que fuera posible.

Fue durante una de esas cabalgatas, en una tarde particularmente bonita, cuando el aire cargaba perfume de tierra despertando de sueño invernal, que Adrian finalmente la llevó al lugar que había estado evitando desde la muerte de Celeste: el roble antiguo en los límites más distantes de la propiedad, donde había pedido a Celeste en matrimonio años atrás.

El árbol era majestuoso, sus ramos extendiéndose en patrones complejos que creaban un dosel de encaje contra el cielo, y sus raíces expuestas formaban asientos naturales donde generaciones de Ravenswood habían descansado y contemplado la naturaleza. Adrian ayudó a Isabela a desmontar y la guió hasta una de las raíces más anchas, sentándose a su lado y tomando su mano en silencio por varios minutos antes de hablar. "Evité este lugar por tres años", comenzó, su voz baja pero firme. "Parecía profanación regresar aquí después de lo que sucedió, como si estuviera traicionando la memoria de Celeste al buscar felicidad en el mismo local donde una vez prometí devotar mi vida a ella. Pero me di cuenta de algo recientemente, algo importante sobre cómo la memoria y el amor funcionan".

Isabela apretó su mano alentadoramente, permitiéndole hablar a su propio ritmo sin interrupción.

Adrian continuó, sus ojos fijos en el horizonte distante donde los campos de Ravenswood encontraban el cielo. "Celeste mereció ser amada mejor de lo que la amé, con más atención y menos

posesividad, con más flexibilidad y menos exigencias. Pero no puedo cambiar el pasado, no puedo rehacer aquellas elecciones o deshacer los daños que mi inmadurez causó a nuestro matrimonio. Lo que puedo hacer es honrar su memoria siendo mejor hombre, mejor compañero, aprendiendo de mis fallas en vez de ser paralizado por ellas. Y tú, mi extraordinaria Isabela, me diste esa oportunidad de redención no a través de perdón fácil o de olvido de quién fui, sino a través de aceptar quién me estoy volviendo". Se giró para encararla completamente, e Isabela vio lágrimas brillar en sus ojos. "Así que quiero traerte aquí, al lugar que una vez representó promesa rota, y transformarlo en símbolo de nuevo comienzo. Quiero reemplazar memorias dolorosas con algo bonito y verdadero".

Y entonces, de forma que hizo que el corazón de Isabela prácticamente se detuviera en su pecho, Adrian se deslizó de su asiento en la raíz para arrodillarse frente a ella en el piso suave de musgo, retirando una pequeña caja de terciopelo de su bolsillo. "Isabela Montfort, ya propuse matrimonio una vez en condiciones de emergencia y necesidad. Pero mereces una propuesta adecuada, hecha no por obligación legal o conveniencia, sino por amor puro y simple. Trajiste luz a mi oscuridad, perdón donde yo cargaba culpa, esperanza donde había solo resignación. Transformaste esta mansión sombría en hogar lleno de risas, transformaste mis días de mera existencia en vida verdaderamente vivida. Me enseñaste que es posible amar nuevamente después de pérdida, confiar nuevamente después de traición, y más importante, que el pasado no necesita definir el futuro, si tenemos el coraje de elegir diferente".

Su voz se quebró levemente con la emoción, pero continuó firme. "Así que pregunto no como Vizconde buscando Vizcondesa adecuada, sino como hombre que ama a una mujer con cada fibra de su ser: ¿me honrarías volviéndote mi esposa, mi compañera, mi mejor amiga y confidente para todos los días que nos resten en esta vida?"

Isabela estaba llorando abiertamente ahora, lágrimas de alegría pura escurriendo por su rostro sin cualquier intento de contenerlas. "Sí", dijo, su voz saliendo como susurro estrangulado antes de encontrar fuerza. "Sí, mil veces sí!"

Adrian abrió la caja revelando un anillo de compromiso, un zafiro grande rodeado por diamantes que capturaba la luz del sol y la fracturaba en arcoíris danzantes. "Perteneció a mi abuela", explicó mientras lo deslizaba en su dedo, el ajuste perfecto como si hubiera sido hecho específicamente para ella. "Ella fue el gran amor de mi abuelo, se casaron por elección propia en una época en que eso era raro, y fueron felices por cincuenta años. Mi madre lo ofreció a Celeste, pero ella prefirió esmeraldas, así que el anillo quedó guardado esperando a la persona correcta. Cuando te vi por primera vez, incluso a través de todo el miedo y resistencia que sentía, algo en mí reconoció que este anillo finalmente había encontrado a su dueña". El romanticismo de la historia sumado a la belleza del anillo y a la sinceridad absoluta en su propuesta hizo que Isabela sintiera que su corazón podría simplemente explotar de felicidad demasiado concentrada para ser contenida.

Se besaron bajo el roble antiguo, un beso que comenzó tierno, pero rápidamente se profundizó en algo más apasionado, años de soledad y dolor siendo final y completamente sanados a través de la conexión física y emocional que era simultáneamente confortable y emocionante. Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento y sonriendo como tontos enamorados que eran, y Adrian la jaló hacia un abrazo apretado.

"Gracias", murmuró. "Por no rendirte conmigo incluso cuando todas las señales racionales decían que deberías. Por ver más allá de las paredes que construí hacia el hombre que estaba enterrado debajo de ellas. Por elegir Ravenswood y todos los desafíos que vienen con él cuando podrías haber tenido una vida mucho más fácil en otro lugar".

Isabela se alejó apenas lo suficiente para mirar en sus ojos. "No quería nada fácil, Adrian. Quería algo real, auténtico, verdadero. Y eso es lo que encontré contigo, en toda tu gloriosa complejidad. Los desafíos no me asustan porque los enfrentaremos juntos, y no hay lugar en el mundo donde preferiría estar que aquí, en Ravenswood, construyendo una vida a tu lado".

Regresaron a la mansión en el crepúsculo, cabalgando lado a lado, y cuando los criados vieron el anillo centelleando en el dedo de Isabela, hubo una ola de entusiasmo genuino que se esparció por la propiedad como incendio positivo. La Señora Pembrook sonrió, una visión tan rara que hizo que todos pausaran en sorpresa, y murmuró algo sobre finalmente haber alegría verdadera en Ravenswood nuevamente. Thomas y Giuliana, que habían permanecido durante todo el invierno posponiendo su propio regreso a Italia, insistieron en hacer una celebración improvisada con champagne y brindis elaborado que Thomas había claramente preparado anticipadamente, sugiriendo que había sabido de los planes de Adrian.

La noche terminó con los cuatro reunidos en la biblioteca, fuego crepitando alegremente en la chimenea y la conversación fluyendo tan fácilmente como el vino, hablando sobre la boda doble que ahora estaba a apenas semanas de distancia, sobre planes de Thomas y Giuliana de establecer estudio de arte en Florencia, sobre cambios que Isabela y Adrian querían implementar en Ravenswood.

"Saben", dijo Thomas en algún punto profundo de la noche cuando el champagne había dejado a todos levemente ebrios y sentimentales, "hubo un tiempo en que pensaba que Ravenswood estaba condenada a permanecer embrujada por la tragedia para siempre. Parecía que la oscuridad se había infiltrado demasiado profundamente en las propias piedras para ser expurgada. Pero ustedes dos probaron que me equivoqué. No es la casa la que determina la atmósfera, sino las personas que viven en ella. Y

ustedes llenan este lugar con tanta luz y amor que las sombras simplemente ya no logran encontrar espacio para existir".

Sus palabras, pronunciadas con sinceridad ebria pero no menos verdaderas por eso, capturaron perfectamente lo que Isabela sentía, la sensación de que Ravenswood había sido literalmente transformada de mausoleo en hogar.

Cuando finalmente subieron a sus respectivos aposentos, Isabela se detuvo frente a su puerta y miró a Adrian que la había escoltado como siempre hacía.

"Solo unas semanas más", dijo suavemente, "y entonces ya no tendremos que despedirnos en puertas separadas cada noche". Adrian la jaló hacia un último beso que prometía toda la pasión y ternura que compartirían cuando finalmente estuvieran unidos legalmente.

"Las semanas no pueden pasar tan rápido como queremos", murmuró contra sus labios. "Pero cuando finalmente terminen, la espera habrá valido cada minuto de anticipación".

Y cuando Isabela finalmente entró en sus aposentos y cerró la puerta, fue para arrojarse en la cama sonriendo y, mirando el anillo centelleando en su dedo bajo la luz de la luna, se sentía la mujer más afortunada y amada en toda Inglaterra.

El renacimiento que había comenzado meses atrás cuando llegó a Ravenswood como refugiada de una vida que no encajaba estaba ahora completo. Había renacido como la versión más verdadera y auténtica de sí misma. Era más de lo que jamás se atrevió a soñar, y aun así parecía solo el comienzo de una historia que continuaría desarrollándose de formas maravillosas e impredecibles por todos los años venideros.

# Capítulo 20

Las últimas semanas antes de la boda pasaron en torbellino de actividad que mantuvo a todos en Ravenswood ocupados. La capilla en la propiedad, estructura pequeña pero encantadora de piedra gris cubierta de hiedra que no había visto uso regular en años, fue completamente restaurada bajo supervisión cuidadosa de Isabela. Vitrales empolvados fueron limpiados hasta brillar como joyas cuando la luz del sol los atravesaba, los bancos de madera fueron pulidos, y el altar de mármol fue decorado con las flores frescas del invernadero. El resultado era un espacio íntimo y sagrado que parecía existir fuera del tiempo normal, un lugar donde tradición encontraba renovación y donde el pasado y el futuro podían coexistir armoniosamente sin conflicto.

Los vestidos de novia de Isabela y Giuliana eran obras de arte, creaciones de la misma modista francesa. Cuando las dos mujeres se probaron sus vestidos en la semana anterior a la boda, se quedaron paradas lado a lado frente al espejo enorme en la sala de vestir y simplemente se miraron una a otra en silencio, antes de simultáneamente desatar en risas alegres y lágrimas emocionadas.

El vestido de Isabela era deslumbrante, de seda blanca pura con encaje de Bruselas, la falda cayendo en capas que capturaban y reflejaban. Usaría el velo de encaje que había pertenecido a la abuela de Adrian, la misma que había originalmente poseído el anillo de zafiro, conectando a Isabela con el linaje Ravenswood de forma tangible y conmovedora.

Giuliana, fiel a su estilo italiano más dramático, había elegido un vestido de seda color marfil con bordados dorados elaborados que evocaban arte renacentista, su velo adornado con pequeñas perlas que centelleaban con cada movimiento.

"Parecemos personajes de cuento de hadas", dijo Giuliana, su acento italiano haciendo las palabras aún más encantadoras. "Princesas que encontraron a sus príncipes después de muchas pruebas y tribulaciones. Excepto que nuestros príncipes son hombres reales con fallas y complejidades, lo que los hace aún más preciosos que cualquier fantasía podría crear".

Isabela estuvo de acuerdo, limpiando lágrimas que borraban su visión. "Y nosotras no somos princesas indefensas aguardando rescate sino mujeres que elegimos a nuestros compañeros conscientemente, comprendiendo exactamente en qué nos estamos involucrando. Eso hace todo más significativo, ¿no crees? No es destino o magia sino elección y compromiso".

Los preparativos no eran solo sobre vestidos y decoraciones, sin embargo. Adrian había insistido en invitar personalmente a cada familia que comparecería, viajando por Yorkshire para visitar vecinos y amigos y garantizar que todos comprendieran que esta boda representaba no solo unión de dos personas sino renovación completa de Ravenswood como centro de comunidad en vez de isla aislada de tristeza.

Durante esas visitas, frecuentemente llevaba a Isabela, presentándola formalmente y permitiendo que las personas la conocieran como persona independiente, en vez de apenas "la prometida del Vizconde". Estas interacciones eran a veces incómodas, especialmente con aquellos que habían creído los rumores plantados por Cordelia y que ahora se sentían avergonzados por sus sospechas anteriores. Pero Isabela enfrentaba cada una con gracia y dignidad que gradualmente conquistaban hasta a los más escépticos. Estaba aprendiendo, bajo orientación paciente de Adrian, cómo navegar las complejidades de ser figura pública en comunidad pequeña, cómo equilibrar autenticidad personal con responsabilidades que venían con la posición de Vizcondesa.

Durante una de esas visitas, a la propiedad de los Hartwell localizada a dos horas de cabalgata de Ravenswood, Isabela experimentó un momento de perdón profundo que no sabía que necesitaba.

Lady Margaret Hartwell, matrona anciana que había sido amiga íntima de la madre de Adrian, jaló a Isabela para una conversación privada mientras los hombres discutían asuntos de propiedad. "Mi querida niña", comenzó, sus manos manchadas de edad pero aún fuertes sosteniendo las de Isabela calurosamente, "debo ofrecerte una disculpa que está atrasada en meses. Cuando escuché por primera vez sobre ti y Adrian, permití que memorias de Celeste y prejuicios sobre tu parecido físico con ella colorearan mi juicio. Dije cosas a otras señoras que no fueron gentiles ni justas, cuestionando tus motivaciones y sugiriendo que eras oportunista, usando la apariencia para capturar a un Vizconde vulnerable. Estaba completamente equivocada, y mis palabras contribuyeron al clima de sospecha que Cordelia explotó tan hábilmente. Espero que puedas perdonarme".

La sinceridad en su confesión y el coraje que requería para hacer tal admisión tocaron profundamente a Isabela. Apretó las manos de la señora anciana con gentileza. "Por supuesto que perdono, Lady Hartwell. Estaba protegiendo a Adrian como amiga de su difunta madre haría, y sus preocupaciones, aunque basadas en información incompleta, venían de lugar de cuidado genuino. No puedo culparla por eso".

Margaret sacudió la cabeza vigorosamente. "Eres demasiado generosa, pero acepto tu perdón con gratitud. Y permíteme decir que ahora, habiendo pasado esta tarde observándolos a ti y a Adrian juntos, viendo cómo te mira con adoración que nunca vi en sus ojos antes, comprendo que lo que tienen es raro y precioso. Lo trajiste de vuelta a la vida, mi querida, y por eso, toda mujer que amó a su madre y que se preocupa por él debería estar eternamente agradecida".

El encuentro dejó a Isabela con sensación renovada de aceptación por la comunidad, comprensión de que incluso aquellos que inicialmente dudaron estaban ahora preparados para abrazarla completamente si continuaba probándose a través de acciones consistentes a lo largo del tiempo.

Pero el perdón más significativo, descubrió Isabela, era el que Adrian necesitaba conceder no a los otros, sino a sí mismo. Una semana antes de la boda, desapareció por una tarde entera sin explicación, y cuando regresó al crepúsculo estaba visiblemente emocionado pero también más ligero, como si se hubiera librado del peso que cargaba desde hacía años.

"¿Dónde estuviste?" preguntó Isabela gentilmente cuando lo encontró en la biblioteca, su lugar favorito para conversaciones serias.

Adrian la jaló para sentarse a su lado en el sofá frente al fuego crepitante. "Fui a la tumba de Celeste. No había visitado desde el funeral, no lograba soportar confrontar físicamente la realidad de su muerte y mi papel en ella. Pero hoy sentí que era hora, que no podría casarme contigo cargando el peso de la culpa no resuelta y palabras no dichas". Hizo una pausa, sus ojos fijos en las llamas danzantes. "Hablé con ella, me sentí idiota haciéndolo, pero también sabía cuán necesario era, y dije todas las cosas que debí haber dicho cuando estaba viva. Pedí disculpas por no haber sido el marido que merecía, por haber dejado que mi posesividad e inseguridades envenenaran nuestro matrimonio, por no haberla protegido de Cordelia".

Isabela escuchó silenciosamente, sabiendo que necesitaba externalizar esto sin interrupción. Adrian continuó, su voz volviéndose más firme. "Pero también dije adiós, verdadero adiós, no el tipo cargado de culpa que había dicho en el funeral, sino la despedida honesta que reconocía tanto buenas como malas memorias de nuestro tiempo juntos. Agradecí por enseñarme,

incluso a través de la falla de nuestro matrimonio, qué no hacer en una relación, cómo no amar. Y entonces me liberé a mí mismo de la prisión de culpa perpetua que había construido". Lágrimas escurrían libremente por su rostro ahora, pero eran lágrimas de liberación en vez de tormento. "Entonces caminé lejos de aquella tumba por primera vez verdaderamente libre, listo para comenzar una vida nueva. Estoy listo para casarme y ser feliz contigo, Isabela".

Isabela lo abrazó fuerte, su propio rostro mojado con lágrimas de alegría y alivio. "Ese fue el regalo que te diste a ti mismo", dijo suavemente, "y consecuentemente a nosotros dos. Ahora podemos comenzar nuestro matrimonio sin fantasmas entre nosotros".

Permanecieron entrelazados por largo tiempo, encontrando consuelo en la presencia el uno del otro mientras el fuego gradualmente moría en brasas y estrellas emergían en el cielo oscuro a través de las ventanas de la biblioteca. Cuando finalmente se separaron, había sensación de completitud entre ellos, última pieza del rompecabezas emocional encajando en el lugar.

"¿Lista?" preguntó Adrian suavemente.

Isabela se giró para encararlo, memorizando cada detalle de su rostro en la luz suave de las linternas. "Más lista de lo que he estado para cualquier cosa en toda mi vida", respondió con convicción absoluta.

# Capítulo 21

El día de la boda amaneció con perfección casi sospechosa, como si la propia naturaleza estuviera conspirando para hacer la ocasión memorable. Cielo azul sin nubes se extendía de horizonte a horizonte, sol primaveral lanzando luz dorada sobre Ravenswood Hall, la temperatura era exactamente aquel punto ideal entre fresco y confortable que permitía vestidos elaborados sin malestar de calor excesivo.

Los jardines que Isabela y Thomas habían trabajado tanto para restaurar habían explotado en gloria completa durante la noche, como si las propias flores supieran que este era un día especial y se habían esforzado para verse lo mejor posible: narcisos dorados se balanceaban gentilmente en la brisa, tulipanes en todos los colores del arcoíris formaban tapetes vibrantes en los arriates recién organizados, y los rosales que habían florecido anticipadamente perfumaban el aire con fragancia embriagante. Ravenswood nunca había parecido más hermosa, y todos los que despertaron aquella mañana sabían que estaban a punto de presenciar algo verdaderamente especial.

Isabela despertó en sus aposentos rodeada por Giuliana, la Señora Pembrook que había asumido papel casi maternal en los preparativos, y Meg cuya lealtad y cariño habían sido constantes desde el primer día. Las próximas horas pasaron rápidamente, en un frenesí de actividades coordinadas cuidadosamente: baño perfumado con aceites que Giuliana trajera de Italia, cabellos arreglados en rizos elaborados entrelazados con pequeñas flores blancas frescas, maquillaje aplicado con mano ligera que realzaba en vez de enmascarar sus facciones naturales.

Cuando finalmente llegó la hora de vestir el traje de novia, el momento fue tratado con reverencia casi religiosa, cada capa de

seda y encaje siendo posicionada con cuidado infinito hasta que Isabela estuvo completamente vestida y pudo finalmente mirarse a sí misma en el espejo de cuerpo entero. La mujer que la encaraba de vuelta parecía simultáneamente familiar y extraña, versión idealizada de sí misma que aún era reconociblemente Isabela pero elevada, radiante de felicidad que brillaba de dentro hacia afuera y transformaba características regulares en algo cercano a belleza verdadera.

"Estás absolutamente deslumbrante", dijo Giuliana, sus propias ropas de novia ya vestidas y ella misma pareciendo personaje de pintura renacentista traído a la vida. "Adrian se va a desmayar cuando te vea caminando por el pasillo".

La Señora Pembrook, sorprendentemente emotiva para mujer normalmente tan controlada, limpió discretamente lágrimas de sus ojos. "Lady Celeste habría aprobado", dijo suavemente, y el comentario sonó como bendición, reconocimiento de que pasado y presente podían coexistir sin competencia o ressentimiento.

Isabela se giró para abrazar a la gobernanta impulsivamente. "Gracias por aceptarme, Pembrook, y por cuidar tan bien de todos nosotros. Sé que no siempre fue fácil". Pembrook raramente usaba primeros nombres y nunca demostraba afecto físico, pero retribuyó el abrazo brevemente antes de alejarse y recomponer su dignidad habitual. "Trajiste vida de vuelta a esta casa, señorita, pronto señora. Soy yo quien debería agradecer".

Mientras tanto, en otra ala de la mansión, Adrian pasaba por sus propios preparativos bajo supervisión de Thomas que había asumido papel de padrino con entusiasmo que hacía al hermano mayor alternar entre gratitud y exasperación divertida. "Deja de tocar la corbata", instruyó Thomas por tercera vez. "Está perfectamente anudada, solo vas a desarmarla si continúas ajustando".

Adrian forzó sus manos a los lados, pero la ansiedad nerviosa era palpable. "¿Y si cambia de opinión? ¿Y si llega a la capilla y se da cuenta de que está cometiendo un error terrible casándose con un hombre cargando tanto pasado complicado?" Thomas puso los ojos en blanco dramáticamente. "Adrian, eres un idiota si realmente crees eso. Isabela te ama con tanta devoción que es obvia para cualquier persona. No va a cambiar de opinión. Ahora respira profundamente y deja de buscar desastres que no existen".

El consejo pragmático funcionó, y Adrian sintió parte de su tensión disiparse. Estaba a punto de casarse con el amor de su vida, mujer que lo conocía completamente incluyendo todas sus fallas y que aún elegía quedarse. Eso era milagro suficiente para creer que el futuro sería brillante.

La capilla estaba repleta cuando llegó la hora de la ceremonia, cada banco ocupado por personas amigas que habían venido a celebrar la unión de dos sobrevivientes que habían encontrado sanación el uno en el otro.

Las decoraciones eran simples pero elegantes: arreglos de flores blancas en cada ventana, cintas de satín blanco amarradas en los extremos de los bancos, y velas en número de cientos centelleando suavemente incluso bajo la luz del sol que entraba a través de los vitrales restaurados. El Reverendo Williams, que conocía a los hermanos desde la infancia, aguardaba en el altar con una sonrisa cálida.

Cuando Adrian se posicionó al lado de Thomas, sintió la paz descender sobre él. No importaba lo que viniera después, este momento era perfecto. La música de órgano comenzó, Canon de Pachelbel interpretado por la organista de la villa, y todos se levantaron girándose hacia la entrada, donde Giuliana surgió primero en su vestido color marfil, caminando graciosamente por el pasillo para unirse a Thomas, cuyo rostro se iluminó con adoración pura al verla.

Entonces, después de la pausa de segundos que pareció durar una eternidad, Isabela apareció, y Adrian literalmente contuvo el aliento. Estaba radiante, no había otra palabra para describirla, la luz del sol atravesando su velo y creando un halo alrededor de ella, el vestido fluyendo con cada paso como agua líquida, y la sonrisa en su rostro tan llena de alegría y amor que hizo que el corazón de Adrian se oprimiera dolorosamente en su pecho.

Estaba sola, habiendo elegido caminar hasta el altar sin escolta porque, como había explicado, "Estoy eligiendo este camino por voluntad propia, no siendo entregada de una autoridad a otra". La declaración de independencia era característica de Isabela, y mientras Adrian la observaba caminar en su dirección, cada paso deliberado y confiado, supo que estaba recibiendo a una compañera igual, y eso hacía el momento aún más precioso. Cuando finalmente alcanzó el altar y sus ojos encontraron los de él, el resto del mundo desapareció completamente. Podría haber cientos de personas observando o podrían estar completamente solos, no hacía diferencia porque todo lo que importaba estaba contenido en aquella mirada compartida, años de jornada complicada culminando en este momento perfecto de elección y compromiso.

La ceremonia en sí pasó en estado de sueño para Isabela. Se escuchó responder a las preguntas del Reverendo Williams con voz firme aunque las manos le temblaran ligeramente cuando Adrian deslizó la alianza de oro simple en su dedo al lado del anillo de compromiso de zafiro. Escuchó a Adrian hacer sus propios votos, la voz profunda cargada de emoción cuando prometió amar, honrar y respetarla por todos los días de su vida.

A su lado, Thomas y Giuliana pasaban por el ritual idéntico, y había algo profundamente bonito sobre dos hermanos casándose simultáneamente, simbolizando no solo sus compromisos individuales, sino renovación completa de la familia Ravenswood como entidad amorosa y funcional.

Cuando el Reverendo Williams finalmente pronunció a ambas parejas marido y mujer, hubo un momento de silencio absoluto seguido por explosión de aplausos y vivas que hizo que las paredes de piedra antigua de la capilla vibraran. Adrian jaló a Isabela para el beso que comenzó casto y apropiado para ambiente sagrado pero rápidamente cambió a algo más apasionado antes de que ambos recordaran dónde estaban y se separaran riendo, mejillas sonrojadas.

La recepción fue realizada en los jardines de Ravenswood, el clima perfecto permitiendo celebración al aire libre que Isabela había soñado desde que comenzaron la planeación. El baile comenzó justo después del banquete, con ambas parejas abriendo el vals tradicional que pronto dio lugar a bailes más animados conforme la noche progresaba.

Isabela bailó hasta que sus pies le dolieron, primero con Adrian, después con Thomas, después con docenas de invitados que querían compartir el momento con la nueva Vizcondesa. Pero siempre regresaba a Adrian, magnéticamente jalada de vuelta a sus brazos como si un hilo invisible los conectara.

Durante uno de los bailes, murmuró en su oído, "¿Puedo robar a mi esposa de la propia recepción sin causar escándalo?".

Isabela rió, sintiendo calor subir por su cuello ante la insinuación. "Creo que necesitamos permanecer al menos hasta que el pastel sea cortado. Después de eso, sin embargo, creo que novia y novio tienen cierta licencia para escapar".

La mirada que le dio prometía que el momento no podría llegar lo suficientemente rápido, e Isabela sintió anticipación mezclada con nerviosismo sobre la noche venidera. Amaba a Adrian profundamente, lo deseaba con intensidad que a veces la sorprendía, pero intimidad física completa aún era desconocida para

ella, y parte de ella temía no saber cómo actuar, no cumplir expectativas.

Como si sintiendo sus pensamientos, Adrian apretó su mano. "Tenemos la vida entera para aprender el uno del otro", dijo suavemente. "No hay prisa, no hay expectativas más allá de estar juntos finalmente sin barreras o separaciones forzadas. Todo lo demás lo descubriremos juntos, a nuestro propio ritmo".

El sol estaba poniéndose en explosión de naranjas y rosas cuando Isabela finalmente lanzó su ramo, riendo cuando una de las hijas adolescentes de los vecinos lo atrapó con grito de triunfo. Thomas y Giuliana se retiraron momentos después, partiendo hacia una propiedad vecina, donde pasarían la noche antes de iniciar el viaje de vuelta a Italia en la semana siguiente.

Los invitados restantes estaban comenzando a partir, ofreciendo felicitaciones finales y bendiciones mientras entraban en sus carruajes. Y entonces, finalmente, Isabela y Adrian estaban solos, excepto por los criados que discretamente limpiaban las evidencias de la celebración.

Entonces, Adrian le ofreció su brazo formalmente. "Lady Ravenswood", dijo, usando su nuevo título por primera vez, "¿puedo escoltarla a nuestros aposentos?" El uso del posesivo plural, el reconocimiento de que no dormirían más separados, que compartirían no solo la habitación sino la vida, hizo que el corazón de Isabela se acelerara.

"Nada me haría más feliz, Lord Ravenswood", respondió con tono formal, igualándose a él, y entonces arruinó el efecto al reír alegremente. De manos dadas, caminaron de vuelta a la mansión que ahora era verdaderamente suya.

Entraron a casa radiantes, mientras las estrellas comenzaban a emerger en el cielo, y la luna creciente brillaba suavemente sobre

Ravenswood Hall, presenciando el inicio de un nuevo capítulo que prometía ser aún más bonito que todos aquellos que vinieron antes.

# Capítulo 22

Seis meses habían pasado desde aquel día perfecto de primavera cuando Isabela y Adrian se convirtieron en marido y mujer, y Ravenswood Hall se había transformado tan completamente que la gente apenas reconocía la propiedad. Los jardines estaban ahora en gloria plena de verano tardío, una explosión de colores y perfumes que atraían mariposas y abejas en profusión. Seguía siendo Ravenswood, seguía cargando el peso de historia y tradición, pero ahora era también un hogar vibrante lleno de vida y promesa de futuro.

Isabela se había adaptado a su nuevo papel de Vizcondesa con gracia que sorprendió hasta a sí misma. Había desafíos, ciertamente, matices de administrar una gran propiedad y navegar las expectativas sociales complejas de su posición que requerían aprendizaje constante, pero enfrentaba cada obstáculo con determinación y creciente confianza. Adrian apoyaba todas sus iniciativas con entusiasmo, orgulloso de una esposa que usaba su posición no solo para beneficio propio sino para mejorar la vida de la comunidad entera.

Pero la transformación más significativa estaba en la propia esencia de Adrian. Se había convertido en el hombre que Isabela siempre sospechó que estaba dentro de él, pero que había sido enterrado bajo capas de culpa y dolor. Reía fácilmente ahora, su humor seco emergiendo en comentarios ingeniosos que la hacían reír hasta que le dolía.

Era tierno de formas que probablemente sorprenderían a aquellos que lo conocían solo como Vizconde austero, pequeños gestos de afecto como traer flores silvestres que recogía durante cabalgatas matutinas, o dejar notas de amor escondidas en lugares donde ella las encontraría durante el día. Y era apasionado de formas que

hacían que Isabela se sonrojara cuando pensaba en ello durante el día. Le costaba trabajo reconciliar al hombre que le hacía el amor, que le quitaba el aliento, con el hombre sombrío y aislado que había conocido aquella primera noche meses atrás. Ambos eran Adrian, claro, pero la versión actual era más verdadera, más completa, liberada de la prisión que había construido para sí mismo.

Fue en una tarde particularmente calurosa de septiembre, cuando estaban sentados en la terraza recién construida que ofrecía vista deslumbrante de los jardines y de los campos, que Isabela compartió la noticia que había estado guardando por semanas esperando el momento correcto. Adrian estaba leyendo correspondencia, ocasionalmente haciendo comentarios sobre el contenido de varias cartas, cuando ella suavemente le quitó los papeles de las manos y los puso a un lado. "Adrian, hay algo que necesito decirte". Algo en su tono lo hizo inmediatamente prestarle atención total, la preocupación pasando brevemente por su rostro antes de que ella rápidamente lo tranquilizara. "Nada malo, lo prometo. De hecho, algo maravilloso, al menos espero que pienses así". Tomó su mano y la colocó en su abdomen aún plano, observando mientras la comprensión lentamente despuntaba en sus ojos que se abrieron con el shock y luego brillaron con lágrimas súbitas. "Estás... vamos a..." no lograba completar las frases, la emoción robándole las palabras, e Isabela asintió con la cabeza sonriendo a través de las lágrimas. "Estoy embarazada. Cerca de tres meses, según el Dr. Morrison. El bebé debe llegar a principios de marzo".

Adrian simplemente la miró por un largo momento, procesando la información, y entonces súbitamente la jaló hacia un abrazo tan apretado que temporalmente le quitó el aliento, su rostro enterrado en su cabello mientras los hombros temblaban con sollozos que no intentaba ocultar. "Perdón", finalmente logró decir cuando se alejó, limpiándose los ojos con vergüenza. "No sé por qué estoy reaccionando así. Estoy feliz, increíblemente feliz, solo... abrumado". Isabela enmarcó su rostro con las manos, obligándolo a encontrar

sus ojos. "Lo sé. Yo también me sentí así cuando el Dr. Morrison confirmó lo que ya sospechaba. Es aterrador y emocionante, y esto cambiará todo, pero lo haremos juntos, así como hicimos todo lo demás".

Adrian asintió, recuperando la compostura gradualmente, y entonces la sorprendió al arrodillarse frente a ella y gentilmente besar su abdomen a través de la tela de su vestido. "Hola pequeñito", murmuró, voz llena de asombro. "Soy tu padre, y prometo hacer mejor trabajo contigo de lo que mi padre hizo conmigo, e infinitamente mejor de lo que hice en mi primer matrimonio. Serás amado, protegido, y más importante, se te permitirá ser quien verdaderamente eres, sin el peso de expectativas imposibles. Esta es mi promesa para ti". El gesto era tan tierno, tan completamente inesperado, que Isabela se encontró llorando nuevamente, pero eran lágrimas de alegría pura.

Thomas y Giuliana regresaron de Italia dos semanas antes de la fecha prevista para el parto, trayendo regalos extravagantes incluyendo ropitas de seda italiana tan delicadas que Isabela temía que se desintegraran al tacto. "Nuestro sobrino o sobrina tendrá el mejor guardarropa de toda Inglaterra", declaró Thomas con orgullo, y Giuliana añadió que ya había comenzado una pintura especial que regalaría al niño cuando tuviera edad suficiente para apreciarla.

En una mañana fría de marzo, Isabela despertó con dolores que inicialmente pensó eran solo malestar normal de embarazo avanzado pero que rápidamente se intensificaron en algo inconfundible. La partera de la villa había sido instalada en Ravenswood semanas atrás anticipando este momento, y asumió el mando con eficiencia tranquilizadora, mandando criados a buscar agua caliente y toallas limpias, preparando la habitación con experiencia de décadas. Adrian se rehusó categóricamente a seguir la convención de esperar ansiosamente en otra habitación, insistiendo en permanecer con Isabela durante todo el proceso, a pesar de las protestas escandalizadas de la partera sobre lo inapropiado. "Esta es mi

esposa trayendo a mi hijo al mundo", declaró firmemente. "El lugar apropiado para un marido es al lado de ella, no escondido como un cobarde en la biblioteca". Isabela apretó su mano, sabiendo que necesitaría su fuerza durante las horas que vendrían.

El trabajo de parto fue largo y extenuante, probando la resistencia y coraje de Isabela de formas que ninguna de las pruebas anteriores había hecho. Pero Adrian estuvo a su lado todo el tiempo, sosteniendo su mano mientras ella apretaba durante las contracciones, limpiando el sudor de su frente, murmurando palabras de aliento cuando ella sentía que no podía continuar. Y finalmente, cuando el sol estaba comenzando a ponerse en la tarde de aquel día, el llanto del bebé llenó la habitación, el sonido más hermoso que Isabela jamás había escuchado. "¡Es niña!" anunció la partera triunfalmente, rápidamente limpiando y envolviendo a la recién nacida antes de colocarla en los brazos de Isabela. La bebé era pequeña pero perfectamente formada, con mechón de cabellos oscuros que prometían igualar los de Adrian. "Hola mi querida", susurró Isabela, lágrimas escurriendo por su rostro mientras contaba los diminutos dedos. "Bienvenida al mundo. Estábamos esperándote".

Adrian estaba mirando a su hija con expresión de asombro absoluto, mezclada con terror evidente de sostener un ser tan frágil y precioso. Pero cuando Isabela gentilmente colocó a la bebé en sus brazos, la sostuvo como si fuera el tesoro más valioso de toda la creación divina. "Es perfecta", dijo con voz maravillada. "Absolutamente perfecta". Mirando a su hija dormida en los brazos de Adrian, Isabela supo exactamente cuál debería ser su nombre. "Helen", dijo suavemente. "Significa luz, y ella es la luz que surgió de la oscuridad, la nueva vida emergiendo de tanta muerte y dolor. Helen Elizabeth Ravenswood".

Adrian miró de su hija a su esposa y de vuelta, ojos brillando con lágrimas que no intentaba ocultar. "Helen", repitió, probando el nombre. "Es perfecto. Ella es perfecta. Y tú eres maravillosa,

imposible imaginar cómo sobreviví antes de que entraras en mi vida". Thomas y Giuliana fueron autorizados a entrar, y ambos quedaron instantáneamente encantados con la sobrina recién nacida, Thomas inmediatamente comenzó a planear todas las aventuras artísticas que compartirían cuando fuera más grande, y Giuliana susurró algo en italiano que sonaba como bendición u oración.

Adrian se mostró un padre sorprendentemente devoto, pasando horas sosteniendo a Helen mientras dormía, pareciendo nunca cansarse de estudiar cada detalle minúsculo de sus facciones. "Tengo una segunda oportunidad", le dijo a Isabela una noche, cuando ambos estaban exhaustos pero deliciosamente felices, observando a Helen dormir en la cuna al lado de la cama. "La oportunidad de ser el padre que no fui capaz de ser antes, de construir una familia basada en amor y comunicación honesta, en vez de obligación y expectativas no dichas. No desperdiciaré esta oportunidad".

Algunos meses después del nacimiento de su hija, Adrian e Isabela se encontraron solos en la terraza donde habían pasado tantas tardes felices, Helen durmiendo pacíficamente. La primera estrella de la noche surgió brillando con particular intensidad. "Pide un deseo", dijo Adrian, apuntando a la estrella. Isabela pensó por un momento, luego sacudió la cabeza con una sonrisa. "No necesito. Tengo todo lo que siempre quise aquí mismo. Tú, nuestra hija, este hogar que construimos juntos, la familia que elegimos y que nos eligió de vuelta. ¿Qué más podría desear?" Adrian la jaló hacia sus brazos, y permanecieron así mientras la noche caía alrededor, contentos simplemente por estar juntos. "Te amo", murmuró Adrian, palabras simples que había dicho cientos de veces pero que nunca perdían el poder de hacer que su corazón se acelerara.

"Yo también te amo", respondió Isabela, y sabía que estaba diciendo la verdad más profunda de su vida. Este era su hogar, su familia, su futuro. Y era más bonito, más verdadero, más completamente

satisfactorio que cualquier fantasía de cuento de hadas podría ser, porque era real, construido por elección consciente y trabajo duro y disposición de enfrentar tanto alegrías como desafíos juntos.

El corazón del Vizconde, que había declarado muerto aquella noche fatídica en el baile, había sido traído de vuelta a la vida, no a través de magia o destino, sino a través del amor paciente y persistente de la mujer que se rehusó a renunciar a él. Y en retorno, él le había dado a ella no solo posición o seguridad sino verdadera compañía, el tipo de amor que transformaba y elevaba a ambas personas involucradas. Mientras observaba la última luz del día desaparecer en el horizonte, Isabela pensó que era exactamente el tipo de final feliz que probaba que "felices para siempre" no era una conclusión sino más bien el comienzo de una aventura aún más emocionante que todas las que vinieron hasta entonces.

About The Author

# Miranda Lake



Soy brasileña, casada, madre y abuela.

Desde muy joven, siempre tuve una imaginación fértil. Los libros me transportaron más allá de la tranquila vida del campo brasileño.

Leí muchos clásicos de la literatura infantil y juvenil, de autores

brasileños y extranjeros. Y, a medida que maduraba, mi amor por los libros creció aún más, especialmente por las novelas históricas.

Siempre me imaginé escribiendo hermosas historias de amor para mujeres soñadoras. Pero solo ahora, en la madurez, este deseo se hace realidad.

Espero que mis libros te acompañen en tus momentos de descanso.

Mi seudónimo proviene de la combinación de un apellido (Miranda) con la imagen de una leyenda (Narciso).

Después de todo, si el lago de Narciso le servía de espejo, los libros se traducen en espejos del alma del autor.

Miranda Lake

miranda.lake.author@gmail.com